

A woman in a red dress and high heels walking on a pink staircase. The text is overlaid on the image.

Sophie Saint Rose

No cambies

por mí,

amor

No cambies por mí, amor.

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Natalya entró apurada en el atestado restaurante y estiró el cuello para encontrar a sus amigas mirando sobre las cabezas de los que esperaban.

—¡Aquí, estamos aquí! —Helena movió el brazo de un lado a otro y Natalya sonrió esquivando a un grupo de trajeados para caminar entre las mesas hasta llegar hasta ellas.

—Uff, creía que no podría venir. —Dejó el bolso en el suelo y cogió la carta. —La reunión se alargó más de lo que creía.

—No te preocupes. Todavía no nos han atendido —dijo Sylvia sonriendo—. ¿Qué? ¿Qué tal? ¿Cómo te fue?

Gruñó sin levantar la vista de la carta. Sylvia y Helena entrecerraron los ojos. —¡No puede haberte ido tan mal! ¡Era perfecto! —protestó Sylvia moviendo sus rizos castaños de un lado al otro como si no lo entendiera antes de mirar a Helena—. A esta no le vale ninguno.

—Lo dice la que tampoco tiene novio. —Indignada dejó la carta sobre la mesa. —No sé. Creo que debo hacer algo mal, porque no lo entiendo. Sobre el papel Jason era perfecto. Tiene un puesto de trabajo decente...

—Joder, vaya si lo tiene, ¡es un abogado de prestigio! —exclamó Helena con sus ojos azules como platos.

—Pues lo que estaba diciendo —siseó antes de continuar —Es atractivo, se cuida, no fuma, no bebe en exceso... Tiene una conversación interesante...

—Vamos que no se te caen las medias cuando te mira —dijo Sylvia divertida.

—Por ese ni me quito el abrigo. —Se apartó un mechón rubio de la cara.

La miraron como si fuera imposible. —¿Qué? ¡Yo lo intento, pero después de miles de citas todavía no lo he encontrado! ¡Y estáis vosotras para hablar! ¡Qué yo sepa, tampoco habéis encontrado un hombre decente desde que os conozco!

—Vamos a ver... —dijo Helena acercándose en la mesa para mirarla fijamente.

Frunció el ceño. —¿Te has cambiado el rímel?

—Céntrate, Natalya.

—Tienes toda mi atención.

—No sabes elegir a los hombres.

Jadeó indignada. —¡Eso es mentira! ¡Todas mis citas las elijo concienzudamente!

—Por eso —dijo Sylvia como si fuera algo obvio.

—¿Creéis que los elijo demasiado buenos? —Frunció el ceño entrecerrando sus ojos negros. —Sí, igual tengo que buscar un presidiario. ¡Voy a ver dónde encuentro la dirección de la cárcel más cercana!

Sus amigas se echaron a reír y exasperada miró a su alrededor viendo que la camarera saltaba su mesa para tomar nota a otra que acababa de llegar. —¡Oye, guapa! Sé que están más buenos que nosotras, pero tenemos prisa, ¿sabes?

La chica se puso como un tomate mientras sus amigas reprimían la risa. Se acercó a ellas a toda prisa y Natalya levantó una ceja pidiendo una ensalada y un refresco de cola. Sus amigas pidieron también y en cuanto la chica se fue sin decir ni pío, la miraron como si fuera una dictadora. —Sí, ya. Mirarme así, pero vamos a comer, ¿no? Esa adolescente serviría a todos los trajeados antes que a nosotras.

—¿Ves? Eres muy exigente —dijo Sylvia maliciosa.

—Eso lo sabéis de sobra. Y como soy exigente, quiero que mi marido

tenga todos los requisitos que yo deseo.

—Guapo, inteligente, buena persona, divertido, sexy, buen amante... —
recitó Helena.

—Vosotras también queréis lo mismo, así que no me fastidiéis.

—¿Pero eliges a uno que sea acorde con tu carácter?

Las miró fijamente primero a una y luego a la otra. Se dio cuenta de que Helena se había vuelto a cortar su cabello rubio a lo chico, pero lo pasó por alto pensando muy seriamente en lo que acababan de decir. —Puede que tengáis razón.

—Claro, les analizas demasiado, pero no piensas en cómo se llevarían contigo. Eso es un fallo muy gordo.

—Pero yo no sería objetiva al juzgarme. —Las miró con desconfianza.
—¿Habéis leído esto en el Cosmopolitan?

Ambas se hicieron las locas con una sonrisa de oreja a oreja y ella gimió apoyando los codos en la mesa. —No fastidiéis.

—Que no —dijo Sylvia divertida—. ¡Pero una conocida del trabajo lo hizo con sus amigas y funcionó!

Su emoción le ponía los pelos de punta y casi temió preguntar —¿Qué funcionó?

—Sus amigas le prepararon las citas porque, ¿quién te conoce mejor que una amiga íntima? ¿Quién sabe lo que te gusta y lo que no te gusta? —Podía tener sentido. —¿Quién conoce tu carácter, tu sentido del humor y puede pensar, pues este tipo es perfecto para mi mejor amiga?

—¿Tu mejor amiga no soy yo? —preguntó Helena sorprendida.

—Calla que la estoy convenciendo.

—No lo veo... —dijo porque los gustos de sus amigas eran muy distintos a los suyos. Solo había que ver el traje de colores que llevaba Sylvia ese día. Vale que trabajaba en una galería de arte. ¿Pero había que llevar el arte

puesto?

—¿Qué tienes que perder?

—Sylvia, te quiero mucho... —Su amiga sonrió de oreja a oreja. —Pero si crees que voy a salir con uno de esos chiflados con los que trabajas, que creen que hacen arte, estás más loca de lo que pensaba.

Jadeó indignada. —¡No son chiflados! ¡Son genios!

Puso los ojos en blanco antes de mirar a Helena maliciosa. —¿Por qué no empezamos contigo?

—Con la mala leche que tienes, eres capaz de hacerme salir con un salido desdentado al que le huelan los sobacos, solo para demostrar que nuestra teoría es mentira. Tú tienes que ser la primera.

Pues sí que la conocían bien. Esa teoría era absurda, pero debía reconocer que la conocían mejor que nadie. Se cruzó de brazos mirándolas fijamente como cuando estaba en una reunión del trabajo. —¿Y cuáles son vuestros planes? Informadme. Porque si me lo habéis contado, es que ya sabéis con quien voy a salir.

Ambas sonrieron mirándose. —Al menos no se ha negado —dijo Sylvia satisfecha.

—No te vamos a contar nada —añadió Helena—. Será sorpresa. Solo te diremos el nombre. Además, todavía tenemos que convencerles para que salgan contigo, así que no te vamos a decir nada de nada.

—Vale, pues entonces no. —De repente se echó a reír al ver sus caras de decepción. —Si me conocéis tan bien, sabéis de sobra que no iba a aceptar esto.

—Pues sí lo sabíamos, por eso.... —Helena sacó una llave del bolso y la dejó sobre la mesa.

Levantó una ceja sin entender. —¿De qué es esa llave?

—Si lo haces... —Las amigas se miraron antes de asentir. —Si lo haces

y colaboras, tendrás mi casa de los Hamptons todo el verano.

Las miró incrédula. —¿Por qué tenéis tanto interés en que lo haga?

—Porque quiero comprobar si funciona para la revista de psicología — dijo Helena mirándola fijamente—. Piensa que me estás ayudando en una investigación científica.

—No fastidies.

—Vamos, ¿qué más te da salir con uno de tus hombres perfectos que salir con uno de los nuestros? Al menos habrá intriga en si te gusta. Emoción, misterio...

—Ganas de vomitar como metáis la pata y de mataros de paso.

Helena entrecerró los ojos. —Qué interesante sería un episodio psicótico.

—Nos esforzaremos mucho en que te gusten, te lo prometo. Yo tengo uno en mente que te va a volver loca.

—Para que pida los servicios de Helena, seguramente. —Miró la llave sobre la mesa. Era una casa impresionante ante el mar y se moría por pasar allí todos los fines de semana del verano con el calor que hacía en Nueva York. El año anterior solo pudo ir dos veces porque la familia de Helena se pasó allí casi todo el verano. La miró con desconfianza. —Tus padres no irán a la casa, ¿verdad? No me encontraré a tu padre en el baño o algo así.

—Se van todo el verano a un crucero alrededor del mundo. Solo iremos nosotras. Pero como no lo hagas, tú te quedarás aquí muriéndote del asco porque no te invitaré.

—No harías eso.

—Pruébame —dijo retándola con la mirada.

Helena era muy capaz de hacerlo, porque tenía casi tanta mala leche como ella, aunque disimulaba mejor.

—¿Cuántas citas?

—Ya está negociando —dijo Sylvia divertida—. Remátala.

—Tres citas cada una.

—¡Y una leche! Si el estudio funciona, como tú dices, debería tener novio en la primera cita. Así que una cita cada una y vais que chutáis.

—Dos cada una y después tendrás que colaborar en hacerlo con nosotras. Y nada de poner excusas como ya tengo novio y que os den. Tienes que cumplir con buscarnos citas decentes.

—¿Y para hacerlo más interesante por qué no lo hacemos a la vez?

Se miraron las unas a las otras y ambas negaron con la cabeza. —Ni hablar. Como no te guste el primero, me arruinas el estudio con tus venganzas. Primero tú y cuando terminemos, colaborarás en el estudio si quieres esa llave. Si no... que disfrutes del verano, guapa.

Gruñó levantando la vista y alargó la mano. —Trato hecho.

Sylvia soltó un chillidito estrechando su mano mientras sus ojos castaños brillaban de la alegría. —Te vas a enamorar del mío. El primero. El segundo no lo he pensado.

—No guapa, le va a gustar tanto mi elección que ya no querrá conocer a nadie más. —Helena sonrió satisfecha. —Bien, ¿y cuándo empezamos?

—Uff, esta semana estoy muy liada con la fusión... —Miró a su alrededor. —¿Dónde está la comida? Voy a llegar tarde. Mi jefe está de los nervios.

—Es lo que tiene ser directora del departamento de Fusiones y Adquisiciones, que hay que hacer fusiones —dijo Helena divertida.

—Muy graciosa.

La camarera sonrió a los de la mesa de al lado antes de volverse con la bandeja en la mano para ponerles las colas que habían pedido. —Aquí tienen.

—No cielo, no lo tenemos porque no nos has traído la comida y esos ya están comiendo. ¿Los recuerdas? Son los que llegaron más tarde que nosotras

—dijo empezando a cabrearse—. Quiero ver al encargado. A mí no me tomas el pelo.

Sus amigas gimieron mientras la camarera se sonrojaba. —Su pedido todavía no ha salido.

—Porque has dado la comanda en la cocina más tarde para fastidiar. — La miró fijamente mientras se ponía como un tomate. —¿Vas a llamar al encargado o voy a buscarle?

—Le traigo su comida ahora mismo.

—Pero ya. Y como vea algo raro, como un escupitajo en la comida, prepárate para lo que pueda venir porque ella es mi abogada.

Helena levantó las cejas antes de asentir.

—Yo no quiero líos —dijo la chica.

—Ni yo tampoco. Solo quiero comer.

La camarera se fue a toda prisa y sus amigas la miraron como si fuera una chiflada. —¿Qué? Tengo hambre. Y esa nos está mareando. Por su culpa tendré que comer a toda prisa.

—¿De veras te vas a comer lo que te sirva? —preguntó Sylvia con cara de asco.

—Más le vale que venga bien, porque si no le monto un pollo que alucina. —Le echó un vistazo al móvil y sus amigas se miraron. —Mierda. — Se levantó de golpe sobresaltándolas. —Tengo que irme.

—Pero...

—Os llamo luego, ¿vale? Os quiero.

Salió disparada poniéndose el teléfono al oído y Helena susurró —No va a funcionar.

—Se ha tragado lo del estudio, ¿no? Claro que va a funcionar. El mío es perfecto.

—Es demasiado...

—¿Intensa?

—Tengo que cambiar mis opciones. Debe ser alguien con mucho carácter porque ella es de armas tomar.

—Lo que decía. El mío es perfecto.

Helena la miró incrédula. —¿Quién es?

Soltó una risita. —Ah, no. Quiero que sea sorpresa. Además, tengo que convencerle.

Helena lo pensó unos segundos antes de abrir sus ojos como platos. —
¡No!

—¡No he dicho quién es!

—¡Pero ya lo sé por tu cara! En cuanto vea a Alex, saldrá corriendo. Se odian.

—Del amor al odio hay un paso. Además, es perfecto para ella. Y tiene carácter, mucho.

—¡Terminarán matándose!

—Que va... Mi hermano sabe que me cabrearía. Y no tienes derecho a meterte en mi trabajo. Tú a lo tuyo, guapa.

—¿Alex está en Nueva York? ¿No estaba en Ruanda o algo así?

Los ojos de Sylvia brillaron. —Llega mañana. Estoy deseando verle y le voy a hacer una fiesta de bienvenida.

—Pues menuda bienvenida. Se le va a atragantar.

—Oye, que Alex es muy razonable. Por hacerme feliz lo hará y se enamorarán. Lo sé desde hace años. Son perfectos el uno para el otro. Tú lo tienes más difícil.

Helena hizo una mueca. —Mierda... —Lo pensó mucho y cuando llegó la comida se pusieron a comer en silencio.

Sylvia sonrió. —Vamos, ya tenías candidatos.

—Pues sí y me parecían perfectos, pero hace algo como lo que ha hecho

con la camarera durante la cita y salen corriendo.

—No es para tanto. Es exigente porque se exige mucho a ella misma.

—¿Serías capaz de vivir con ella?

La miró con horror. —¿Con lo maniática que es para todo? Ya tuve bastante en la universidad, gracias.

—Por eso no va a funcionar con Alex, porque él es un desastre fuera de su vida laboral. Puede que sea un cirujano de primera y que se lo disputen en todos los hospitales del mundo, pero en casa... Hasta a mí me pondría de los nervios.

—Funcionará, te lo digo yo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque debajo de todo ese odio, hay una atracción sexual no resuelta. Tanta pulla no es normal.

—Prepárate para la guerra, guapa. Y para oír a los dos cuando se enteren de con quien es la cita.

—Por eso voy a mentir. —Sonrió encantada.

—¡No puedes hacer eso!

—Claro que puedo. —Se encogió de hombros como si le diera igual.

—No debes hacer eso.

—Tú tampoco deberías comerte esa hamburguesa y bien que te la estás metiendo entre pecho y espalda, hermosa. No deberíamos hacer tantas cosas...

—La venganza de Natalya será terrible cuando nos toque.

—Ah, pero es que yo no me pienso prestar a esto. No lo necesito.

Helena jadeó. —¡Tendrás cara! —Frunció el ceño. —¡Te estás acostando con alguien! —Sylvia sonrió con la boca llena. —Cuenta, cuenta.

—Solo si me cuentas lo tuyo.

—Acabo de empezar. No es nada serio todavía.

—Como yo.

Se miraron antes de echarse a reír. —Cuando se entere Natalya, tendremos que salir del país —dijo Helena divertida—. Y cuando se entere de que mis padres van a vender la casa de los Hamptons...

—Ella lo necesita, cada vez tiene más mala leche. Necesita un buen hombre que le alegre la existencia y le proporcione mucho sexo. Sobre nosotras, diremos que acabamos de empezar y que no queremos fastidiarlo con citas a ciegas. Y sobre la casa... —Se encogió de hombros de nuevo. —Tú no sabías nada. Se va a quedar con el amor de su vida. La casa le dará igual.

—Más nos vale. ¿Quién es tu amorcito?

Sylvia sonrió ilusionada. —Pues verás, es pintor y tiene unas manos...

Capítulo 2

Natalya se bajó del taxi y subió los tres escalones del portal antes de llamar al timbre de la casa de Sylvia gruñendo por dentro, porque antes de estar allí preferiría que le sacaran las amígdalas sin anestesia. Pero le había insistido tanto y estaba tan ilusionada, que no fue capaz de negarse después de llamarla por tercera vez. Era cierto eso de que a la tercera iba la vencida.

Abrieron sin preguntar quién era y puso los ojos en blanco empujando la puerta cuando alguien se puso tras ella y se volvió sorprendida. Y se sorprendió aún más al ver a Alex más atractivo que nunca con un traje de vestir en gris que resaltaba sus ojos del mismo color. Leche, llevaba corbata. Incluso había afeitado esa barba de tres días que lucía normalmente, mostrando su cuadrada mandíbula. Su cabello rubio oscuro tirando para castaño estaba impecablemente peinado. Joder, podría salir en cualquier revista masculina de lo atractivo que estaba. Gruñó por dentro y cuando esos ojos grises se clavaron en los suyos fue muy consciente de su horror por encontrarla allí. —Vaya mala suerte —dijo él deteniéndose en seco.

—Lo mismo digo, imbécil. ¿Ya estás de nuevo en Nueva York? Yo que tenía la esperanza de que te secuestraran o que te pegaran un tiro... —soltó con ironía molesta por su reacción al verla.

—Tan agradable como siempre, Natalya. No sé cómo mi hermana te soporta.

—Porque tiene buen gusto —dijo ignorándole yendo hacia el ascensor. Pulsó el botón de llamada gruñendo por dentro porque hasta el sonido de su voz le alteraba los nervios. Él se puso a su lado mirándola de arriba abajo

desde sus tacones de quince centímetros hasta su traje de chaqueta rosa y su cabello rubio suelto que caía por la espalda. Sin cortarse giró la cabeza levantando una ceja—. ¿Qué?

—Nada, te veo muy bien.

Como no se lo esperaba, se sonrojó mirando al frente y enderezando la espalda. —Pues tú sigues igual. Igual de mal, quiero decir.

Alex se echó a reír apoyando el hombro en el ascensor. —No lo has superado, ¿verdad?

—¿El qué?

—Chica, han pasado cinco años. Fue un polvo de una noche. Tampoco es para tanto. ¿No has conseguido olvidarme, cielo?

La madre que le parió. Le miró fríamente con esa sonrisa que a sus subordinados les ponía los pelos de punta. —¿Hablas de esa noche en la que estaba medio borracha y te dormiste en mitad de la faena? ¿De verdad quieres hablar de eso, Alex? Porque estaré encantada de explicarte lo que hay que hacer para satisfacer a una mujer. Hay libros sobre ello, ¿sabes? Igual deberías comprarte uno.

Enderezó la espalda molesto. —Pues bien que gritabas.

—Ah, ¿pero me oíste? Era para que te quitaras de encima porque creía que estabas dormido —dijo aparentando asombro—. Como no te movías...

—Lo que te pasa es que estás cabreada porque me largué del país sin llamarte.

Se echó a reír. —Sí, estaba tan cabreada porque te largabas, que esa mañana salí corriendo para no verte la cara. Creo recordar que seguías dormido. Duermes mucho, ¿no?

—Sería que llevaba cuarenta y ocho horas de guardia y estaba agotado.

—Sí, ya me di cuenta. —Chasqueó la lengua. —Del agotamiento, digo. —Se acercó a él ignorando el aroma de su after shave que era el mismo de

siempre y susurró —Te aconsejo que la próxima vez que te lleves a una chica a tu cama, estés algo más descansado. Para que no se lleve la impresión de que eres un egoísta de mierda en la faena y la dejes a medias como me pasó a mí.

Escuchó como los dientes de Alex rechinaban y sonrió mirando el ascensor. —¿Esto no funciona? —Volvió a pulsar el botón.

Alex miró hacia arriba para ver las luces y bufó. —No, Natalya... no funciona.

—Vaya, pues a hacer ejercicio.

Se volvió para ir hacia las escaleras y él la siguió con los ojos entrecerrados con ganas de sangre. Empezó a subir los escalones y subió tras ella. Sabía que iba a soltar alguna pullita y la esperaba en cualquier momento.

—Nena, ¿tienes el culo más gordo?

Jadeó volviéndose. —Mira guapo, ya quisieras tú tocar este culo. Y para tu información, uso una talla menos que cuando tuve la desgracia de acostarme contigo.

Él levantó las manos en son de paz. —Era solo una pregunta. Te veo susceptible.

—¿Sabes qué? Nunca nos llevaremos bien. No nos soportamos y no es un secreto para nadie, así que a nadie le extrañará que no me hables más. Estoy aquí por Sylvia, no porque me importe una mierda que hayas vuelto. La quiero mucho y no quería defraudarla. Por eso lo mejor es que no me hables. No me mires. Yo estaré en una esquina del salón y tú en la otra. ¡Haz que no exista!

La miró con sus increíbles ojos grises fríamente. —Por mí perfecto.

—¡Genial! —Se volvió y siguió subiendo en silencio tan aprisa como pudo.

—Sí que tiene el culo más gordo —le oyó murmurar por lo bajo.

—¡Serás crío! —dijo sin volverse.

Alex se echó a reír. —Nena, estás de muy mal humor. Disfruta de la vida.
—La disfruto con quien me cae bien.

—Yo antes te caía bien. ¿O te acuestas con los que no soportas? ¿Por eso tienes esa cara?

Era para matarle. Nada, que no se detenía. Se volvió con ganas de matarle y su tacón se inclinó casi haciéndola caer. Alex la sujetó por el brazo y Natalya sintió una descarga eléctrica que la recorrió de arriba abajo. Se miraron a los ojos y se le cortó el aliento. Al sentir que el deseo la recorría, se enderezó levantando la barbilla, negándose totalmente a volver a caer en aquello. —Gracias.

—De nada —dijo él con voz ronca.

—¡Y me acuesto con quien me da la gana! —le gritó a la cara.

Él sonrió. —¿Qué pasa, nena? ¿Estás pasando una época de sequía?

Entonces sonrió maliciosa. —Más quisieras. —Se volvió y siguió subiendo los escalones. Joder, ¿por qué Sylvia tenía que vivir en el último piso? Cuando vio que todavía quedaban cinco plantas gimió por dentro.

—Así que sales con alguien.

—Uy, qué pesado estás...

—Es por charlar de algo.

—¡Pues sí!

—Seguro que es un estirado que coloca sus rotuladores por colores y que antes de tocarte te pide permiso, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con ironía—. Es un hombre que lo tiene todo colocado en su sitio y que sabe tratar a una mujer. Al contrario que tú.

Le escuchó gruñir tras ella y sonrió radiante sin dejar de subir los escalones lo más aprisa que podía para librarse de él cuanto antes.

—Nena, te vas a caer subida en esos zancos —dijo exasperado.

—Estos zancos, como tú los llamas, cuestan setecientos pavos.

—Con todo el hambre que hay en el mundo —dijo por lo bajo.

—¡Oye! —Se volvió furiosa. —¡Me gano mi dinero y tengo derecho a gastarlo en lo que me da la gana! ¡Y si yo y otras como yo, no compraran estos zapatos, muchas personas no tendrían trabajo! Así que deja esas lecciones de moral a otros que no se gasten... —Miró su traje. —¿Mil pavos en un traje? ¿Qué te diferencia de mí? ¿Que no voy a operar al Congo? ¡Hay muchas maneras de colaborar!

—Y aparte de comprarte esos zapatos, ¿qué haces?

—¡No pienso contarte nada! ¿Qué parte de no quiero hablar contigo no has entendido? —preguntó sin detenerse—. Parece que te interesa mucho mi vida ahora que has vuelto cuando antes no te interesaba nada.

—¿Y eso te molestaba? —preguntó divertido.

Se volvió de nuevo. —Mira, no nos soportábamos ni antes de ese penoso episodio ni después. Fue un desliz después de unas cervezas, pero parece que te ha marcado mucho más que a mí. Aunque no me extraña con la imagen de inútil que me ofreciste. Pero yo lo olvidé hace mucho. Acepta tu error y sigue adelante con tu vida. Eso sí, no vuelvas a hacerlo porque puede crearte un trauma. Intenta durar un poquito más y no te duermas sobre la chica hasta asfixiarla. Pero sigue adelante y olvídate de mí. ¿Crees que será posible? —preguntó con una suave sonrisa en el rostro.

Entrecerró los ojos mirándola como si quisiera cargársela. —¿Y no serás tú que eres demasiado exigente?

Hizo que lo pensaba antes de echarse a reír. —¿Tú crees? —Le guiñó un ojo. —¿Por eso quieres más, cielo?

—¿Yo? ¡Tendría que estar loco! —La adelantó furioso y Natalya sonrió con satisfacción por haberle fastidiado.

—No, si te lo digo porque los demás siempre quieren repetir y como te importa tanto mi vida sexual y no dejas de hablar de ello...

Alex abrió la puerta de las escaleras que daba acceso al pasillo y se volvió. —¿Sabes qué? Creo que tienes razón y lo mejor es que no nos hablemos más.

Sonrió encantada. —Me parece perfecto.

Furioso pasó cerrando la puerta con fuerza, pero Natalya metió la mano para impedirlo pillándosela con el marco. Chilló de dolor sacándola de golpe cuando vio que el dedo anular estaba machacado y que le faltaba medio dedo meñique. Horrorizada gritó cogiéndose la mano y ni vio que Alex abría la puerta a toda prisa palideciendo al ver la sangre. —¡Joder! —La cogió por los brazos. —Tranquila, nena.

—¡Me falta un dedo! —gritó horripilada sin poder dejar de mirarse la mano.

Él se agachó a su lado. —Tranquila, está aquí.

Vio el dedo en su mano y gritó una y otra vez mirando aquel dedo y su mano sin darse cuenta de que los de la fiesta habían salido hasta allí.

—¡Helena, hielo y una toalla! —gritó Alex intentando calmarla. —
¡Natalya, tranquilízate!

—¡Deja de decir eso! —gritó furiosa sin darse cuenta de que lloraba poniéndole la mano ante la cara—. ¡Me has amputado un dedo! ¡Y es la mano derecha, bruto descerebrado! ¡Me has dejado lisiada!

Se echó a llorar y Sylvia se acercó pálida. —¿Estás bien?

—¡Cómo voy a estar bien!

Alex cogió la toalla que Helena le entregó y le cogió la mano. —
Tranquila, esto lo arreglo yo en un pis pas.

—¿Qué lo arreglas? ¡Te odio! —Apartó la mano furiosa sujetándose la toalla y miró a Helena mientras Alex palidecía. —¿Vienes conmigo al hospital?

—Sí, por supuesto. Voy a por mi bolso —dijo entregándole el vaso de

hielo a Alex donde metió el dedo.

—Natalya, no sabes cómo lo siento... —Sylvia la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Tú no tienes culpa de tener a este imbécil como hermano —dijo rabiosa agachándose para coger su Birkin que se había llenado de sangre.

—Nena, yo...

—¡Ni me hables! ¡Ni se te ocurra dirigirme la palabra nunca más!

Helena llegó con su bolso y cogió el vaso rápidamente. —Vamos, ya he llamado a un taxi.

Sus ojos se volvieron a llenar de lágrimas. —Me ha amputado un dedo.

Helena asintió cogiéndola por los hombros para bajar las escaleras. — Seguro que ha sido un accidente. ¿Te duele mucho?

—Sí —contestó como una niña mientras Alex se llevaba las manos a la cabeza.

—Enseguida te atienden y te pondrán algo para el dolor —dijo cariñosa haciendo que Natalya se emocionara echándose a llorar de nuevo.

—Va a quedar horrible.

—Casi ni se notará —escucharon decir a Helena cuando las perdieron de vista.

—¿Tú crees? —La escucharon gimotear de nuevo. —Es la mano del anillo de compromiso y el de boda. Todo el mundo la mirará y...

—No debes pensar en eso. Seguro que queda muy bien.

Alex se volvió hacia su hermana que se limpió las lágrimas antes de decir —Estupendo. Gracias hermano.

—Tengo que irme —dijo preocupado.

Iba a bajar los escalones cuando Sylvia le cogió por el brazo y él se volvió. —Arregla esto porque si no me voy a cabrear muchísimo. Te lo aseguro.

—No te preocupes. Quedará bien.

—¡Más te vale! —dijo furiosa antes de alejarse.

Al día siguiente Natalya sentada en la cama del hospital, se miró la mano y gimió al ver que tenía los dos últimos dedos vendados como si se hubieran gastado todas las gasas del hospital en ella. Le dolía horrores y miró al doctor a los ojos. —¿Voy a perder el dedo?

—Intentaremos que se quede ahí —dijo con cachondeo, pero al ver que no le había hecho ninguna gracia perdió la sonrisa de golpe—. Si todo va bien no lo perderá.

—¿Y la movilidad?

—Debemos esperar. Aún es pronto para decirlo.

Eso seguramente significaba que tendría un dedo inútil. Natalya asintió.

—¿Cuándo podré irme?

—Hoy mismo. Le recetaremos una medicación y tendrá que venir a unas curas diariamente, pero tiene buena pinta. No debe preocuparse.

—¿Usted cree que tiene buena pinta? —preguntó mostrando su mano con ganas de matar a alguien. Y como no tenía a Alex, ese imbécil le valía.

El hombre carraspeó. —Le aseguro que aquí veo cosas horribles.

—Ah, y como ve cosas horribles esto no es nada.

—No he dicho que no sea nada, sino que...

—¡Lárguese de mi habitación! —gritó sobresaltándole.

El médico asintió saliendo de allí a toda prisa y casi chocándose con Helena. Su amiga intentó no reírse.

—No tiene gracia.

—No, no la tiene. —Se acercó a su cama. —¿Cómo te encuentras? ¿Te duele?

—Muchísimo.

—¿Y por qué no se lo has dicho?

—Se lo dije antes a la enfermera y me contestó que el médico me daría algo —dijo asombrada—. ¿Tenía que habérselo dicho otra vez? ¡Es que no saben hacer su trabajo? ¡Pues el dedo me va a quedar hecho un Cristo!

Helena reprimió la risa. —Seguramente la enfermera pensaba que tú se lo dirías y...

—¡Si me había dicho que se lo diría ella! —gritó de los nervios a punto de llorar de nuevo.

—Voy a llamarle, ¿de acuerdo? —Abrió la puerta y Natalya se tensó al ver a Alex con una bata blanca hablando con su médico. Frunció el ceño sorbiendo por la nariz cuando Helena cerró la puerta a toda prisa.

Dos minutos después Alex entró en la habitación y ella le miró con desconfianza. —¿Qué pasa? ¿Vienes a rematarme?

Sin decir una palabra inyectó algo en su gotero. —¿Alex?

—Es algo para el dolor. Te sentirás mejor en unos minutos, ya verás. Y dormirás algo.

—¿No será el sueño eterno...?

Alex sonrió. —¿Sabes? Ya voy pillando tu sentido del humor.

—Pues te ha costado diez años... muy listo no eres —murmuró mirándose la mano.

—Tienes razón, soy un estúpido de primera.

—¿Me has operado tú? —Él asintió esperando su reacción. —¿Trabajas en el Sinaí? —preguntó algo sorprendida.

Sonrió divertido. —Desde hace cuatro días. Veo que hablas mucho con mi hermana de mí.

—No hablamos nunca de ti —dijo levantando la barbilla—. Suelo ponerme de mal humor cuando sales en la conversación.

—Ya veo... —siseó él mirando a su alrededor—. ¿Sientes algo?

—Sí, que me late el dedo como si se me fuera a caer en cualquier momento.

—Que lo notes es bueno, ¿sabes?

—¿No me digas? Al final voy a tener que darte hasta las gracias por habérmelo arrancado de cuajo.

—Yo no te lo he... —Se pasó una mano por su cabello. —Déjalo.

—Lo estoy deseando. Si te largaras de mi habitación...

Para su asombro cogió la silla donde se sentaba Helena y se sentó a su lado. Asombrada le miró. —Sí, pesada... me voy enseguida. Lo que pasa es que no he dormido arreglando tu dedo y estoy cansado.

—Oh, pobrecito. ¿Dónde está Helena?

Se encogió de hombros como si le diera igual. —¿Para qué la quieres?

—¡Para que te eche!

—Pues mala suerte. Quería comentarte algo. —Le miró fijamente sin mover un músculo y levantó una ceja cuando le vio dudar, pero al final se decidió. —Sylvia es mi hermana.

—¿Eso es lo que querías decirme?

—¿Me dejas hablar, por favor? —Gruñó apoyando la cabeza en las almohadas y él sonrió. —Y como los dos la queremos mucho, quiero que firmemos una tregua.

—Disculpa —dijo con una sonrisa en el rostro levantando su mano—. No estoy en disposición de firmar nada.

—Muy graciosa. Sí, me estoy partiendo de la risa. Y tu mano volverá a ser la de siempre.

Le miró esperanzada. —¿Seguro?

—¿Dudas de mí?

—¡Claro que dudo de ti, sino no lo hubiera preguntado!

—¡Soy uno de los mejores cirujanos de este país!

—Eso dicen, pero a mí todavía tienes que demostrármelo.

—Nena, me pones de los nervios. He realizado trasplantes de rostro, creo que puedo con un dedo.

Chasqueó la lengua. —Si tú lo dices... ¿Volvemos a Sylvia? Te has desviado.

—Porque tú...

—Ya, ya. ¿Qué me decías?

Entrecerró los ojos como si quisiera cargársela. —Una tregua.

—¿No volverás a meterte conmigo?

—Ni tú conmigo, que tampoco te quedas corta.

Lo pensó seriamente. —¿No me hablarás más?

—¿De veras quieres que no nos hablemos más? —Parecía sorprendido y ella asintió como si fuera idiota. Alex apretó los labios. —¡Pues eso no va a pasar! ¡Mantendremos una relación educada, al menos ante Sylvia!

—Eso ya lo teníamos antes. Yo quiero más.

A Alex se le cortó el aliento. —¿Quieres más?

—Claro. Es evidente que eso no funciona. Llevamos así cinco años cada vez que apareces y está yendo a más. Creo que lo mejor por el bien de todos, es que no nos hablemos y nos veamos lo menos posible. Así Sylvia no sufrirá y todos contentos.

Alex se la quedó mirando muy serio y se levantó de la silla. Natalya disimuló el dolor que sentía por dentro porque era una ruptura definitiva.

—Está bien. Intentaré que coincidamos lo menos posible —dijo él fríamente.

Viendo que esa relación de más de diez años se acababa en ese momento, forzó una sonrisa. —Perfecto. Espero que te vaya bien.

Lo dijo como si le importara un pito y Alex se tensó. —Te deseo lo

mismo.

Salió de la habitación y Natalya se miró la mano. Menudo recuerdo que le había dejado para toda la vida. Una lágrima cayó por su mejilla porque le había dejado miles de recuerdos de los que tampoco podría olvidarse. Como el día en que le conoció.

Llamaron a la puerta de la habitación de la residencia de estudiantes y ella en pijama corto corrió a abrir pensando que era Helena que llegaba con la pizza. Se quedó helada por el tipo que había al otro lado, porque era de esos hombres que robaban el aliento con solo una mirada y esos ojos grises le robaron el corazón al instante, diciéndose a sí misma que no se le podía escapar. Sonrió radiante comiéndoselo con los ojos. —Hola.

Él sonrió. —Hola, soy Alex...

—Alex, Alex... —Lo pensó seriamente—. ¿El de mantenimiento?

—No, el hermano de Sylvia.

—Sylvia, Sylvia... —Hizo que lo pensaba. —¿La que trabaja en el Twist?

—No, Sylvia la que duerme en tu habitación.

—¡Oh, la artista!

—Esa.

—No está. Pero pasa, estará al llegar. No se pierde la pizza.

Alex entró en la habitación que estaba claramente dividida en dos partes. Una impecablemente ordenada y con una mesa de trabajo llena de libros con rotuladores de todos los colores en fila al igual que los post-it de distintos tonos para señalar. No había ni una sola prenda de ropa fuera de su sitio y su cama tenía un edredón de colores que hacía su parte muy alegre. Alex levantó una ceja antes de volverse para ver el desastre que era la habitación de su

hermana. Había ropa por todas partes y la cama estaba sin hacer. Incluso había una sandalia sobre la lámpara de la mesilla de noche. —Guau, el huracán solo ha pasado por media habitación.

—Puedes sentarte aquí, si quieres —dijo sacando la silla de la mesa para ofrecérsela.

—Tranquila, estoy acostumbrado.

Soltó una risita. —Sí, supongo que lo estarás. —Le vio sentarse en la cama de su hermana como si no quisiera molestar. —¿Quieres beber algo? Tengo nevera, ¿sabes? —Intentando complacerle abrió la pequeña nevera mostrando sus refrescos. —Lo siento, pero cerveza no tengo.

—Una Coca-Cola estará bien. ¿Eres nueva? El semestre anterior tenía otra compañera.

Encantada porque quisiera hablar con ella asintió. —Helena, llegará ahora. Pero le dijo a Sylvia que por el bien de su amistad...

—Se mudaba. —Divertido cogió la lata y Natalya disimuló el estremecimiento que la recorrió cuando sus dedos se rozaron.

Rió como una tonta. —Y yo tendré que decirle lo mismo si no quiero volverme loca.

—Tú eres aún más ordenada que Helena. ¿Cómo te convenció para cambiar de habitación?

—Me regaló una bici.

Alex se echó a reír y Natalya se sonrojó porque debía pensar que era tonta, pero a ella esa bici le había salvado la vida porque ganaba mucho tiempo a la hora de ir al trabajo. —¿Por una bici?

—Sí. —Se apretó las manos y se sentó en la silla intentando parecer despreocupada. —Es muy chula, te lo garantizo.

—Menudo negocio has hecho. ¿Crees que alguien querrá cambiarte ahora?

—Puede que no porque ya se ha corrido la voz, pero ya me las arreglaré.

—Pues buena suerte.

—Gracias. —Él bebió de su lata sin quitarle ojo y se sonrojó agachando la mirada. Al darse cuenta de que estaba en pijama y encima era de Mickey Mouse, gimió por dentro. Dios, que vergüenza. Decidió disimular. —Tú estás de residente, ¿verdad? Creo que le escuché decir a Sylvia algo de un hermano médico.

—Pues sí, estoy en mi tercer año de residencia.

—Eso es genial. Por anatomía de Grey sé que es muy duro.

Él sonrió. —Sí, bastante.

—Me encanta esa serie, pero odio la sangre. Jamás podría abrir a alguien para operarle.

—¿Qué estudias?

—Económicas.

—Una futura empresaria.

—Yo con trabajar para uno, me conformo.

Él se inclinó hacia delante y miró sus piernas con descaro. —Y dime... ¿cómo te llamabas?

—Natalya —susurró sin aliento.

—Dime Natalya, ¿tienes novio?

Se puso como un tomate. ¡Le gustaba! Sintiendo que su corazón saltaba en su pecho contestó emocionadísima —Pues no.

—¿Y mi hermana?

—No —respondió confundida.

—¿Vais a muchas fiestas?

—Yo tengo mucho que estudiar y... —Le parecería un muermo. Tenía que ser más divertida. —Bueno, pero si tengo el día libre, salimos a tomar algo y a bailar.

—¿Y cuántos días tienes libres?

Ahora le iba a pedir una cita. —Los miércoles.

—¿Entre clase?

—Bueno, da igual.

Él levantó una ceja. —No, no da igual.

En ese momento se abrió la puerta y Sylvia se detuvo en seco con la mochila colgada del hombro. —Mierda.

—Menudo recibimiento, enana —dijo levantándose—. ¿Sabes por qué estoy aquí?

—Te ha llamado mamá —dijo con aburrimiento antes de mirar a Natalya—. Natalya, este es el pluscuamperfecto de mi hermano.

—Pues sí me ha llamado mamá. ¡Hace tres semanas que no sabe nada de ti ni contestas al móvil!

—He estado ocupada.

—¡A mí me contestas!

—Estaba ocupada para escuchar sus quejas sobre que no la llamo. —Se acercó a su hermano y le besó en la mejilla. —¿Qué tal esa residencia? ¿Ya te has ganado al cirujano jefe?

—Déjate de rollos. ¡Llama a mamá! ¡Y no salgas por semana! ¡Me lo habías prometido!

Sylvia miró a Natalya como si la hubiera decepcionado y ésta se puso como un tomate. ¡Solo le importaba su hermana y había hablado con ella únicamente para sacarle información!

—¡Solo salgo los miércoles porque Natalya no trabaja ese día!

—Pues que salga sola. O con quien le regaló la bici para librarse de ti.

Sylvia la miró asombrada. —¿Helena te regaló la bici para que le cambiaras la habitación?

¡Joder! Miró a Alex como si quisiera matarle, pero a este le importó muy

poco. Se volvió hacia Sylvia arrepentida. —No te lo dije antes porque no te conocía y me daba igual. Sabes que la necesitaba y cuando me la ofreció...

Vio que Alex fruncía el ceño. —Hablas de una bici como si fuera un tesoro o algo así.

La habitación se quedó en silencio y muy sonrojada agachó la mirada. Al ver los libros los cogió a toda prisa y dijo —Me voy a la biblioteca.

—No hace falta que te vayas... —dijo Sylvia preocupada.

—No pasa nada.

Salió corriendo de la habitación muerta de la vergüenza y corrió hacia el baño común metiéndose en uno de los cubículos y cerrando la puerta. Sabía que no lo entendían. Ellos habían nacido en una casa donde siempre había habido de todo y no se imaginaban que para ella vivir allí era una maravilla. Tener de comer todos los días ya era un salto sorprendente, pero tener aunque fuera la mitad de una habitación era un sueño.

Había nacido en un barrio de Filadelfia donde su madre tenía una habitación encima del club nocturno donde trabajaba y como abusaba de la bebida, habían sido varias las veces en las que se había escapado para no tener que soportar sus malos tratos. Muchos días ni se preocupaba en si comía y le importaba muy poco si iba a clase o no. Pero un día en que se había escapado, se encontró con su profesora de francés y se la llevó a su casa. Tuvieron una larga charla en la que fue muy clara. Si quería seguir con la vida que llevaba su madre, iba por buen camino. Pero si quería salir de allí, la única manera era estudiando duro para conseguir una beca. Esa noche llegó a casa y se encontró a su madre con un tipo en la cama. Ese hecho fue tan definitivo que esa misma noche empezó a convertirse en todo lo que no era su madre.

Y lo había conseguido. Había llegado a Columbia y tenía una vida distinta. Pero episodios como el que acababa de ocurrir, le mostraban que ella

era distinta a los demás. No recibía regalos cada semana como alguna de sus amigas y mucho menos dinero para mantenerse. Y todo lo que conseguía era por su propio esfuerzo. Excepto la bicicleta.

Se sintió culpable por Sylvia. Era una buena chica y sentía haberle hecho daño por puro egoísmo. Y se sintió más culpable aún cuando regresó a su habitación horas después cuando estaba dormida y vio una caja de pizza sobre su mesa con una nota donde decía que se la comiera porque la había pagado Alex. *“Es lo menos que podía hacer, así que te aproveche.”* Se sentó en la cama y cenó en silencio porque no podía desperdiciar la comida y menos si era gratis.

A la mañana siguiente Sylvia se levantó como si no hubiera pasado nada y ella hizo lo mismo, pero la sorprendió por la tarde deseándole un feliz cumpleaños y regalándole una cesta para la bici cuando su cumpleaños era en diciembre. Era la primera vez que recibía un regalo de cumpleaños y desde aquel día Sylvia se había convertido en su mejor amiga.

A partir de ahí cada vez que veía a Alex casi no hablaba con él. Alguna vez se pasaba por la habitación para interrogarla sobre las actividades de su hermana, pero ella fue hermética, así que terminó por darse por vencido. Sabía que no tenía ningún interés en ella y por su amiga haría lo que fuera.

Pero al año siguiente llegó el día de Acción de Gracias y Sylvia la invitó a su casa para pasar las fiestas con la familia. Ella no quería ir, pero su amiga insistió tanto diciendo que su familia deseaba conocerla, que no tuvo más remedio. Sabía que el día de la cena vestían algo más elegantes, así que se recorrió todas las tiendas de segunda mano para buscar algo apropiado. Sonrió recordando el bonito vestido verde que se había comprado. Pero lo que no se esperaba, es que Alex fuera el que las llevara y estuvo incómoda durante todo el viaje hasta New Jersey.

Él intentó meterla en la conversación varias veces, pero ella solo

respondía con monosílabos. Se detuvieron en una gasolinera para repostar y Natalya fue al baño. Cuando regresó solo estaba Alex, que la miró enfadado metiendo la manguera en el depósito. —¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato?

—¿Perdón? —preguntó asombrada por el ataque.

—Es que tengo la sensación de que te molesta mi presencia y me pregunto por qué.

Se puso como un tomate, pero levantó la barbilla poniendo los brazos en jarras. —Pues ya que lo dices, me molesta un poco que me interrogues cada vez que me ves. Si necesitas un espía para Sylvia búscate a otra.

—De todas maneras, tú no eres de mucha ayuda porque siempre estás con la cabeza metida en los libros y no te enteras de nada.

—Me entero de lo importante.

—Qué sabrás tú —dijo con desprecio sacando la manguera.

—Ilumíname, por favor. Ya que lo sabes todo...

La miró malicioso. —Pues que sepas que mi hermana no te había invitado a ti primero. Invitó a Helena como el año pasado, pero ella no pudo porque sus padres pusieron el grito en el cielo. —Natalya intentó mostrar que no le importaba, pero sus ojos negros mostraron dolor sin poder evitarlo. Alex al darse cuenta de que le había hecho daño dio un paso hacia ella. —Pero...

—Da igual —dijo como si nada intentando esquivar el golpe—. Son amigas y es normal. —Sonrió a Sylvia que salía de la gasolinera con un montón de chucherías en las manos. —Sabes lo que diría el dentista de eso, ¿verdad?

Sylvia hizo una pedorreta de la que se metía en el coche en el asiento del copiloto y ella hizo lo mismo. Alex se la quedó mirando unos segundos y juró por lo bajo volviéndose para ir a pagar. Su amiga se volvió con la bolsa de patatas abierta. —¿Quieres?

—No, gracias.

Sylvia frunció el ceño. —¿Qué pasa, Natalya?

—No, nada. Estoy algo cansada, pero todo está bien.

—No quiero que estés incómoda o preocupada. Mis padres te van a recibir con los brazos abiertos, ya verás.

Asintió forzando una sonrisa. —Lo sé, me lo has dicho mil veces.

—Sé que no te cae muy bien Alex, pero...

—Déjalo Sylvia —dijo rápidamente al ver su preocupación—. Todo está bien.

Su amiga sonrió encantada antes de meterse un puñado de patatas en la boca. —Lo vamos a pasar genial.

Desgraciadamente saber que había sido la segunda opción, nubló un poco su entusiasmo por las primeras vacaciones que tenía en la vida.

Y Alex no se lo facilitó demasiado porque cada vez que la veía, soltaba una pullita sobre cualquier cosa para fastidiarla. Sus padres que eran encantadores, propusieron jugar a las películas y todos sentados en el sofá jugaron para divertirse un rato. Se estaba riendo a carcajadas porque Sylvia estaba haciendo el mono para que intentaran adivinar King Kong cuando al mirar distraída a Alex se le cortó el aliento porque la observaba. Agachó la vista rápidamente y la madre de Sylvia la acertó.

—Te toca Natalya —dijo su amiga sentándose a su lado.

Se levantó y cogió uno de los papelitos. “La guerra de las galaxias”. Leche, ¿cómo iba a hacer mímica para que la acertaran? Tomó aire y se volvió abriendo la mano para mostrar cinco dedos.

—Un mimo —dijo Alex a toda prisa.

Negó con la cabeza y mostró cinco dedos. Señaló los dedos con la otra mano. —La mano que mece la cuna —dijo Sylvia a toda prisa.

Negó con la cabeza de nuevo y decidió dejar lo de la mano, estirando los

brazos y caminando como un robot antes de mover las manos de un lado a otro como si fueran naves espaciales. —Joder, qué mala es —dijo Alex por lo bajo sonriendo a su hermana.

Esta le dio un codazo sin dejar de observar lo que hacía. Entonces se le ocurrió lo de la espada láser y como si tuviera una espada dio bandazos de un lado para otro mientras sus padres se reían. —Estás luchando con una espada —dijo Sylvia. Asintió vehemente e hizo un círculo antes de simular un despegue con la mano—. Una nave espacial. —Asintió de nuevo sonriendo.

—La guerra de las galaxias —dijo Alex como si estuviera aburrido.

—¡Sí! ¿Quién es mala? ¿Eh? Y eso que era complicada.

—A lo mejor si hubieras hecho dos círculos sobre las orejas como si fueras la princesa Leia, lo hubiéramos pillado antes.

—Con lo listo que eres, hubieras pensado que eran unos cascos de música.

Todos se echaron a reír y así empezaron a discutir por todo porque a partir de ahí Natalya decidió no callarse una. Así que para la cena de Acción de Gracias ya era una guerra abierta y a veces encarnizada. Hasta que cinco años antes todo empeoró. Y realmente ni sabía lo que había pasado.

Estaba celebrando que había conseguido trabajo con sus amigas cuando se encontraron con Alex que había salido del hospital. Estaba tan contenta que le invitó a una cerveza. Y después de una, vino otra y así hasta perder la cuenta. Casi no habló con él, pero sin saber cómo Alex dijo que la acompañaba a casa porque vivía más cerca. Se mordió el labio inferior recordando cómo después de dejar a sus amigas doblaron la esquina y él la cogió por la cintura diciendo que había bebido demasiado. Riendo le dijo que él estaba más borracho y de repente pasó. Atrapó sus labios entrando en su boca y tardó unos segundos en darse cuenta de que la estaba besando. Y vaya besos. Los más intensos y maravillosos de su vida. Se terminaron devorando

el uno al otro y cuando quiso darse cuenta estaba en la cama de su apartamento disfrutando como una loca de todo lo que le hacía. Pero de repente se detuvo tumbado sobre ella. Tardó unos segundos en reaccionar y le miró acariciando su cuello. —¿Cielo?

Al ver que estaba profundamente dormido se quedó helada y le costó apartarle para ver que era cierto. Dolida se levantó de la cama sin poder creérselo cuando vio sobre la mesilla de noche una carta de Medicus Mundi y un billete de avión. Al leer el billete a su nombre, vio que se largaba dos días después a Senegal y sintió que se le rompía el corazón, dándose cuenta en ese momento que había estado enamorada de él durante esos años y que no lo había sabido hasta ese preciso momento. Y se asustó. Se aterrorizó porque era muy consciente de que Alex jamás sentiría lo mismo por ella. Nunca le había importado y lo había demostrado millones de veces, así que recogió sus cosas y salió de allí a toda prisa.

No fue hasta un año después cuando volvió a saber algo de él por su hermana. Había vuelto a casa, pero al verle de nuevo en su fiesta de bienvenida, Alex hizo que le daba igual que estuviera allí porque ni fue a saludarla y fue cuando regresaron las pullas. Y con más mala leche si era posible, porque ahora estaba el episodio del sexo por el medio, del que era obvio que no se acordaba. Natalya no se cortó en recordárselo en cuanto tuvo ocasión y en ser cruel si era necesario para intentar alejarle. Le ignoró todo lo posible porque se había jurado a sí misma que nada de lo que dijera iba a hacerle daño de nuevo. Nada.

Miró su mano e hizo una mueca. Estaba claro que Dios le había puesto en el mundo para fastidiarla, pero al fin lo había conseguido. Se había librado de él.

Capítulo 3

—¡Estoy lisiada! —protestó mientras Helena le cortaba la carne del plato en el restaurante donde habían quedado.

—Me importa un pito —dijo Sylvia—. Ya he convencido a mi candidato, así que a la cita. Y sin protestar. Es un hombre muy importante y no tiene demasiado tiempo libre, así que no pienso desaprovecharlo. Esta noche sales con él.

La miró a los ojos. —¿Un hombre importante? ¿Quién es?

—Lo descubrirás esta noche.

—¿Pero no vas a decirme ni el nombre? ¡Me habíais dicho que sí! ¿Cómo voy a saber quién es, si no sé ni su nombre?

—Llevará una rosa en la solapa del traje. Roja.

—Menuda horterada, Sylvia. Pensaré que soy una cursi.

—Come y calla —dijo Helena poniéndole el plato delante—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Que la cosa va muy bien. Pero lo he visto y tiene una pinta horrible. Mi dedo parece una salchichita con una cicatriz espantosa.

—Si dejaras que Alex le echara un vistazo... —dijo Sylvia con la boca llena, pero al ver su cara de mala leche añadió —Tienes toda la razón para estar cabreada. Yo le hubiera matado.

—No me faltaron ganas. —Pinchó la carne con el tenedor y se lo llevó a la boca. —Hablando de mi cita....

—Deja de ser tan controladora —le advirtió Helena—. Recuerda el estudio y la casa de los Hamptons.

—¡Al menos decirme si es guapo!

Ambas se miraron e hicieron una mueca antes de asentir con vehemencia. Eso le puso los pelos de punta. —¡Sois unas brujas! Debe ser feísimo. Os lo habéis pensado.

—Es todo lo de tu lista y más —dijo Sylvia encantada.

—¿De verdad? —preguntó mirándola asombrada—. ¿Le gusta el orden?

—En su trabajo no hay nadie más ordenado.

—¿Y es simpático?

—Yo me parto de la risa con él cuándo está de buenas.

—¿Le conoces del trabajo?

—¡No, y deja de fastidiar ya con las preguntitas!

—Vale, como te pones. Así que nos encontramos en el restaurante.

—Sí, y no puedes irte —dijo Helena muy seria.

—¿Y por qué habría de irme? —preguntó asombrada—. No soy tan grosera. —La miraron muy serias. —¡Solo fue una vez y porque me metió mano en cuanto se presentó!

—Con lo dulce que parecía cuando la conocí —dijo Sylvia por lo bajo.

—Y lo sigo siendo.

—No, cielo... Te has endurecido aún más con los años.

Las miró asombrada. —Dios, ¿me he convertido en una bruja?

—No has tenido una vida fácil y tu trabajo, donde tienes que ser una fría mujer de negocios, no ayuda. Come.

Preocupada se metió otro trozo de carne en la boca pensando en ello. Sí, ya no era como hace diez años, pero era para bien, ¿no? Había conseguido lo que quería. ¿O no? Dejó el tenedor sobre el plato. —¿De veras soy tan bruja?

Helena la miró con cariño. —Cielo, eres una amiga estupenda, buena persona y generosa con los que tienes a tu alrededor. Pero a veces para conseguir lo que quieres, eres más agresiva que antes.

—¿Pero eso es malo?

—Depende de las formas —dijo Sylvia—. El otro día trataste muy mal a Alex.

—¡Y vueltas con el tema! ¡Me amputó un dedo!

—¡Fue sin querer! —dijo indignada.

—¡Sabía que estaba detrás y cerró la puerta de golpe!

—Chicas... Nos están mirando.

Sin hacerle ni caso continuaron discutiendo —No le voy a perdonar.

—Te lo ha arreglado, ¿qué más quieres que haga? ¿Qué se corte un dedo para pedirte perdón? Es cirujano, los necesita todos.

—¡No te fastidia y yo también! ¡Y no me ha pedido perdón! ¡Él nunca considera que hace algo mal!

Sus amigas se la quedaron mirando. —Lo dices como si hubiera hecho mil cosas mal —dijo Sylvia impresionada—. ¿Ha pasado algo que nosotras no sepamos?

Se sonrojó con fuerza y las dos dejaron caer la mandíbula del asombro. —¡No! —dijo Helena llevándose la mano al pecho—. ¿Cuándo?

—Fue hace mucho. Da igual. Y no estoy enfadada por eso.

—¿Pero qué pasó? —preguntó Sylvia muerta de la curiosidad.

—¡Qué se quedó dormido en plena faena! ¡Eso pasó!

Su hermana se sonrojó y Helena abrió los ojos como platos. —La leche. ¿De verdad? ¿Qué pasa? ¿Que eres una seta en la cama?

—¡Oye guapa, que eso a mí no me había pasado nunca! Es su hermano el que no rinde.

—Me acabas de dejar de piedra —dijo Sylvia atónita—. Si hace un montón de ejercicio y siempre tiene energías.

Helena soltó una risita. —Pues ese día se le acabaron.

—Además de golpe, sin avisar ni nada. De repente era un peso muerto

encima de mí y me quedé de piedra. Pero eso no es lo importante, lo importante es que siempre tiene algo que decirme para fastidiarme y también lo hacía antes de ese... ese... episodio —siseó entre dientes.

—Y si ya te caía mal, ¿por qué te acostaste con él? —preguntó Helena divertida.

Agachó la mirada y sus amigas la miraron atónitas. —No lo sé. Supongo que siempre me he sentido atraída por él. —Se encogió de hombros. —Pero él por mí está claro que no. ¿Qué tío se duerme cuando está en pleno acto? ¡Tendría que darle un infarto para que se detenga! —dijo asombrada.

—¿Estabais borrachos? —preguntó Helena analizando el asunto con su mente de psicóloga.

—No empieces.

—¡Contesta a la pregunta! ¡El honor de los Winkler está en juego! Nosotros somos buenísimos en la cama.

Medio restaurante las miraron y Helena se puso como un tomate. —¿Queréis bajar la voz? —dijo por lo bajo forzando una sonrisa.

—Vale, sí. Estábamos algo bebidos —susurró apartando el plato porque había perdido el apetito.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Helena poniéndole el plato delante de nuevo—. Y come.

—¿Recordáis aquella noche que salimos a celebrar que había conseguido mi primer trabajo?

Las amigas se miraron y Helena señaló a Sylvia. —¡Te lo dije!

—Pero si era imposible. ¡Se llevaban fatal!

—Esa noche no dejó de mirarla. ¡Es que nunca te das cuenta de nada!

—¿No dejó de mirarme?

—Claro, como te empeñas tanto en evitarle... Si no te habrías dado cuenta —le recriminó Sylvia.

—Es que si no le evito discutimos.

Helena asintió. —Entiendo. Así que le evitas para no tener conflictos.

—¿Y te pagan por esos diagnósticos? —preguntó Sylvia mosqueada.

—Oye, guapa... ¡No lo pagues conmigo, que el que no cumple es tu hermano!

—Yo fui la que te dije que en esa relación había tensión sexual no resuelta.

—Sí, pero es que no sabía el episodio de hace cinco años, que era cuando yo creía que había tensión sexual.

—¿Por qué discutís? —preguntó asombrada mirando a sus amigas.

Se miraron sonrojándose. —Por nada —dijeron a la vez.

—Bueno, de todas maneras ya pasó. Hablábamos de la cita de esta noche.

—Sus amigas se miraron de reojo. —¿Qué pasa?

—Nada —volvieron a contestar las dos juntas.

—No me habéis dicho el restaurante ni la hora.

—Te lo envío por WhatsApp —contestó Sylvia sonriendo como una loca.

—¿Estás bien? No tenía que habértelo contado. Si estás incómoda conmigo...

—No digas tonterías —dijo Helena rápidamente advirtiéndole a Sylvia con la mirada—. Es que le ha tomado por sorpresa, eso es todo. Tú céntrate en la cita de esta noche y pásalo muy bien. Y no te vayas.

—Y dale. Que no me voy a ir.

—¿Lo prometes? —preguntaron a la vez.

—Que sí. Lo prometo. Le daré una oportunidad. Palabra. Y seré muy agradable poniendo mi mejor cara.

Ambas sonrieron radiantes. —Perfecto. Te llamaremos mañana para saber el resultado de la cita —dijo Sylvia satisfecha—. Y vístete de rojo.

—¿Le gusta el rojo?

—Mucho.

—Parece que le conoces muy bien.

—No tanto como creía.

Se bajó del taxi y miró la fachada del restaurante con el ceño fruncido. ¿Un chino? Le habían enviado la dirección por la aplicación, pero le parecía raro que alguien tan importante la invitara a cenar en un chino. Se acercó a la entrada y abrió la puerta pensando que el cristal necesitaba una buena limpieza, así que ni se quería imaginar cómo estaba el interior. Pero la sorprendió porque era un local bien iluminado que estaba a rebosar de gente. Un chino se acercó a ella mirándola de arriba abajo disimuladamente y no era para menos, porque su vestido rojo entallado que marcaba sus curvas, allí llamaba bastante la atención. A ver cómo le explicaba a ese hombre que tenía una cita. —Buenas noches.

Le respondió algo en chino mostrándole con la mano que la siguiera antes de levantar un dedo. —Oh, no. —Miró a su alrededor intentando encontrar a su cita, pero aquello era enorme. —Somos dos. —Levantó dos dedos al anciano y el hombre sonrió de oreja a oreja. Pasó al lado de una mesa y dos hombres la miraron de arriba abajo sonrojándola. Las iba a matar, porque estaba segura de que ese sitio lo habían elegido las que decían que eran sus amigas.

El anciano sonrió mostrándole una mesita para dos al lado de la puerta de la cocina y forzó una sonrisa sentándose. Estupendo. Tenía el mejor sitio del local. Al menos la comida no se le enfriaría y saldría de allí oliendo a fritanga. De inmediato se presentó una chica dándole la carta y ella sonrió. —Estoy esperando a mi cita.

—Oh, vale. ¿Algo para beber? —dijo la chica en un perfecto inglés para

su alivio.

Con las pastillas no debía beber, pero un día era un día. —Un vino blanco, por favor.

—Enseguida.

Miró a su alrededor buscando a alguien con una rosa roja y empezó a impacientarse mirando su Cartier. Las siete y cinco. Genial, llegaba tarde. Un punto negativo para el señorito.

La chica le sirvió el vino bien frío y sonrió cogiendo la copa para beber un sorbito. Posó su copa sobre la mesa y pasó el pulgar por el cristal porque lo había manchado de carmín rojo. Se miró la mano vendada e hizo una mueca cuando alguien se acercó a ella. Levantó la vista sonriendo para ver a uno de los hombres de antes.

—Disculpa, pero si estás sola te invitamos a compartir nuestra mesa —dijo amablemente—. Pensarás que tengo mucha cara, pero no podía dejar pasar la oportunidad.

La verdad es que era atractivo y no estaba nada mal con un cabello tirando a pelirrojo y unos bonitos ojos azules. Además, tenía una sonrisa muy agradable y parecía simpático. Eso por no decir que sabía lo que quería. —Tengo una cita, pero gracias.

—¿Y te hace esperar?

—Es una cita a ciegas —respondió divertida.

—Pues se va a llevar la sorpresa de su vida.

—Gracias, eres muy amable.

—Que disfrutes de la velada.

—Lo mismo digo.

Se volvió y caminó unos pasos, pero dio la vuelta sorprendiéndola. —¿Me das tu número? —Ahí estaba. No desaprovechaba las oportunidades, eso estaba claro. —Es que en esta ciudad en cuanto salga del restaurante

seguramente no volveré a verte y me gustaría salir contigo.

¿Por qué no? Estaba allí para divertirse y buscar pareja, ¿no? —¿Tienes para apuntar?

Parecía que le había dado la alegría de su vida y sacó su móvil del bolsillo trasero del vaquero. —Estoy listo.

Le dijo el número y él le hizo una llamada perdida antes de guiñarle un ojo. —¿Qué nombre pongo?

—Natalya.

—Precioso como su dueña. Yo soy Mathew Fuller. —Eso era lo que necesitaba para subir el ánimo. —¿Seguro que no quieres venir con nosotros? Mi amigo es muy agradable.

—Me parecería de mala educación dejarle plantado. Además, he prometido que me quedaría.

—A una amiga, seguro.

Se echó a reír asintiendo. —¿Te ha pasado mucho?

—Un par de veces. Bueno, pues te llamaré.

—Adiós Mathew.

—No me digas adiós, bonita. Hasta la vista.

Sonriendo vio cómo se alejaba y bebió otro sorbito de su copa. Disimuladamente miró el reloj y gruñó al ver que ya eran y cuarto pasadas. Decidió llamar a Sylvia, pero la muy cabrita no le cogió el teléfono. Así que le envió un mensaje.

“¡No ha llegado!”

Vio como lo leía y entrecerró los ojos porque estaba escribiendo.

“Espera que me pongo en contacto con él. Ha debido pasar algo.” “No te vayas.”

Bufó mirando hacia la entrada y el móvil se le cayó al suelo al ver entrar a Alex con una rosa en el traje azul que llevaba. Se agachó de golpe y gimió

cogiendo el móvil. Medio escondida tecleó a toda prisa. “*Seréis hijas de...*”

—Hola, ¿eres mi cita? —preguntó Alex divertido a su lado.

Levantó la vista de golpe y Alex dio un paso atrás como si hubiera visto al diablo. —¡Al parecer sí y llegas tarde!

—¿Pero qué haces tú aquí? —preguntó estupefacto.

—Eso mismo me pregunto yo. —Se sentó muy recta y se sonrojó cuando varios la miraron. Cogió su copa bebiéndola de golpe y levantó la mano herida. —Señorita más vino. La botella.

—Nena, si querías una cita, solo tenías que pedirla. —Se sentó ante ella sonriendo.

—Antes muerta. Esto ha sido una encerrona.

—Sí, ya me parecía raro que aceptaras esto sabiendo que era yo después de decirme claramente que no querías volver a verme. —Alargó la mano con la rosa. —Es para ti.

Incómoda cogió la rosa. —Gracias.

Él la miró fijamente. —Estás preciosa.

—Sylvia me dijo que me vistiera de rojo. —Se sonrojó con fuerza mirando a su alrededor intentando ignorar lo bien que le hacía sentir el cumplido.

—Pues te sienta estupendamente.

Le miró confundida. —¿Qué haces?

—Tener una cita. Nena, no deberías beber vino con las pastillas. —Cogió la carta. —¿Quieres arroz frito a las tres delicias?

—No puedes quedarte —dijo con horror por pasar la velada con él.

—Ah, es que prometí que me quedaría. Vete tú.

—¡También lo he prometido! Llama a Sylvia y arregla esto.

—No me lo coge. Intenté anular la cita hace una hora y por no dejarte plantada...

—Pues es una pena que hayas venido —siseó furiosa.

Alex suspiró apoyando la espalda en el respaldo de la silla. —Natalya si quieres irte, vete. Este es un país libre.

—Más quisieras. —Cogió la carta y la miró. —Y pagas tú.

Alex sonrió. —Soy un caballero. Mis citas nunca pagan.

—Estupendo. —Entrecerró los ojos. Por eso las muy cabritas la habían enviado a un chino, porque si pedía media carta él no lo iba ni a notar. Serían listas.

—¿Arroz?

—Sí, ¿pato laqueado?

—Por supuesto. ¿Unos rollitos de entrada?

—Perfecto.

Apartaron la carta y se miraron a los ojos. —Bueno, ¿y en qué trabajas?

—Muy gracioso.

—No, de verdad... ¿En qué trabajas? La última vez que pregunté, estabas haciendo algo de estudios de mercado o algo así.

Se le quedó mirando atónita. ¡Ese había sido su primer trabajo! ¡Le había importado tan poco, que ni se había molestado en saber en qué trabajaba! Tomó aire para no pegarle cuatro gritos y respondió como lo haría con una cita cualquiera porque había prometido que colaboraría. —Soy directora de fusiones y adquisiciones de Mamcrom.

Él sonrió divertido. —Nena, ya lo sabía. Solo quería comprobar si me pegabas cuatro gritos.

—Pero qué gracioso estás esta noche. ¿Y tú en qué trabajas?

—Si lo preguntas es que no tienes ni idea.

—Sé que eres cirujano.

—Soy jefe de cirugía y no debería operar porque ya tengo mucho trabajo, pero me encargo de todo. Menos neuro, es una especialidad que no me gusta

demasiado. Esta mañana he hecho un trasplante de riñón.

—¿Es cierto que has hecho un trasplante de rostro? —preguntó interesada —. ¿Y cómo quedó?

—Le ha cambiado la vida. Antes no podía salir de casa porque le miraban como si fuera un monstruo. Ahora por lo menos tiene rostro.

—¿Qué le ocurrió?

—Le explotó una bomba cuando estaba de servicio. Es militar. Era militar. Ahora está licenciado.

—Pobre hombre.

En ese momento fue la chica a tomarles nota dejando la botella de vino. Alex pidió sirviéndole el vino. —Solo una copa más, nena. No quiero que te haga reacción.

Asintió cogiendo la copa. —Cuéntame más operaciones difíciles. ¿Has tenido algún caso realmente difícil aparte de ese?

—Natalya, ¿de veras quieres hablar de esas cosas en la mesa con lo escrupulosa que eres? —preguntó divertido.

—Sí, tienes razón. Igual se me revuelve el estómago. —Bebió de su copa. —¿Y de qué hablamos?

—¿Cómo te han convencido para hacer esto?

—Helena me prestará la casa de los Hamptons todo el verano. ¿Y a ti?

Entrecerró los ojos. —Tenía entendido que esa casa la habían vendido. O estaban en ello.

—No. ¿Cómo la van a vender si...? La mato.

Alex se echó a reír. —Has picado. Te la han colado hasta la portería.

Gimió llevándose la mano sana a la frente. —Mierda. Odio el calor que hace aquí en verano.

—Lo sé. Siempre te quejas de eso en esas fechas. —Bebió de su copa y ella tragó saliva cuando vio cómo se movía su nuez de arriba abajo. —Puedes

comprarla tú ahora que estás bien situada.

—Es una casa demasiado grande para mí sola. Y será carísima. Está en primera línea de playa. ¿Has ido alguna vez?

—Cuando era más joven fui a los Hamptons varias veces con los amigos.

—A mí me encanta. Despertarme por la mañana y ver el mar es lo mejor del mundo. —Bebió de su copa.

—¿Has hecho el amor alguna vez dentro del mar bajo la luz de la luna?

Natalya se atragantó y Alex reprimió la risa. Sorprendida vio que le había salido el vino por la nariz y se echó a reír cogiendo la servilleta. — Tenía que haber esperado algo así de ti.

—Es que me lo has puesto a punto. ¿Lo has hecho?

—No. Siempre voy sola o con las chicas.

—Vaya, lo que te has perdido.

La miró a los ojos y a Natalya se le aceleró el corazón. —Intentaré probarlo.

—Por cierto, ¿y ese tipo con el que salías?

—Es evidente que no existe, así que solo preguntas para fastidiar.

La miró malicioso. —Lo sabía.

—¿Ah, sí?

—Cuando mientes te tiembla la mejilla derecha.

—Mentira —dijo indignada.

—Ligeramente, pero lo haces. Es como una especie de tic.

Se llevó la mano herida a la mejilla. —¿De verdad?

—¿Quieres probar? Yo te hago unas preguntas y te digo si mientes.

—Acepto el reto.

—¿Es cierto que me dormí ese día sin terminar?

—Alex, ¿otra vez? Estás obsesionado.

—Responde a la pregunta.

—Sí.

Él apretó los labios. —Estupendo —dijo por lo bajo.

—¿Creías que lo decía por fastidiar?

—Se me ha pasado por la cabeza, la verdad. Porque lo otro nunca me había ocurrido.

Hizo una mueca y decidió cambiar de tema. —¿Siguiente pregunta?

—¿Te gustaba antes de esa noche?

Le miró fijamente y entrecerró los ojos pensando en qué responder —No.

—¡Ja! —La señaló con el dedo. —Mientes.

—No es cierto —dijo sonrojándose—. Pensaba que eras un borde y un grosero.

—Vaya, gracias.

—Siempre te estabas metiendo conmigo.

—Nena, tú tampoco te quedabas corta.

Levantó las manos en son de paz. —No quiero discutir.

—Ni yo. ¿Siguiente pregunta?

—Venga...

Miró sus labios cortándole el aliento y susurró —¿Quieres pasar esta noche conmigo?

—No.

Él hizo una mueca. —Joder, nena... Has sido brutalmente sincera.

Se quedó en silencio observándole. —¿Por qué te molesta? Si te doy igual. ¿Es orgullo masculino o algo así?

—En parte y en parte me muero por quitarte ese vestido.

Natalya se sonrojó intensamente. —Pues no va a poder ser.

—¿Por qué preciosa? Ninguno de los dos tiene pareja y podemos hacer lo que nos venga en gana.

Se moría por pasar con él esa noche, pero le había costado tanto

recuperarse de la noche anterior, le había dolido tanto que la ignorara... durante tantos años. Acarició la copa de cristal mirando el contorno de sus labios marcados en su copa. —Joder, nena... He debido ser un auténtico desastre.

De repente se levantó cogiendo su bolso. —Voy al aseo.

Alex muy serio la cogió por la muñeca. —Natalya no te vayas.

Agachó la vista avergonzada. —No, si voy al baño.

—Te acaba de temblar la mejilla, preciosa. No te lo pediré más. Cambiaremos de tema, ¿de acuerdo?

Su corazón dio un vuelco y le miró a los ojos. —¿De verdad?

—Hablaemos de otros temas. Tenemos millones de cosas de las que hablar.

—¿Todo bien?

Se volvió sorprendida para ver a Mathew que se había levantado de su mesa. Alex se levantó a su vez colocándose tras ella.

—Sí, todo bien. —Se echó a reír incómoda. —Alex, él es Mathew. Al final mi cita es el hermano de mi amiga —le dijo a Mathew intentando aparentar que todo iba bien.

Su futura cita frunció el ceño al ver que aún la sujetaba por la muñeca. —Tío suéltala.

—Porque tú lo digas. ¿Quién es este tío? —preguntó molesto.

—Mathew. Ya te lo he dicho.

—Soy su futuro. Así que ya te estás largando, porque desde que has llegado no la he visto muy cómoda a tu lado ni un solo segundo.

—¿No me digas? Seguro que contigo estaría mucho mejor, ¿verdad?

—Pues sí. La trataría como se merece. Al menos no llegaría tarde dejándola esperando más de veinte minutos.

—Creo que ese no es tu problema. ¿Ahora puedes regresar a tu mesa para

que pueda hablar con mi chica?

Natalya abrió los ojos como platos. —¿Tu qué?

—¿Ves? Tío eres patético. ¿Por qué no te vas a casa? Es evidente que estaba a punto de largarse —preguntó Mathew con chulería.

—Estás empezando a tocarme los huevos. ¿Quieres regresar a tu mesa?

—¡Alex!

—No hasta que la sueltes para que sea libre de hacer lo que le plazca.

Alex apretó los labios antes de soltar su muñeca y se quedó entre los dos sin saber qué hacer.

—Nena siéntate. Llega la cena.

—Quiero irme a casa —susurró avergonzada.

—Natalya, te prometo que no hablaré más de eso. Culpa mía, ¿de acuerdo? Ni tenía que haber sacado el tema. Cenaremos como amigos...

Le miró a los ojos. —Tú y yo jamás hemos sido amigos —dijo antes de volverse y chocar con un camarero que tenía en alto una bandeja cargada de copas e iba hacia la cocina a toda prisa. Chilló cuando se escurrió sobre él y la bandeja le cayó en la cabeza. Antes de darse cuenta estaba en el suelo con todas las copas sobre ella.

—¡Joder! —Alex se agachó a su lado. —No te muevas, nena.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con los ojos como platos llevándose la mano a la frente—. ¿Me he mojado?

Él hizo una mueca. —No precisamente. —Se alejó cogiendo sus servilletas y con cuidado se las puso sobre la frente mientras ella miraba sus dedos llenos de sangre.

—¿Me he cortado?

—Con el canto de la bandeja.

Le miró atónita mientras los chinos se gritaban los unos a los otros echándose la culpa. —¿Por qué me pasan estas cosas a mí?

—Ya, antes nunca habías sido tan patosa.

Le miró como si quisiera cargárselo. —¡Llévame al hospital! —le gritó a la cara sujetándose las servilletas sobre la cabeza.

Apartó las copas con los pies y la cogió en brazos. —¿Tan mal estoy?

—Así le damos un poco de dramatismo y no pagamos la cuenta.

—Ah, vale. ¿Estás bajo de fondos?

—Nena, me acabo de comprar un piso.

—¿No me digas? ¿Dónde?

—En el Soho.

—Una buena inversión —dijo mientras salían del restaurante—. ¿Y es grande?

—Un ático de cuatro habitaciones.

—¿Y para qué quieres cuatro habitaciones? —preguntó cuando llegaron a la acera.

—Para el futuro. Llama a ese taxi.

Metió el dedo índice y pulgar de la mano herida en la boca y silbó con fuerza. El taxi frenó en seco ante ellos y el chófer salió y todo para abrirles la puerta—. Gracias —dijo ella con una sonrisa.

—¿A qué hospital?

—Monte Sinaí —dijo Alex sentándose a su lado.

—Perfecto jefe.

Mientras el hombre se sentaba tras el volante, Alex levantó las servilletas. —Déjame ver...

—¿Es mucho? —preguntó preocupada. Como no contestaba en cuanto puso las servilletas de nuevo levantó la vista hasta sus ojos grises—. Es mucho, ¿verdad? No deja de sangrar.

Él sujetó su nuca y susurró —No te muevas.

—Vale. ¿Pero es mu...? —Alex atrapó sus labios y Natalya gimió cuando

entró en su boca acariciando su lengua apasionadamente, haciendo que toda ella temblara por el placer que la recorrió. Él se apartó lentamente y Natalya suspiró antes de abrir los ojos. —¿Mucho?

—Unos puntos y a casa —dijo acariciando su nuca antes de besar su labio inferior suavemente de nuevo.

—Ah... —Sin poder evitarlo respondió a sus suaves besos antes de que él la cogiera por la cintura pegándola a su cuerpo para entrar en su boca, besándola de una manera que le robó el aliento. Medio mareada apartó sus labios y susurró con los ojos cerrados —Alex me mareo.

Él la miró preocupado. —Natalya abre los ojos. —Ella abrió sus preciosos ojos negros y preguntó —¿Mejor?

—Sí, algo mejor.

—¿Y ahora?

—Pues mejor.

—Entonces no es del golpe —dijo antes de besarla de nuevo haciéndola gemir de deseo al sentir sus labios de nuevo.

El taxista puso los ojos en blanco y carraspeó. —Señores, hemos llegado.

Alex se apartó sorprendido mirando la fachada del hospital. —¿Ya? ¿Puede dar una vuelta a la manzana?

—Caballero, que la mujer está herida...

—Soy médico, sé lo que tengo que hacer.

—Como está la juventud.

—¡Alex! —Natalya se sonrojó hasta la raíz del pelo. Ese hombre era imposible.

Gruñó abriendo la puerta y en cuanto salió, sacó la cartera del interior de la chaqueta dándole veinte pavos al taxista por la ventanilla delantera. —Quédese la vuelta.

—Gracias amigo. ¿Sabe? Su técnica para ligar no la había visto nunca y eso que he visto de todo, se lo aseguro.

Alex carraspeó dándose la vuelta y Natalya ya tras él, le fulminó con la mirada. —Vamos, preciosa. Te arreglaré eso en cinco minutos.

—Quiero que venga Helena.

—¿Para qué?

—Creo que el golpe me ha afectado mucho. Muchísimo y quiero ayuda profesional.

—Dentro tienes toda la ayuda profesional que quieras. —La cogió por la cintura para entrar, pero Natalya se apartó como si tuviera la peste. —Nena...

—Hablo en serio. ¡Toda esta situación es de lo más extraña y quiero que venga!

Al ver que se alteraba asustada él levantó las manos. —Está bien, la llamo ahora mismo, ¿de acuerdo?

Sin saber por qué sus ojos se llenaron de lágrimas del alivio y muy confundida con lo que sentía, dejó que él se acercara cogiéndola por la cintura para indicarle a donde iban.

Entraron en una pequeña habitación y Alex cerró la puerta antes de cogerla por la cintura y sentarla en la camilla. —Enseguida vengo. Voy a llamar a Helena y a pedir lo que necesito.

—Vale —dijo como una niña sorbiendo por la nariz.

Él apretó los labios antes de salir a toda prisa. Abrió su bolso y sacó su espejito mirándose la cara. Lo levantó gimiendo al ver la sangre de las servilletas y las apartó para ver la herida. Movié el espejito de un lado a otro sobre la cabeza manchada de sangre, pero no la encontraba hasta que vio un pequeño corte. ¿Eso necesitaba puntos? Si hasta había dejado de sangrar. Entrecerró los ojos. Sería cabrito. ¡Lo había hecho para sacarla del restaurante y seducirla! ¡Pues sí que tenía ganas de quitarle el vestido!

Metió el espejito en el bolso y esperó sintiendo que se la llevaban los demonios. Estaba claro que hacía lo que le daba la gana, pero con ella no jugaba más. Tendría cara...

La puerta se abrió de golpe y Alex se detuvo en seco al ver su expresión.
—¿Ocurre algo?

—¿Has llamado a Helena?

Él sonrió. —No me lo ha cogido. Pero no te preocupes que yo te ayudo en todo lo que necesites. Además, aquí...

—Quiero a Helena. Llámala. Ahora.

—Nena...

—Vale, la llamo yo. —Abrió su bolsito de nuevo y sacó su móvil.

—¿Para qué la quieres? —preguntó quitándose la chaqueta.

—No lo sé. ¡Debe ser para que un profesional me diga porque después de diez años de reírte de mí, aún lo sigues haciendo!

—Natalya yo no me río de ti.

—No, claro que no. Me has mentado con lo de la cabeza, ¿verdad? Por eso no estabas preocupado...

—¡Ese tío quería bronca y se me ocurrió que era un buen método para deshacerme de él! ¡Y funcionó, porque no le vi ayudarte en ningún momento!

Le miró asombrada. —¡Tú no estás bien de la cabeza!

—Estábamos hablando tan normal y de repente quieres irte. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Y a ti qué más te da? ¡Si ni siquiera querías esta cita!

—¡Ni tú la querías!

—¡Exacto! ¡Preferiría no verte ni en pintura! ¡Cada vez que estamos juntos terminamos discutiendo y últimamente acabo en el hospital! —dijo con horror—. ¡Lo mejor era que no nos viéramos más!

Alex apretó los labios arremangándose antes de ponerse unos guantes de

látex en silencio y acercar un carrito. —¿No dices nada? —preguntó viendo como cogía un algodón.

—No, nena. No digo nada porque será peor. Cada cosa que digo lo empeora. —Se acercó a ella y susurró —Agacha un poco la cabeza. Así.

Mirando su camisa blanca llegó hasta ella el aroma de su after shave y cerró los ojos porque su corazón dio un vuelco sin poder evitarlo. —¿Sabes qué día es hoy? —preguntó él sorprendiéndola.

—Cuatro de marzo —susurró ella.

—Hoy hace diez años que te conocí. —Sorprendida porque lo recordara levantó la cabeza y él hizo una mueca. —Esperé tres horas a que volvieras a la habitación, pero no regresaste. Quería disculparme por lo que dije de la bicicleta. Sé que te avergonzó... No tenía derecho a juzgarte y después de que Sylvia me contara lo que sabía de ti, sobre tu beca y que no tenías familia, me sentí un gilipollas. E intenté arreglarlo después, pero no eras muy receptiva. Y cuando nos fuimos de viaje a casa de mis padres, estaba cabreado por tu actitud y te volví a hacer daño. —Tiró el algodón a la basura antes de coger el bote de antiséptico y echarlo en una gasa. —Y así todo fue yendo a más. El día que me acosté contigo no sé qué me pasó, la verdad. Supongo que fue el cansancio o las cervezas, porque llevaba tanto tiempo esperándolo que no lo puedo comprender. La verdad es que no me acordaba de la mitad de la noche y cuando vi que no estabas, pensé que te habías arrepentido de haber pasado la noche conmigo. Cuando llamé a mi hermana y no me comentó nada de la noche anterior, supe que te habías callado, lo que me indicó que no querías saber nada de mí porque lo guardabas como un secreto. Yo me iba al día siguiente y no te llamé porque si te digo la verdad ni sabía qué decirte. —Sonrió sin ganas colocándole la gasa sobre la cabeza con un apósito. —Tardé un año en regresar y no pude acercarme a ti en la fiesta de bienvenida porque no sabía cómo ibas a reaccionar. No muy bien, porque ni siquiera me saludaste...

—Pensaba que no te importaba.

Él apretó los labios apartándose y quitándose los guantes. —Y en la siguiente ocasión, que fue en una cena con mis padres cuando vinieron a Nueva York, te saco a bailar y me sueltas que soy un desastre en la cama.

—Bueno es que estaba cabreada... No estuviste muy fino.

—Una mala noche puede tenerla cualquiera.

—Pero es que para mí fue un chasco. —Apretó los dientes antes de sincerarse. —¡Y fuiste a la cena con esa rubia cuando era algo familiar!

Alex sonrió acercándose. —Ya está bien. ¿No crees?

—Claro que ya está bien. Me has amputado un dedo.

—Metiste la mano tú —susurró acercándose más.

—Cerraste la puerta de golpe —dijo contra sus labios.

—Nunca vas a dejar de discutir conmigo, ¿verdad? —Besó su labio inferior antes de acariciarlo con la lengua de una manera muy erótica.

—Si tú no me provocas...

—Oh, qué bonito. ¿Os estáis besando? —dijo una voz sorprendiéndolos. Miraron hacia abajo y vieron que al final había llamado a Helena. Él puso los ojos en blanco dando un paso atrás mientras ella gemía pidiéndole perdón con la mirada antes de levantar el teléfono—. ¿Estáis ahí?

—Sí, estamos aquí. Hasta mañana.

—¡Esto ha sido mejor que el culebrón de la tele! ¿Habrán más capítulos?

—Muy graciosa.

Su amiga se echó a reír mientras colgaba y susurró —Lo siento. No me había dado cuenta de que la había llamado.

—¡Esto es estupendo! ¡Ahora sabe que tuve una noche gloriosa contigo!
—Natalya se sonrojó con fuerza. —¡Ah, que ya lo sabía!

—Bueno... es que hoy comimos juntas y...

—¡Hoy! ¡Precisamente hoy! ¡Después de cinco años se lo dices

precisamente hoy! —Alex abrió los ojos como platos. —¿Lo sabe Sylvia? —
Natalya gimió cubriéndose la cara con las manos. —Ahora entiendo eso de
ánimo machote, tú puedes. ¡El orgullo de los Winkler está en juego! —Furioso
cogió la chaqueta. —¡Nos vamos!

—Sí, claro. —Se bajó de la camilla y él abrió la puerta para que pasara.
—¿Estás enfadado?

—No, que va... A todos los hombres nos gusta que duden de nuestras
habilidades en la cama.

—No, si yo no dudo. Hasta que te dormiste fue muy bien. —La miró
como si quisiera matarla y ella gimió por dentro antes de forzar una sonrisa.
—¿Recuerdas que lo estábamos arreglando?

—Lo recuerdo perfectamente. ¡Y ahora lo arreglaremos del todo!

La cogió de la mano y tiró de ella hasta la salida de urgencias cuando una
enfermera se acercó corriendo y llamándole por su nombre. —¡Doctor
Winkler!

—Joder. —Se volvió resignado viéndola llegar hasta él. —¿Qué ocurre?

—Ha habido un accidente de helicóptero y nos traen a tres víctimas con
traumas diversos. Necesitamos cirujanos.

—¿Quién está de guardia?

—Robson y Taylor.

—¿Solo?

—Son los que están disponibles. Los demás están operando. Una
apendicitis y un bypass de urgencia.

Alex la miró. —Nena...

Sonrió intentando no darle importancia y ocultando su decepción. —No
pasa nada. Es tu trabajo.

Iba a soltar su mano, pero él no la dejó ir y le dijo a la enfermera —
Enseguida voy.

—Muy bien doctor.

En cuanto se alejó la miró a los ojos. —Seguramente me pasaré aquí la mitad de la noche.

—No te preocupes.

—Te llamo mañana. —La besó en los labios y ella respondió a su beso entregándose. Cuando Alex se apartó, suspiró acariciando sus mejillas. — Todavía no me puedo creer que esta cita a ciegas haya ido tan bien.

Natalya se echó a reír asintiendo. —Hasta mañana.

—Hasta mañana, preciosa.

Alex la observó mientras se alejaba y cuando se abrieron las puertas, ella miró hacia atrás sonrojándose de gusto porque aún estuviera allí con una sonrisa en el rostro. Aquella cita había ido pero que muy bien.

Capítulo 4

Sentada en su sillón del despacho, miró de nuevo el móvil preocupada porque Alex no la había llamado y la verdad, después de lo del día anterior, le parecía raro. Estaba deseando verle otra vez, pero al parecer esa noche no podría ser porque ya eran las cinco y nada.

Como era viernes toda la oficina había salido prácticamente corriendo y sin saber qué hacer porque no tenía plan, llamó a Helena.

—Hola, voy apurada. Tengo una cita.

—¿De verdad? ¿Con quién?

—Uh, no lo conoces. Te llamo mañana y te cuento más a fondo. Ah, y me cuentas todo lo que ocurrió con Alex sin omitir nada, pillina. Te quiero.

Su amiga le colgó antes de que pudiera decir ni pío y sonrió sin poder evitarlo. Llamó a Sylvia, pero ésta no le descolgó el teléfono. Seguramente estaba con un cliente importante y no podía cogerlo. La galería tenía otros horarios. Resignada cogió su bolso y metió el móvil dentro con la Tablet y varias cosas que necesitaría si decidía trabajar el fin de semana. Estaba a punto de irse cuando sonó el teléfono del despacho y decidió cogerlo por si era Alex y había llamado a la empresa.

—Despacho de Natalya Mayer.

—¿Es usted la señorita Mayer? ¿Natalya Regina Mayer? —preguntó la voz de un hombre.

Frunció el ceño porque había usado su segundo nombre. —Sí, soy yo.

—Le llamo del hospital Santa Ana de la ciudad de Filadelfia en Pensilvania.

Se le cortó el aliento. —Sí, sé dónde está.

—¿Conoce a Regina Mayer?

—Es mi madre —susurró temiéndose lo peor después de seis años sin saber prácticamente nada de ella.

—Siento comunicarle que su madre ha fallecido hace tres horas. Ha sido un infarto y no hemos podido hacer nada por ella. —Natalya sintió que se mareaba y tuvo que apoyarse en la mesa. —Tenía una foto suya con el nombre en la cartera y he buscado en internet. Encontré este número por el directorio de la empresa, por eso la hemos localizado tan rápido. Suponíamos que era su hija por el apellido.

—Sí, soy su hija.

—¿Vendrá a hacerse cargo de su cuerpo?

—Sí —susurró mientras una lágrima caía por su mejilla sin poder evitarlo—. Cogeré el primer vuelo.

—La acompaño en el sentimiento, señorita Mayer.

—Gracias. —Colgó el teléfono con la mano temblorosa y se quedó allí sentada un rato sin darse cuenta ni que lloraba. Sabía que algún día recibiría esa llamada por el estilo de vida que llevaba su madre, pero había sido un mazazo igualmente.

Durante todos esos años Natalya la llamaba de vez en cuando, pero su madre pasaba de ella totalmente. Ni le preguntaba por su vida ni se metía en ella. Solo agradecía esas llamadas porque sabía que siempre le decía al final que le enviaría dinero.

No había sido una buena madre. De hecho había sido una madre horrible, pero algo en su interior se rompió al escuchar que jamás volvería a oír su voz y le daba una pena enorme no haber podido tener una buena relación con la mujer que le dio la vida. Y ahora ya no había ninguna solución. Tomando aire se limpió las lágrimas y levantó el teléfono de nuevo para llamar al

aeropuerto.

Agotada el lunes por la mañana tiró de su trolley fuera del aeropuerto y se puso las gafas de sol para disimular sus ojos hinchados de tanto llorar. No sabía lo que le pasaba porque al fin y al cabo la relación con su madre llevaba muerta muchos años, pero era recordar aquel féretro solo ante el altar y no podía evitarlo. Había sido un funeral muy triste. Y no es que todos los funerales no fueran tristes, pero éste lo había sido especialmente porque en la iglesia solo había estado ella escuchando las palabras del sacerdote para darle el último adiós a su madre. No había avisado a sus amigas porque no quería comprometerlas a tener que ir hasta allí para despedir a una mujer que ni habían conocido, así que había estado totalmente sola. Y era lo mejor. Sola con su madre como habían estado los primeros años de su vida.

Salió del aeropuerto y se subió a un taxi para llegar a su casa en Greenwich. Estaba agotada porque no había dormido prácticamente en tres días y estaba deseando irse a la cama. Además, la mano le dolía horrores y recordó que no se había tomado la medicación en ni sabía cuántas horas.

Fue un alivio meter la llave en la cerradura de su casa. Dejó la maleta en el centro del salón y fue hasta la nevera para sacar algo de zumo. Recordó las pastillas y fue hasta su bolso de viaje. Vio su móvil que seguía apagado desde el viernes y lo encendió porque era hora de volver a la vida normal. Se estaba tomando las pastillas cuando el móvil empezó a pitar avisándola de los mensajes y llamadas. Sus amigas la habían llamado veinte veces cada una y Alex solo tres veces en tres días. Hizo una mueca. Estaba claro que mucho no le importaba. Decidió llamar a Sylvia primero y se sentó en el sofá quitándose las gafas.

—¡Por fin! ¿Dónde has estado? ¡Helena quedó en llamarte el sábado y no

coges el teléfono! ¡Y con Alex no estabas! ¡Le pregunté! ¡Hasta he ido a tu casa!

—Mi madre murió el viernes. La enterraron ayer —susurró dejando las gafas sobre la mesa de centro.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —Natalya... Lo siento, yo...

—No te preocupes. ¿Puedes llamar tú a Helena? —preguntó con la voz congestionada—. Es que estoy agotada y voy a acostarme.

—Sí, por supuesto. ¿Necesitas algo o...?

—No. Solo quiero estar sola.

—Alex...

—Ahora no quiero pensar en eso. Te llamo mañana, ¿vale? —preguntó casi sin ser capaz de hablar.

—Vale. Llámame si necesitas algo y lo siento mucho.

—Gracias.

Se quedó allí sentada mirando la televisión apagada antes de tumbarse de costado en el sofá. Era increíble todos los recuerdos que la asaltaban de repente. Incluso los pocos buenos superaban con creces las borracheras, los días sin comer porque no había ganado bastantes propinas en el club o las bofetadas por decirle lo que pensaba de su modo de vida. Recordó el día en que le compró un helado después de llevarla al zoo. Ese había sido un día estupendo. Y cuando la llevó al cine y a comer una hamburguesa. Una noche en que la arropó y le dio un beso en la frente. Esos eran los recuerdos que quería conservar. El resto ahora no tenían importancia, porque lo había pagado con una vida de soledad y miseria. Y lo que ese fin de semana le había dejado claro es que ella quería ser feliz y tener una familia enorme que la arropara. Un marido que pensara en ella por encima de todo y muchos hijos. Una familia. Y ya había perdido diez años pensando en un hombre que cuando desaparecía la llamaba tres veces. Tres miserables veces sin saber que estaba

pasando el peor momento de su vida.

La despertó el sonido del teléfono y se sobresaltó en el sofá sentándose. Miró a su alrededor desorientada antes de darse cuenta de que estaba en su casa. Suspiró apartando su cabello de la cara y cogió el teléfono de encima de la mesa para ver que era Alex. Bueno, al parecer había llegado el momento. Descolgó poniéndose el teléfono al oído. —Hola Alex.

—Nena, lo siento mucho. Me lo ha dicho Sylvia.

—Gracias.

—¿Por qué no nos lo dijiste? Hubiéramos...

—Da igual.

—¡No da igual! Si nos lo hubieras dicho...

—Mira, no estoy de humor para discutir. ¿Te importa que lo dejemos para otro momento? —preguntó irónica—. Estoy agotada, ¿sabes?

Hubo un silencio al otro lado de la línea durante varios segundos y escuchó un suspiró. —Te llamé el viernes.

—¿De veras? Debía estar ya en el avión camino a Filadelfia. ¿A qué hora me llamaste? —preguntó sin poder evitar mostrar que estaba de mal humor.

—En cuanto salí de quirófano.

—Claro. No tuviste tiempo en todo el día. Lo entiendo. Eres un hombre muy ocupado.

—Nena...

—¿Sabes? ¡Da igual! —gritó al teléfono llorando sin poder evitarlo—. ¡Porque todo esto es una mierda, Alex! ¡Ya está bien! ¡Tengo derecho a ser feliz!

—Y conmigo no lo eres.

—¿Cuándo me has hecho tu feliz, Alex? Has sido una decepción tras otra

durante diez malditos años. Si ni siquiera estás cuando te necesito.

Colgó el teléfono porque sabía que no iban a llegar a ningún sitio como siempre y tiró el teléfono sobre el sofá para irse a la cama. Dormir era lo que necesitaba para olvidarse de todo. A la mañana siguiente empezaría su nueva vida y esta vez sin mochilas a la espalda que la hicieran no avanzar como Alex. Era hora de buscar un hombre para formar una familia y lo iba a conseguir.

Cuatro semanas después

Entró en el restaurante y sonrió a sus amigas que ya la estaban esperando. Sylvia sonrió cuando se sentó ante ellas. —¿Qué tal el día?

—Muy bien. Me van a dar una prima por los objetivos de este trimestre —dijo emocionada.

—Debe ser buenísima —dijo Helena alegrándose por ella.

—Ni te lo imaginas. —La miró a los ojos. —¿Tus padres han vendido la casa de los Hamptons? Creo que me da para la entrada y el resto lo hipotecaré.

—Lo siento. Ya la han vendido. En cuanto se enteró su vecino, compró la casa para su hijo.

Dejó caer los hombros decepcionada. —Vaya. Bueno, da igual. Algo encontraré.

Helena sonrió. —Seguro que sí. Y por lo demás, ¿qué tal?

—Bien. —Cogió la carta y decidió pedirse una hamburguesa. Como sus amigas no hablaban, levantó la vista distraída para verlas observándola. —¿Qué ocurre?

—¿Qué tal ayer? No nos has contado nada por teléfono.

—Bien. Mathew es muy simpático. —Volvió a mirar la carta para decidirse entre la doble con queso o la que llevaba beicon. A la mierda la dieta, la de beicon. Dejó la carta a un lado para ver a sus amigas esperando impacientes. —¿Qué?

—¿Te gusta? —preguntó Sylvia preocupada.

—Sí me gusta.

—¿Seguro? No tiene mucho de tu lista.

—Hay que bajar las expectativas. ¿Qué más da que sea electricista? Mira, así no tengo que cambiar las bombillas. —Soltó una risita. —A ver si esta noche me funde los plomos.

Sus amigas perdieron la sonrisa de golpe. —¿Esta noche?

—Sí, he decidido que sea esta noche. Una cena romántica en mi casa... Ya me entendéis. Solo me he acostado con dos hombres en mi vida. Ya va siendo hora de ampliar algo la lista. —No parecían muy contentas por ella. —Muy bien, ¿qué pasa?

—No nos parece el hombre adecuado para ti —dijo Helena dejándola de piedra.

—¿No os cae bien? Solo le conocéis de unos minutos y puede...

—No estás enamorada de él —sentenció Sylvia—. Estás enamorada de mi hermano.

Perdió la sonrisa de golpe enderezando la espalda. —Eso se acabó. Y te pedí por favor que no me hablaras más de Alex. Que ninguna me hablarais de Alex. ¿Vais a respetar mis deseos?

—Pues...

Natalya puso los ojos en blanco antes de coger su bolso con intención de levantarse, pero Helena la cogió de la muñeca para detenerla. —Por favor, siéntate. Hablemos de esto y...

—Es que no tengo nada que hablar de él. No quiero saber nada de Alex ni ahora ni nunca.

—Es mi hermano —dijo Sylvia ofendida.

—Lo siento mucho. Pero para mí se ha convertido en una barrera que quiero saltar para seguir con mi vida y si no me entendéis, lo siento de veras. Y no sabéis cómo porque os quiero. Sois mi única familia.

—También te queremos, por eso nos preocupamos por ti —dijo Helena rogándole con la mirada—. Por favor, hablemos de esto.

—¿Será la última vez?

Helena miró a Sylvia que asintió. —Lo prometo.

Se sentó de nuevo y dejó el bolso en la silla de al lado antes de mirarlas. —¿Bien?

Decidió empezar Helena. —La muerte de tu madre...

—La muerte de mi madre no tiene nada que ver en esto.

—Claro que sí. ¡Si no hubiera muerto, seguiríais juntos! —dijo Sylvia enfadada—. ¡No te llamó en el momento adecuado y le estás castigando por eso! ¡Él no lo sabía! ¡Nadie lo sabía porque te aseguraste de que no nos enteráramos! ¿Y ahora le echas la culpa porque no estuvo a tu lado? ¡Tú quisiste que no lo estuviera y te haces la víctima! ¡Esta excusa te ha venido de perlas para dejarle!

La miró asombrada. —¿Qué yo...? ¿Estás loca?

Helena apretó los labios. —Calmaos chicas.

—¡Díselo a ésta que ahora defiende a su hermano como si fuera un santo! —Le mostró la mano donde la cicatriz de su dedo aún estaba sonrojada. — ¡Mira! ¡Esto lo llevaré el resto de mi vida! ¡Este es el único regalo que me ha hecho tu hermano en diez años! ¿Qué te parece?

Sylvia se sonrojó. —No lo hizo a propósito.

—¡Solo faltaría! ¡Pero si ni siquiera se disculpó! —Miró asombrada a

Helena. —¡Ahora va a resultar que la bruja soy yo por seguir con mi vida! Esto es el colmo. —Señaló a Sylvia con el dedo. —Mira, desde que le conocí, ha pasado de mí como de la mierda, ¿y por qué? Para vivir su vida yendo de un lado a otro de quirófano en quirófano. Mira lo que le importaba, que cuando en una de sus paradas se acostó conmigo, ni se acordaba de la mitad de la noche. Y como le importaba tanto no me llamó nunca. Ni una sola vez en diez años. Y tenemos esa cita que no hubiera ocurrido nunca si no llega a ser por vosotras y a los diez minutos de estar sentada con él, porque no podía irme pues os lo había prometido, va y me dice que le encantaría quitarme el vestido. ¡Muy romántico todo! ¿Y cómo termina la cita? ¡Por supuesto en el hospital de nuevo! Y yo me trago todo lo que me dice, porque por un milagro recuerda que en ese mismo día hace diez años nos conocimos. Precisamente ese mismo día. Pero claro, tiene que trabajar y queda en llamarme al día siguiente. ¿Pero me llama como cualquier novio? No. Él no puede llamarme ni por la mañana ni a la hora de la comida sabiendo que estoy esperando esa llamada. ¿Quieres saber a qué hora me llamó, Sylvia? Si quieres te lo muestro en el registro de llamadas. ¡Un viernes por la noche me llamó a las doce y cuarto de la madrugada! Ya podía esperar sentada al lado del teléfono.

Sus amigas se quedaron en silencio y ella se cruzó de brazos. —Puede que Mathew no tenga todo lo de mi lista, ¿pero sabéis lo que tiene? Que le encanto. Le gusta todo de mí. Me hace sentir especial, al contrario de Alex porque a su lado siempre tengo que estar atenta a que no me haga daño con alguno de sus maravillosos comentarios y estoy harta.

Helena carraspeó antes de decir por lo bajo —Joder...

—Eso mismo pienso yo. —Miró a Sylvia fijamente que se había sonrojado. —¿No tienes nada que decir?

—Claro que sí. —Levantó la barbilla retándola con la mirada. —Tienes miedo. Tienes miedo a la vida que puedes tener a su lado. Tienes miedo a que

te haga daño otra vez y has preferido darle la patada antes de intentarlo. Y en esta vida hay que tener pelotas para conseguir lo que se quiere, Natalya. Al parecer te has dado por vencida.

Sonrió con pena. —Me parece increíble que recurras a eso para intentar convencerme cuando si alguien de esta mesa ha luchado en la vida he sido yo. —Sylvia se sonrojó con fuerza. —Y como he luchado mucho para conseguir todo lo que tengo, también se cuándo darme por vencida para no seguir dándome cabezazos contra la pared.

—Como en el caso de tu madre —susurró Helena.

—Exacto. Por mucho que lo intenté no conseguí ayudarla y al final me di cuenta de que lo mejor para las dos era que yo siguiera mi camino para que ella viviera como le diera la gana. Pues el caso de Alex es igual. Llevo diez años esperando un gesto, una palabra que me dijera que yo era importante para él. Y eso no ha pasado nunca. No me culpéis porque quiera seguir con mi vida. —La camarera se acercó para tomarles nota, pero ella se levantó. —He perdido el apetito. Mejor me vuelvo al trabajo. —Miró a Sylvia. —Espero que esto no enturbie nuestra amistad. Lo espero de veras. Pero si no eres capaz de dejarle a un lado cuando estás conmigo, no me llames más.

Dejándolas de piedra se dio la vuelta para salir del restaurante a toda prisa. —Mierda —siseó Helena haciéndole un gesto a la camarera para que se fuera—. ¡Te dije que no era buena idea! ¡Está muy sensible con la muerte de su madre y Alex ha metido la pata hasta el sobaco! ¡De nuevo!

—Pero se va a acostar con él —protestó Sylvia—. Eso a Alex le va a sentar como una patada en el estómago.

—Él se lo ha buscado. ¿No podía haberla llamado? Ni se ha molestado en ir a verla a su apartamento para aclarar las cosas.

—Quiso esperar un par de días para que se calmara y le conté que había quedado con Mathew, así que ya no se va a acercar.

—Pues será que no le importa mucho.

Sylvia la miró con pena. —Sé que la quiere. Lo sé. Lo presenté hace años en la casa de mis padres, ¿sabes? Ella estaba leyendo en el jardín y vi como la observaba a través de la ventana de su habitación.

A Helena se le cortó el aliento. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque siempre discutían y no sé... Aún estábamos en la universidad y él estaba a punto de terminar la residencia. Se iba a hacer aquellas prácticas a Chicago y...

—Tú no tienes la culpa.

—Sí que la tengo. Tenía que haber cortado esto de raíz desde el principio hablando con él. A veces escuchaba como se metía con ella y me reía tomándomelo a broma, pero para Natalya todo fue muy real. Cada broma, cada pulla a ella la han herido y ahora no tiene arreglo. ¡Mierda, hay que ser imbécil para llamarla a las doce de la noche!

Helena apretó los labios. —Estaba operando, ¿no?

—Al parecer le llegó un caso complicado y estuvo doce horas en quirófano. Cuando salió la llamó, pero ella no le cogió el teléfono. Pensó que se había enfadado y la llamó al día siguiente por la mañana, pero como no se lo cogió...

—Creyó que seguía enfadada.

—Fue a su casa, pero nada. Me llamó a mí para comprobar si estaba conmigo y fue cuando le dije que como tú me habías contado lo de su cita, yo creía que estaba con él.

—Ahí fue cuando me llamasteis a mí.

—Exacto. Y como no estaba contigo, fuimos a su casa y abrí con mi llave para ver que estaba vacía. Pero al bajar preguntamos al portero y nos dijo que se había ido de viaje el viernes. Así que decidimos esperar hasta que llamó.

—Helena se la quedó mirando pensando en Natalya. —¿Qué se te pasa por la

cabeza?

—La admiro, ¿sabes? Muchísimo. —Sylvia se emocionó. —Es capaz de renunciar a lo que más quiere porque sabe que no es lo mejor para ella.

—Sí que es lo mejor para ella.

—No lo ha sido hasta ahora.

—Pues lo será. Alex la quiere. Y estoy segura de que la ha querido desde hace años, pero que nunca han conseguido entenderse.

—¿Y crees que ahora lo conseguirán?

Sylvia entrecerró los ojos. —Me juego el cuello a que sí.

Capítulo 5

Se miró al espejo poniéndose de costado para ver por detrás su vestido verde de seda y apartó su melena rubia comprobando que estuviera bien lisa. Miró la hora en su reloj de pulsera y fue hasta el tocador para echarse dos gotitas de Chanel nº5. Perfecta. Sonrió yendo hacia el salón y comprobó que la mesa estuviera impecable. Colocó de nuevo los candelabros de cristal y encendió las velas. Las servilletas con forma de cisne le habían costado un buen rato, pero le habían quedado muy bien. Se pasó las manos por las caderas poniéndose algo nerviosa. Hacía cinco años que no practicaba sexo y se sentía como la primera vez en el instituto. Una mala experiencia. Como no tenían dinero ni coche, lo había hecho en la parte de atrás del campo de fútbol. Había sido realmente patético y la segunda vez empezó muy bien, pero... Bueno, mejor olvidarlo. A la tercera iba la vencida. Esta vez se llevaría un buen orgasmo. Mathew era un toro. Olvidando esos ojos grises que la volvían loca para centrarse en su cita, fue hasta la cocina esperando que no se retrasara mucho porque la comida del restaurante llevaba ya veinte minutos en el horno. Nerviosa revisó que todo estuviera preparado cuando escuchó el teléfono.

Corrió a toda prisa hacia la habitación y bufó cuando vio que era Sylvia. Descolgó lo más rápido que pudo. —Ahora no puedo...

—¡Tienes que venir! —gritó al otro lado.

Los pelos se le pusieron de punta y más cuando la oyó respirar agitadamente. —Sylvia, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—¡Estoy tirada en el suelo de la habitación porque se me ha caído la

estantería encima! ¡No puedo salir, es muy pesada! —dijo angustiada.

—Espera que llamo a emergencias.

—¡Me tirarán la puerta abajo! ¡Me costó tres mil pavos!

—¿Pero y si te pasa algo? —preguntó preocupada—. ¿Puedes respirar?

—¡Date prisa!

Pálida corrió hasta el salón soplando las velas antes de correr a la cocina y apagar el horno. Cogió las llaves de la casa de Sylvia y el bolso se lo colgó en bandolera, saliendo de la casa tan rápido como podía. Casi se tiró a un taxi que pasaba en ese momento y como una loca entró en él gritando la dirección de Sylvia y que se diera prisa porque era un caso de vida o muerte.

Cuando llegaron al portal le tiró cincuenta pavos al taxista antes de salir disparada hacia la puerta. Subió los siete pisos corriendo y cuando llegó a la puerta, metió la llave con las manos temblorosas para gritar —¡Ya estoy aquí! —Miró a su alrededor para ver el salón vacío y con la respiración agitada preguntó —¿Sylvia?

Entonces recordó la estantería de la habitación y corrió hacia allí abriendo la puerta. Gritó al ver a Sylvia tirada bajo la estantería y corrió hacia ella asustada porque parecía que no respiraba. —¡Sylvia! —Tiró de la estantería con fuerza hacia arriba. —¡Sylvia despierta! —Consiguió empujarla a un lado y se arrodilló para comprobar el pulso. Encontró su móvil que estaba a su lado y lo cogió para llamar a emergencias gritando su dirección muy alterada. Angustiada le dio palmaditas en la cara y gimió porque no se despertaba, pero al menos parecía que tenía mejor color. Le tomó el pulso de nuevo y escuchó el sonido de la ambulancia. Se echó a llorar del alivio y susurró —Por favor, no te mueras. Haré lo que quieras Dios mío, pero que no se muera.

Fueron unos segundos angustiosos hasta que escuchó a los sanitarios y gritó —¡Aquí, en el dormitorio!

Llegaron corriendo y llevaban una camilla. —No se despierta. Se le ha caído la estantería encima y no se despierta.

—Déjenos trabajar.

Asintió levantándose y apretándose las manos vio como le ponían un collarín y una tabla bajo la espalda antes de levantarla a la camilla. —¿Pueden llevarla al Monte Sinaí? Allí trabaja su hermano.

—¿Cómo se llama?

—Alex Winkler.

—Hostia, es hermana del genio.

Les miró sin comprender. —¿Qué ha dicho?

El tipo se sonrojó tirando de la camilla. —No, nada. Es como le llaman.

—¿Por qué?

—Por sus avances en cirugía. No hay problema. La llevaremos allí.

—Gracias. ¿Puedo ir también con ustedes?

—Los familiares...

—Soy la novia del genio —dijo rápidamente.

—Ah, pues... —Miró a su compañero que se encogió de hombros. —
Muy bien. No pasa nada.

—¿Creen que mi amiga se pondrá bien?

—Tiene las constantes estables. En el hospital verán por qué no se despierta. —En ese momento Sylvia abrió los ojos y gimió intentando moverse. —No se mueva. La trasladamos al hospital.

—Gracias a Dios —dijo Natalya cogiéndole la mano—. ¿Estás bien?
¿Qué te duele?

—El pecho.

—Ahora vamos al hospital.

—Llama a Alex.

—Tranquila yo le llamo.

—Me duele... —Una lágrima cayó por su sien y Natalya se la limpió con cuidado de la que entraban en el ascensor que al parecer ya funcionaba. —Me duele mucho.

—Enseguida averiguarán lo que tienes. Alex se encargará de todo.

—Sí, llámale.

—Claro que sí —dijo preocupadísima metiendo la mano en el bolso—. ¿Ves? Le estoy llamando.

Sylvia la miró de reojo mientras ella pulsaba el botón de llamada y forzó una sonrisa mirándola a los ojos. —Ya verás, ahora se pone.

Las puertas del ascensor se abrieron y salieron al exterior, pero nada, que Alex no lo cogía. Estaba a punto de colgar subiendo a la ambulancia cuando escuchó —¿Sí? ¿Natalya?

—Alex...

—Como me alegra que hayas llamado, nena. Creía que no querías...

—No te preocupes, ¿vale?

—¿Qué pasa? ¿Es el dedo? ¿Te da problemas?

—Estoy con Sylvia camino del hospital. Se le ha caído la estantería encima y ha perdido el sentido, pero ahora está consciente.

—Os espero en la puerta de urgencias —dijo antes de colgar.

Sonrió a su amiga que le miró fijamente como si no la conociera. — ¿Sylvia?

—¿Cómo puedes ser tan dura con el corazón tan enorme que tienes?

Se le cortó el aliento. —¿Pero qué dices?

—Tienes dos caras. La dura y fría ejecutiva que ha llegado a lo más alto y la fiel, cariñosa y entregada amiga que no duda en darlo todo por los demás. ¿Pero al hombre que amas no eres capaz de perdonarle? Tú también cometiste el error de no decirle nunca lo que sentías y cómo te sentías por sus comentarios. No le echas a Alex toda la responsabilidad. Los dos habéis sido

unos cobardes.

Palideció escuchándola. —Sylvia eso no es justo.

—¿Sabes lo que no es justo? Perder la esperanza a unos metros de la meta. Eso es lo que no es justo porque él también se hizo ilusiones, ¿sabes?

Su corazón dio un vuelco. —No me ha llamado.

Sylvia suspiró cerrando los ojos. —Igual deberías probar a tener otra cita con él.

—Sylvia...

—Déjalo. Lo entendí en la comida, ¿sabes? Es cierto que tú tienes derecho a ser feliz. —Abrió sus preciosos ojos castaños. —Pero él también. Y sé que seréis felices juntos. Lo sé.

—No empieces por favor.

Cogió su mano y se la apretó. —Prométeme que no discutirás en el hospital.

—Claro que no. Puedes estar tranquila. —Le apretó la mano. —¿Te duele mucho?

Su amiga gimió mirando el techo de la ambulancia. —Creo que veo un túnel. Un túnel de luz.

—¿Qué? —preguntó angustiada.

—¿Sabes lo que me haría muy feliz?

—No, dime.

—Que salieras con Alex de nuevo.

Los sanitarios de la ambulancia se miraron el uno al otro. —¿Tensión?

—Perfecta.

—¡Lo veo! —gritó Sylvia sobresaltándoles.

—¿Qué ves? —preguntó histérica.

—¡El túnel!

—¿De veras? ¿Y cómo es?

—¿De luz! ¿Estás sorda?

Natalya frunció el ceño por ese chillido y empezó a desconfiar porque aparentemente estaba muy bien. —Vale, es de luz. Pues no te acerques a él.

Le apretó la mano gimiendo de nuevo. —Dime que saldrás con Alex. Así me moriré tranquila.

—¿No prefieres pedir otra cosa como que cuide de tu apartamento o...?

—¿Natalya! ¡Le veo!

—¿A quién?

—A mi abuelo. —Sonrió dulcemente. —Abuelo, ya voy...

Los sanitarios reprimieron la risa.

—¡Bueno, esto es el colmo! —gritó Natalya indignada—. ¿Has fingido esto para fastidiarme la cita con Mathew?

—¿Estás loca? ¡Se me ha caído la estantería encima! ¡Tú lo has visto!

—¡Hay que estar mal de la cabeza para hacer algo así!

—¡Qué se me ha caído encima! —dijo indignada—. Pero que desconfiada eres. No me extraña que ligués tan mal.

Jadeó cabreada. —¿Que yo ligo mal? —Miró a los hombres con los ojos como platos. —¿Tengo pinta de ligar mal? —Ambos negaron vehementes. —¿Ves? ¡Estos caerían!

Asintieron mientras ellas seguían discutiendo y uno se acercó al otro. —¿Pero esta no es la novia de Winkler?

—Calla, a ver si nos enteramos.

—¿Qué pasa? Que no podías quedarte sin hacer nada, ¿verdad?

—No tengo ni idea de qué me hablas. —Miró al techo de nuevo. —Sí abuelo, ya me voy —dijo con voz temblorosa.

—Tendrás cuento.

—Ya verás cuando te digan que me estoy muriendo —dijo mientras sus ojos se llenaron de lágrimas y Natalya le besó la mano preocupada porque

llorara—. ¡Prométemelo!

Miró a los sanitarios de reojo. —¿Está muy mal?

—Puede tener hemorragias internas. Lo he visto antes —dijo muy serio haciéndola palidecer.

—¿De verdad? ¿Y qué hacen ahí que no se mueven para ayudarla? —gritó preocupadísima.

—¿Ves? Y tú no me creías.

—Perdona, cielo. —Le besó la mano. —Es que lo del túnel...

—El abuelo me llama.

—¡Pues no vayas! ¡Si te quedas, salgo con Alex otra vez! Pero solo si te quedas. Dile adiós a tu abuelo.

—¿Seguro? Mira que el abuelo tiene mal carácter cuando se enfada y puede volver a buscarme como no cumplas tu promesa.

Los sanitarios reprimieron la risa y ella los miró incrédula. —¿De qué se ríen? ¿No ven que está muy mal y dice disparates?

—¿Natalya? Se acerca.

—¡Lo prometo! Lo prometo, ¿vale? ¡Ahora dale la espalda y aléjate de la luz! ¡Aléjate de la luz! —gritó para que la oyera por encima de la sirena.

Los sanitarios se taparon la boca simulando sus risas y Sylvia dijo indignada —Vale, no estoy sorda. Todavía.

La ambulancia se detuvo y las puertas se abrieron de golpe. Casi llora del alivio al ver a Alex que subió a la ambulancia de inmediato.

—Ve una luz, Alex —dijo preocupadísima.

—Ya se aleja —dijo su hermana con voz lastimera—. El abuelo se va.

Alex frunció el ceño. —Ahora te haremos unas pruebas. Enseguida sabremos qué tenemos entre manos. No me voy a separar de ti.

—¿Has visto que hermano tengo? Tan responsable y tan buena gente. —La fulminó con la mirada. —Mira que desperdiciar la oportunidad de estar

con él.

Jadeó asombrada antes de mirar a Alex que también estaba sorprendido.

—¿Está delirando?

—Le haré un escáner.

—Sí, hazle de todo.

Se bajaron de la ambulancia y los sanitarios bajaron la camilla. —¿Qué ha pasado? —preguntó Alex caminando tras su hermana.

—Me llamó a casa y me dijo que estaba bajo la estantería. Yo quería llamar a emergencias —dijo muy nerviosa por lo del escáner—. Pero ella no quiso. Llegué lo más rápido que pude, pero estaba inconsciente. Hice mal, ¿verdad? Tenía que haber llamado antes.

Alex la cogió de la mano y la llevó hasta una silla. —Quédate aquí. Lo has hecho lo mejor que has podido.

—Pero delira y ve luces. Y no hace más que decir que tengamos una cita como si fuera a morirse. Creía que era una broma, pero le duele y llora... —Pálida le miró a los ojos. —¿Le dirás que te la he pedido para que se quede tranquila?

Él frunció el ceño. —¿Me estás pidiendo una cita?

Parpadeó antes de asentir. —Creo que sí. Pero solo si se repone. Si la espicha el trato queda cancelado, porque ella no lo verá.

Alex carraspeó disimulando una sonrisa. —¿De qué te ríes? —preguntó asombrada—. ¡Vete con tu hermana!

—Vendré en cuanto sepa algo.

—Vale. —En ese momento le sonó el teléfono y ella lo cogió de su bolso a toda prisa. —¡Mathew, lo siento, pero mi amiga Sylvia está en el hospital! —Alex levantó ambas cejas y se sonrojó girándose en la silla dándole la espalda. —¿Lo dejamos para otro día? —susurró.

—¡Aquí están prohibidos los móviles!

—Te llamo mañana —dijo rápidamente antes de colgar forzando una sonrisa—. Un amigo.

—¡Ya! ¿Y ves mucho a ese amigo?

—Buenno.

—¡Natalya!

—¿No vas a ver a Sylvia? Te echará de menos. Está sola y asustada.

—La madre que me... —Se volvió furioso y a Natalya le dio un vuelco al corazón porque parecía celoso. —No te muevas de ahí.

—Vale.

Iba a empujar la puerta cuando la miró entrecerrando los ojos. — ¿Mathew? ¡No será el del restaurante!

—¿Cómo? —preguntó haciéndose la tonta.

—¡Te ha temblado la mejilla! —Empujó la puerta con fuerza y gritó al pasar —¡Quite de ahí esa camilla!

Se tocó la mejilla y sonrió. Sí, parecía celoso. ¡Y le había pedido una cita! Pero no le había dicho que sí. Frunció el ceño. No, no le había dicho que sí.

Esperó seis horas. Seis malditas horas sin tener noticias de Sylvia y sin que Alex se acercara para decirle qué ocurría. Había intentado llamar a Helena, pero esta no le cogía el teléfono, lo que indicaba que tenía una cita. Últimamente salía mucho. Frunció el ceño. No quería perder a sus amigas y le daba la sensación de que se estaban distanciando. ¿Era culpa suya? Seguramente sí porque el último año había estado muy ocupada con su nuevo puesto y había querido darlo todo. Cenas anuladas, muchas veces no podía ir de compras y lo que había ocurrido con Alex no había ayudado nada, la

verdad. Se preguntó como a Sylvia se le había ocurrido que ligara con Alex. Si siempre se habían llevado como el perro y el gato ante ella. Se le cortó el aliento. ¿Sabría algo que ella no sabía? No, si ni siquiera sabía que se habían acostado. Y lo de las citas... No habían vuelto a sugerirle que saliera con otro. Habían quedado en dos citas cada una, pero no habían vuelto a sacar el tema después de que ella le recriminara que la había engañado con lo de la casa de los Hamptons. Aunque seguramente se habían dado por vencidas con el resultado de la primera.

Se cruzó de brazos y le dolió el dedo. Se lo miró haciendo una mueca. El médico le había dicho que aunque todavía estaba algo hinchado, en unas semanas tendría mejor aspecto si seguía la rehabilitación. Giró la mano viendo como la cicatriz rodeaba su dedo. Menudo regalito que le había dejado el cirujano. Y ahora tenía que salir con él de nuevo. Chasqueó la lengua. Eso si le decía que sí. Bueno, si le decía que no ella habría hecho todo lo posible. Que Sylvia se arreglara con él.

—Mierda, ¿qué pasará? —Preocupada se levantó de nuevo y fue hasta la enfermera. —Disculpe, pero es que llevo mucho tiempo ahí y no...

En ese momento salió Alex. —¡Gracias a Dios! ¡Ya podías haber venido antes!

Él puso los ojos en blanco. —¿Qué tiene? —preguntó preocupada—. ¿Es grave? ¿Tiene hemorragias internas y esas cosas? ¿Se ha muerto? —Frunció el ceño. —No, no tienes cara de que se haya ido al otro barrio. ¿Está mal? ¿Quieres contestar a alguna pregunta?

—Si me dejas...

Gruñó mirando sus ojos grises. —¡Estoy esperando! ¡Y desde hace seis horas!

—Nena, he tenido que hacerle mil pruebas.

—¿De verdad? —Preocupada ni se dio cuenta de que la cogía por el

brazo haciendo que pasara las puertas. —¿Y qué tiene?

—Bueno, podría decirte el término médico, pero es muy complicado y no lo ibas a entender. Con una medicación mañana podrá irse a casa.

—¿Una medicación? —Sonrió radiante. —¿Solo eso?

—Sí, sus contusiones se curarán con reposo y descanso. No hay de qué preocuparse.

—¿Y lo de la luz? ¿La cabeza la tiene bien?

Reprimió la risa mientras ella miraba a su alrededor buscando a su amiga en los box de urgencias. —Sí, ha debido ser por falta de riego.

—¿Pero ahora está bien? —preguntó mirándole a los ojos.

—Pues sí —respondió caminando a su lado poniéndose serio—. Ha sido un buen susto. Podría haber sido mucho peor.

—Y que lo digas. Cuando la vi tirada bajo la estantería casi me da un infarto. —Él la metió en el ascensor. —¿Vamos a verla?

—Ahora está dormida. Estaba agotada después de tanta prueba. Será mejor que la veas mañana.

Confundida vio que se cerraban las puertas. —Ah, ¿y a dónde vamos?

—A mi despacho.

—¿Y para qué?

Alex cogió su mano como si nada y la giró mirando su dedo. —Está muy bien —dijo profesionalmente haciéndola tragar saliva por su tacto—. En nada de tiempo recuperará su forma. —La miró a los ojos. —¿Sientes esto?

—Ajá... —dijo distraída antes de mirar sus labios que de repente estaban increíblemente cerca.

—¿Y esto? ¿Sientes esto, nena? —dijo él acariciándole el dedo de una manera que se estremeció de pies a cabeza—. ¿Lo sientes?

—Sí —susurró antes de morderse el labio inferior intentando no gemir.

—Bien. —Dejó caer su mano y miró hacia las puertas dejándola de

piedra. —Vamos a mi despacho —dijo cuando se abrieron las puertas—. Te enseñaré las pruebas.

¿Las pruebas? ¿Y para qué quería ver ella las pruebas? —Alex, es la una de la madrugada. Me fío de tu criterio, ¿sabes? —Le siguió a regañadientes por el pasillo que estaba lleno de puertas que debían ser los despachos de los médicos más importantes del hospital. Con curiosidad miró a su alrededor. — De verdad, si tú dices que está bien, me fío de ti. Yo con que no la palme...

Él abrió una puerta sonriendo. —Tranquila, que tienes amiga para rato, pero... —Frunció el ceño entrando en el despacho tras él. No encendió la luz si no que encendió la lamparilla de encima del escritorio. —Cierra la puerta, por favor.

—¿Para qué?

—Ven. —Cogió una Tablet y pulsó la pantalla varias veces. Se acercó para ver lo que hacía cuando apareció en la pantalla lo que parecía una ecografía. Se le cortó el aliento mirándola y viendo el garbancito en el centro. Asombrada levantó la vista hacia él que sonreía. —Voy a ser tío.

Chilló de la alegría y le abrazó por el cuello dándole un beso en los labios antes de mirar la Tablet de nuevo. —¿De verdad? ¿De cuánto está?

Riendo dijo —De siete semanas.

—¡Eso es mes y medio! —Le miró asombrada. —¡Será cabrita! ¡Se acostaba con alguien y no me lo dijo!

Alex rió por lo bajo. —Tú te acostaste conmigo y no se lo dijiste.

—Ya, pero esto es más gordo. ¡Y se va a poner gordísimo! ¿Sabes de quién es?

—Ni idea. Y no la voy a interrogar sobre esto.

—Pues bien que me interrogabas a mí sobre lo que hacía en la universidad.

—Ahora ya es adulta.

Se le quedó mirando mientras apagaba la Tablet. —¿Qué pasa, nena? Has puesto una cara...

—Cuando me conociste no tuviste nada conmigo porque era una cría, ¿verdad?

Apretó los labios. —Te sacaba unos años.

—¡Y todavía me los sacas!

—Pero en aquella época se notaban más.

—Menuda chorrada.

—¡Yo era un adulto que estaba haciendo una residencia durísima y tú ni llevabas un año en la universidad! ¡No era una chorrada!

Sonrió incrédula. —Esto es genial. ¿Qué pasa? ¿Que te hubiera dado vergüenza decirle a tus amigos médicos que salías con una estudiante?

—Ya empezamos.

—¿Qué empezamos?

—¡A discutir! —le gritó a la cara—. ¡Buscas cualquier excusa para discutir conmigo como llevas haciendo desde hace cinco años!

—¡Los cinco años anteriores eras tú quien me provocaba! Y para lo que estuviste aquí...

La cogió por la nuca y atrapó sus labios besándola como si quisiera devorarla y Natalya gimió en su boca abrazando su cintura. Con la mano libre la sujetó por la espalda pegándola a su cuerpo y ella al sentir su sexo endurecido en su vientre, levantó la pierna acariciando con el interior del muslo su cadera. Alex gruñó sujetando su muslo y la elevó sentándola sobre el escritorio. Natalya se sujetó en la superficie de la mesa con la respiración agitada, sintiéndose tremendamente excitada. Mirando sus ojos mientras se quitaba la bata y la tiraba al suelo, se le cortó el aliento cuando la agarró por el interior de las rodillas para tirar de ella hasta el borde, antes de que esas manos acariciaran sus muslos hasta sus caderas y deslizará sus braguitas hacia

abajo provocando que su corazón se acelerara. Alex se agachó para quitar sus zapatos antes de sacarlas por los tobillos y sin dejar de mirarla, abrió sus piernas incorporándose y acariciando la piel de sus muslos de nuevo hasta llegar a su sexo. Natalya gritó de placer arqueando su cuello hacia atrás al sentir el roce de las yemas de sus dedos. —Esta vez no lo voy a olvidar, nena. —La besó en el lóbulo de la oreja metiendo un dedo en su interior y Natalya gimió de deseo antes de que besara su cuello sin dejar de torturarla. Él salió de su interior y Natalya se agarró en su cuello temiendo perderle antes de atrapar sus labios. Se besaron con desesperación y cuando sintió su sexo, apartó su boca para mirarle a los ojos antes de que entrara en ella de un fuerte empujón haciéndola gritar de placer. Fue tan exquisito que apoyó la frente en su hombro sin darse cuenta. Alex la cogió por la nuca inclinando su cabeza hacia atrás y susurró —Mírame, nena. Quiero que me mires. —Le besó el labio inferior antes de entrar en ella de nuevo provocando que todo su cuerpo se tensara y creyendo que su cuerpo se quebraría, gritó de placer cuando repitió el movimiento. —Joder, nena... ¿Cómo hemos podido vivir sin esto? —Alex entró en ella de nuevo y Natalya gritó sorprendida por el éxtasis que la recorrió de arriba abajo, estremeciéndose entre sus brazos. Alex la sujetó por las caderas elevándola y la llevó hasta el sofá, tumbándola delicadamente antes de ponerse sobre ella. Apartó su cabello acariciando sus mejillas con el dorso de su dedo. Besó sus labios y Natalya abrió los ojos sintiéndole aún dentro de ella. Se sonrojó con fuerza al ver que la observaba divertido. —Nena, ¿hace mucho que no tienes...?

—¡No lo digas!

Alex rió por lo bajo. —No me has durado nada.

—Muy gracioso. —Gimió al sentirle en su interior. —Alex...

Se movió otra vez y a Natalya la envolvió de nuevo la neblina del placer, retorciéndose bajo su cuerpo y deseando más. Alex movió sus caderas

perdiendo la sonrisa al sentir su necesidad, que unida a la suya, le hizo acelerar el ritmo de una manera abrasadora, hasta que con un fuerte movimiento de caderas llegaron juntos a un orgasmo tan placentero que se durmieron abrazados el uno al otro.

Capítulo 6

Natalya se despertó porque intentó moverse y no pudo, cuando se dio cuenta de que la pierna de Alex y su brazo estaban rodeándola. Estaba claro que no controlaba su cuerpo cuando dormía. Se deslizó como pudo hasta el suelo y cayó de rodillas gimiendo de dolor. Levantó la cabeza para comprobar si se había despertado y levantó las cejas al verle boca abajo con el trasero al aire. Ni siquiera se había subido los pantalones. Se arrastró sobre la moqueta y cogió los zapatos sin hacer ruido. Buscó su bolso por todo el despacho y puso los ojos en blanco al ver que lo tenía en bandolera. Pero al ver que estaba abierto gimió. Miró su interior sin hacer ruido y juró por lo bajo porque le faltaba el móvil.

—¿Buscas esto?

Se sobresaltó antes de levantar la mirada para verle aún tumbado en el sofá con el móvil en la mano mirando su pantalla. —Ese Mathew te ha enviado un mensaje.

—¿Cómo lo has desbloqueado? —Caminó hasta él e intentó arrebatárselo, pero Alex apartó la mano leyendo atentamente. —¡Dámelo!

La miró como si quisiera matarla. —¿Te ibas a acostar con él?

Se sonrojó con fuerza. —¿Qué?

—¡Así que le habías dicho que iba a ser una noche especial! ¡En mi idioma eso significa que ibas a acostarte con él!

—¿Y qué si iba a acostarme con él? —Apartó su melena poniéndose chula. —¿Acaso no puedo acostarme con quien me dé la gana?

Alex tiró el móvil sobre el sofá y se levantó subiéndose los pantalones.

—Sí, nena. Puedes acostarte con quien te dé la gana —respondió fríamente y a Natalya se le cortó el aliento porque durante un segundo vio que estaba dolido.

—Eso pienso hacer.

Se agachó cogiendo su bata y fue hasta la puerta. —Gracias por el polvo.

Salió dando un portazo y Natalya se estremeció quedándose de piedra. Le daba la sensación de que acababa de meter la pata hasta la ingle. Suspiró cogiendo su móvil y gimió sin entender lo que había ocurrido. ¡Se había acostado con Alex! ¿Es que estaba loca? Fue hasta la puerta y tiró de la manilla saliendo del despacho. Giró hacia la derecha y buscó los ascensores, pero distraída en sus pensamientos ni se dio cuenta de que iba en dirección contraria. No fue hasta llegar a una puerta gris cuando confundida miró a su alrededor. Mierda, ¿dónde estaba? Buscó la señal de salida y bufó cuando la vio en el dintel de otra puerta, pero ponía que era para personal autorizado. Cuando la abrió vio que eran unas escaleras metálicas y frunció el ceño porque no le parecían las típicas de un hospital. Las veía un poco estrechas. Metió la cabeza y vio que no había nadie. Qué raro. Bueno, podía bajar andando, tampoco pasaba nada por bajar por allí.

Empezó a descender y juró por lo bajo cuando su tacón resbaló en uno de los escalones metálicos. Consiguió sujetarse a la barandilla de milagro. Pasó al lado de la puerta de la tercera planta y la puerta se abrió de golpe empujándola escaleras abajo. Ni le dio tiempo a gritar mientras rodaba por los escalones. Tirada en el descansillo boca abajo con la mejilla pegada en el metal, gimió antes de ver la cara de un hombre con un mono de mantenimiento.

—¿Qué coño hace aquí? ¡Esta es una escalera de servicio, joder! —Sacó una radio. —¡Haskings! ¡Avisa a alguien! Tengo a una tía con pinta de haberse roto la pierna en la escalera de servicio. Planta tres.

—¡No fastidies! ¡Tienes que ir a cambiar esos tubos de luz!

—¿Quieres que la deje aquí tirada? —gritó mientras ella gemía

levantando la cabeza. Él hizo una mueca—. Di que también tiene la nariz rota.

De la impresión al escucharle, puso los ojos en blanco antes de perder el sentido.

Sentada en su sofá, con la pierna escayolada hasta la rodilla apoyada en la mesa de centro y el enorme apósito en la cara, parecía que la había atropellado un camión. Observaba como Helena y Sylvia caminaban de un lado a otro mirándola de vez en cuando como si fuera un desastre antes de continuar caminando. Le iban a desgastar la alfombra y le había costado una pasta. Sin perder de ojo a Sylvia, bufó porque para haberle caído una estantería encima el día anterior se la veía muy bien.

—¿No quieres sentarte? —preguntó amablemente—. A ver si te vas a marear en tu estado... —Sylvia la fulminó con la mirada. —¡Eh, no me mires así que yo no tengo la culpa de que estés preñada! Para eso se inventaron las gomitas.

—¡Cierra el pico! ¡Estoy pensando!

—¿En qué?

—¡En quién nos ha echado mal de ojo! ¡Cuando me lo dijo Alex esta mañana no me lo podía creer! Y cuando me llamaste... —Entrecerró sus ojos castaños. —¡Mírate! Esto tiene una pinta de mal de ojo que no puede con ella.

—Sylvia no exageres —dijo Helena—. A mí no me ha pasado nada. —De repente a Helena se le cayó una de las fundas de los dientes y las dos chillaron señalándola.

—Mierda. —Su amiga se agachó para recoger la funda del suelo.

—Uy, qué asco —dijo Natalya expresándolo con la cara.

—¡Cómo se nota que no te has mirado al espejo, guapa! —Jadeó indignada viéndola ir hacia el espejo. —Mierda, me han costado una pasta.

—¡Lo que yo decía! —Sylvia abrió los ojos como platos. —O es el Karma.

—¿El Karma? —Helena se dio por vencida porque eso solo lo colocaba el dentista y gimió viendo el diente que el dentista le había afilado para colocarle la funda. —¡Parezco un vampiro! ¿Cómo voy a pasar consulta esta tarde? ¡Saldrán corriendo!

—¿Quieres centrarte, Helena? ¡Nuestras vidas penden de un hilo!

Miraron a Natalya que gemía llevándose la mano al apósito y Helena susurró —Pues el karma la toma más con ella. —En ese momento le sonó el móvil y su amiga contestó rápidamente. La vieron hablar con alguien algo molesta y cuando colgó se volvió asombrada. —Me echan de la consulta.

—¿Qué dices?

—¡Van a rehabilitar el edificio y como es de alquiler necesitan que deje la oficina! ¡Al parecer viene en el contrato y estoy obligada a ello! ¡Perderé a mis pacientes!

—Muy bien. Calma —dijo Sylvia muy seria—. Tenemos que descubrir lo que hemos hecho mal y subsanarlo. Eso es todo. ¡Y antes de que yo le diga a Logan que va a ser padre, porque éste me deja fijo como sigamos así!

—¿Logan? ¡Cabrita, no me habías dicho nada de que tenías novio! ¡Cómo te callas lo que te interesa! ¡Y sobre eso de que veías el túnel, ya hablaremos, cuentista!

Ambas la miraron con los ojos como platos antes de chillar señalándola. —¿Qué? ¿Me sangra la nariz?

—¡Es por tu culpa! —gritó Helena dando un paso atrás como si tuviera la peste.

—¿Mi culpa? Cielo, vete pidiendo cita con uno de tus colegas porque se te está yendo la cabeza. ¡Yo no he hecho nada!

—Tiene razón, es culpa nuestra. —Sylvia la miró arrepentida. —Lo

siento.

—No entiendo nada. —Natalya las miró como si estuvieran chifladas.

—Yo tampoco, ¿por qué iba a tener la culpa de que se cayera por las escaleras?

—Porque lo ideamos entre las dos.

—Como no te expliques, guapa.

—Lo de las citas, ¿recuerdas? ¡Antes de eso todo iba bien! —Abrió los ojos como platos. —Lo hablamos la noche en que me quedé preñada. Después de las copas fui a verle y...

—¡La noche en que me robaron el coche! —exclamó Helena.

—¡Ahí lo tienes! Todo encaja. —Sylvia entrecerró los ojos. —Yo dije que a una chica del trabajo sus amigas le habían preparado varias citas y que había funcionado. Hablamos de que Natalya otra vez no había quedado. —Las miró asombrada. —Te pusimos verde un rato...

—Vaya, gracias.

—Y decidimos hacerlo con nosotras —dijo Helena atónita—. Pero nosotras nos estábamos mintiendo.

—Porque ya teníamos pareja. Vale que no era estable, pero no pensábamos prestarnos a eso. Lo dijimos solo para convencer a la otra. —Miró a Natalya. —Antes de convencerte a ti para que lo hicieras.

—¡Seréis cabritas! Nunca tuvisteis intención de seguir el trato. ¡Ninguna de las dos! —Ambas se sonrojaron con fuerza. —Uy, con amigas como vosotras quién quiere enemigos.

—Hala, exagerada. Lo hicimos por ti. Para que se te quitara la cara de vinagre que tenías —dijo Helena antes de chasquear la lengua.

—¡Pues mira la cara que tengo ahora!

Sylvia entrecerró los ojos. —Y cuando pasó lo del dedo...

—Estaba con Alex.

—Y ayer tuviste el accidente en el hospital después de verle de nuevo, ¿no es cierto? Porque cuando me vio esta mañana para darme el alta no me dijo nada de que te hubieras roto una pierna, así que él no lo sabe. ¡Fue él quien te dijo lo de mi embarazo, que por cierto es secreto profesional! ¡Ya le pillaré!

Helena frunció el ceño. —¿Y qué tiene que ver eso con lo de las citas?

—¡Él fue la primera cita!

—Sí, pero lo del dedo fue antes de que salieran, ¿recuerdas? ¿Y por qué lo iba a pagar ella si no había hecho nada?

Recordando la conversación en las escaleras se sonrojó un poco y sus amigas la miraron. —¿Qué hiciste? —preguntaron a la vez.

—¿Yo?

—¡Déjate de rollos! —exclamó Sylvia—. ¡Algo harías para que tengas esa cara! ¡Y no me refiero a la nariz rota sino a tu cara de culpabilidad!

—Discutimos sobre la noche que pasamos juntos, ¿vale? Fui un poco...

—¿Hiriente? ¿Vengativa?

—¡Él me provocaba!

—¿Y ayer qué ocurrió?

Se puso como un tomate. —Me acosté con él —susurró dejándolas perplejas—. Intenté largarme, pero me pilló y leyó en mi móvil un mensaje de Mathew. Se enfadó cuando se dio cuenta de que iba a acostarme con él. —Las miró molesta. —¡Y puedo acostarme con quien quiera! ¡Soy una mujer libre!

—Ahí lo tienes. Metiste la pata y lo has pagado —dijo Sylvia maliciosa—. ¿Te duele la nariz? ¡Lo tienes merecido!

—Que mala leche tienes.

—¡Lo tienes merecido después de haberle pedido una cita a mi hermano!

—¡Porque tú me obligaste con eso del túnel y de que ibas a estirar la pata!

Helena frunció el ceño. —Cierto, nosotras te obligamos a lo de las citas. Y ayer también por fingir lo de la estantería.

Abrió los ojos como platos. —¿Fingir lo de la estantería? ¿Estáis locas? ¿Sabéis el susto que me disteis?

Sylvia chasqueó la lengua pensando. —Vale, a mí me cayó el embarazo por aquella noche. Pero por lo de ayer no me ha pasado nada, cuando a ti te robaron el coche y hoy ha pasado lo del despacho.

Le sonó el móvil y Sylvia gimió sacándolo del bolso apurada. Suspiró del alivio antes de sonreír. —Es mi madre.

Natalya y Helena se miraron preocupadas viéndola contestar y saludar a su madre. —¿Mamá? ¿Cómo que vienes a la ciudad? ¿A darme un repaso? Pero si estoy bien y... Ah, que has hablado con Alex y ya le has dicho que vas a venir. ¿Y cuándo será esa visita? —preguntó mirándolas con horror—. ¿Mañana? ¿Vas a venir mañana? ¿Sorpresa? No, Alex está equivocado. No tengo ninguna sorpresa, mamá. —Rió sin ganas. —Ya sabes cómo es de bromista. Te quiero, un beso. Hablamos mañana. —Colgó a toda prisa y las miró con los ojos como platos. —Estoy muerta. —Ambas hicieron una mueca asintiendo. —En cuanto se entere, mi madre me mata.

—Pues cuando vea a Logan. —Helena reprimió la risa. —Le va a dar un ataque.

—¿Qué pasa? ¡Es pintor alternativo! ¡Tiene una imagen acorde con su personalidad!

—¿Le conoces? —preguntó Natalya alucinando.

—Oh, es que hace una semana coincidimos los cuatro en una exposición.

—¡Esto es genial! ¿Y por qué no me lo contasteis? —preguntó cabreada.

—Ya te hemos dicho, para convencerte de lo de las citas —dijo Sylvia como si fuera una pesada.

—¿Y después? ¿Cuando la cita fue un auténtico desastre y descubrí que

no había casa en los Hampton? Cuando ya no iba a haber más citas, ¿por qué no me lo dijisteis?

—Porque te ibas a cabrear —dijeron las dos como si fuera lo más evidente del mundo.

—¡Dejad de meteros en mi vida! —gritó con ganas de matarlas a escayolazos.

—Tranquila, que ni loca vuelvo a intentar que tengas una cita con mi hermano. A ver ahora cómo solucionas lo tuyo.

—¿Lo mío? —preguntó con asombro—. ¡Yo no he hecho nada!

—Claro que sí, estás así porque fuiste mala con él.

—¡Yo no fui mala! ¿Y sabes qué? ¡Con no encontrármelo más, asunto solucionado! Mira el mes en que no le vi. ¡No pasó nada!

—No, si yo lo digo porque me debes una cita.

—¿Estás loca? ¿Quieres matarme?

—Yo ya tengo que pagar que venga mi madre —siseó señalándola—. Así que tú ya puedes ir a esa cita, aunque sea a rastras, ¿me has oído? ¡Yo pago y tú vas!

—Es lo justo —dijo Helena.

—¡Estáis locas! ¿Me habéis visto bien? ¡Para citas estoy yo! —En ese momento llamaron a la puerta y todas se quedaron en silencio mirándola como si detrás estuviera el diablo.

—Di que irás a la cita —dijo Helena muerta de miedo.

—¿Y si él no quiere?

—No fastidies, Natalya —dijo Sylvia molesta—. Di que sí.

Volvieron a llamar con más fuerza. —Señorita Mayer, abra a la policía.

Gimió queriendo echarse a llorar. —¡Vale! ¡Iré a esa cita! —gritó hacia la puerta—. ¡Ya pueden irse!

—¿Perdón? Tenemos unas preguntas. ¿Puede abrir la puerta, por favor?

—dijo como si quisiera tirar la puerta abajo.

Helena fue hasta la puerta. —¿Abro?

Suspiró resignada encogiéndose de hombros y su amiga abrió a toda prisa. Dos agentes uniformados estaban al otro lado. —Nos ha llamado un vecino —dijo uno de ellos con la mano en la pistola que llevaba a la cintura—. ¿Señorita Mayer?

—Soy yo —respondió desde el sofá—. ¿Un vecino? ¿Ocurre algo?

El policía parpadeó. —¿Se encuentra bien? ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—¿Eso?

El tipo carraspeó antes de mirar a su compañero que entrecerró los ojos. —Sus lesiones, señorita Mayer.

—Oh, esta mañana. Me he caído por las escaleras del hospital.

—Ya, claro. —Suspiró dando un paso hacia ella. —Nos han llamado para informarnos de que en su piso había gritos. —Las tres se sonrojaron. —Y su vecino nos ha dicho que la ha visto herida en dos ocasiones en poco tiempo. ¿Tiene algo que contarnos?

—No, de verdad. —Miró a sus amigas pidiendo ayuda. —No me ha pasado nada, agente. Si se refiere a si me han pegado o...

—Mire, está teniendo una suerte pésima. Eso es todo —dijo Sylvia resuelta.

—Las amigas a veces no se enteran de lo que ocurre en realidad —dijo el otro mirando a su alrededor como si temiera que alguien saltara sobre ella en cualquier momento—. ¿Vive sola?

—Sí, y le aseguro que...

—¿Tiene novio?

—No. —Se sonrojó aún más. —Me he caído por las escaleras, de verdad.

—Ya, claro.

—Sale con mi hermano.

Helena y Natalya la fulminaron con la mirada y ésta se encogió de hombros. —¿Qué? Es la verdad.

—No estamos saliendo, saliendo.

—Ya, claro.

—Oiga ¿quiere dejar de decir eso? ¡Alex es un cirujano muy respetado!
—le defendió ella.

—Ah, que trabaja en el hospital donde supuestamente se cayó por las escaleras. —La miró como si la comprendiera. —Debería decir la verdad. Lo digo por su bien.

—¡No tengo nada que decir! ¡Alex no me ha hecho esto! —Sus amigas estaban de piedra. —¿Queréis decir algo?

—Él no ha sido. Se amputó el dedo sola —dijo Sylvia de los nervios.

—¿Le amputó un dedo? —preguntó asombrado.

—Bueno, él cerró la puerta y ella metió la mano —dijo Helena intentando justificarle—. No la vio.

—Ya, claro.

—¡Qué deje de decir eso! —exclamó perdiendo la paciencia.

—Muy bien, si no quiere reconocerlo... Nosotros no podemos hacer nada. ¿Nos dice el nombre completo para el informe? —le preguntó directamente a Sylvia.

—Ah, no. Que lo que usted quiere saber es mi apellido para pillar a mi hermano.

—Documentación. No se lo digo más —dijo muy serio mientras el otro asentía.

—¡Qué Alex no ha hecho nada! ¿Cómo tengo que decírselo?

—¿Qué pasa aquí?

La voz de Alex tras la policía la hizo gemir y los policías se volvieron de

golpe. Él la vio sentada en el sofá y se quedó de piedra. —Joder, ¿qué te ha pasado? —Se intentó acercar, pero uno de los policías le cogió del brazo. — ¿Qué hacen? ¡Suéltenme!

—Cálmese, amigo.

—¿Cómo que me calme? —Miró a Natalya. —¿Qué te ha pasado?

—Me caí por las escaleras del hospital y... —Hizo una mueca. —Crean que lo has hecho tú.

—¿Yo? ¡Oigan, que no le he tocado un pelo! —dijo indignado.

—Eso, suelten a mi hermano.

—De verdad, seguro que el vecino lo ha hecho con muy buena intención, pero nadie me ha agredido.

El policía soltó su brazo mientras ellas no salían de su asombro y Alex se acercó a Natalya de inmediato sentándose a su lado. —Joder... —siseó levantándole la barbilla —. Nena, ¿quién te ha tratado?

—No sé. Era una chica.

—Estará en el informe. ¿Dónde está?

—En mi bolso. —Lo señaló sobre la mesa al lado de su pie y él rebuscó de inmediato sacando los papeles. Apretó los labios al leer las lesiones. — ¿Cómo sabías dónde vivo?

—Estaba en los datos que diste cuando el dedo.

—Ah... Alex ¿cuánto tiempo voy a tener esto en la cara?

Los policías no perdían detalle. —Mañana te pongo algo más pequeño para que estés más cómoda. —Hizo una mueca cogiendo la barbilla de nuevo. —¿Te duele mucho?

Se emocionó mirando sus ojos grises. —Sí. ¿Y la pierna?

—Eso lo llevarás un mes.

—¿Un mes?

—Sí, nena. Deberías acostarte, tienes que estar hecha polvo.

Los policías carraspearon y sus amigas les fulminaron con la mirada. — Bueno, nosotros nos vamos.

—Pues sí, porque seguro que tienen mucho trabajo por ahí. Auténticos delincuentes, por ejemplo —dijo Sylvia mosqueada.

—Señora, hacemos nuestro trabajo. —Miró a Natalya a los ojos. —Si necesita ayuda, no dude en pedirla.

—Gracias agente, pero este no es el caso.

Asintió antes de salir con su compañero del piso y Alex las miró a las tres. —¿Se puede saber por qué creían que yo te había hecho esto? —Se fijó en Helena. —¿Qué te ha pasado en la boca?

Su amiga se sonrojó con fuerza y Sylvia se cruzó de brazos. —Nada, un mal dentista y lo tuyo un malentendido. ¿Qué haces aquí?

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta del traje y sacó el estuche de maquillaje de Natalya. —Te lo dejaste en mi despacho.

—Gracias por traérmelo. —Para todos fue evidente que había sido una excusa para ir a verla. —¿Cómo sabías que no estaba trabajando?

—Porque llamé a tu despacho. Me dijeron que no habías ido a trabajar.

—¿Llamaste a mi despacho? —preguntó asombrada porque no la había llamado en su vida.

—Tenía que devolverte eso. —Alex carraspeó incómodo mirando a su hermana de reojo. —Esa medicación te va a venir muy bien. ¿Te la has tomado?

Asintió sin dejar de mirarle asombrada y se hizo un silencio incómodo mientras sus amigas no se cortaban en escuchar descaradamente. Natalya las miró y les hizo un gesto para que disimularan, pero nada. Alex suspiró poniendo los codos sobre las rodillas mirándolas. —¿No trabajáis hoy?

—Yo no. Se me cayó una estantería encima y pienso explotarlo todo lo que pueda. Me duele el codo.

—¡Tendrás cara! —exclamó Natalya.

—Igual deberías acompañar a tu amiga al dentista —siseó Alex.

—¿Y quién cuida de la inválida? —preguntó Helena antes de negar con la cabeza—. Mejor nos quedamos.

—¡No soy una inválida! —Gimió porque al gritar le dolió la nariz. — Mierda...

—Bueno, ¿y cuándo es la cita? —Miraron a Sylvia como si estuviera loca. —¡Lo prometisteis! ¿Hay alguna razón para que ahora os echéis atrás? —preguntó haciéndose la tonta.

—¿Aparte de su estado?

—¡Sí, aparte de eso!

—No —respondieron los dos a la vez.

—Mira que acabas de esquivar una bala —dijo Sylvia advirtiéndola con la mirada—. Tú sabrás lo que haces.

Pensando en los policías asintió con los ojos como platos y cogió a Alex de la mano para llamar su atención. —¿Quieres salir conmigo un día de estos?

—Vaya manera de pedir una cita —dijo Helena por lo bajo.

—¿Tú lo harías mejor? —preguntó molesta.

—Bueno, ya está bien. —Alex se levantó y fue hasta la puerta. —¿Sabéis qué? ¡Estoy harto de que manipuléis a Natalya para salir conmigo! ¡Cómo lo de ayer con la estantería! ¿Creéis que soy idiota? ¡Me di cuenta enseguida de que era mentira! —Abrió la puerta y señaló la salida. —Fuera.

—Encima que te ayudamos —dijo su hermana como si fuera un desagradecido.

—Guapa, tú preocúpate de tu novio. Ese que no quieres presentarle a mamá y que te ha dejado preñada.

Jadeó indignada. —Pues que sepas que si me he quedado preñada en parte tienes tú la culpa.

Asombrado vio salir a su hermana. Helena salió detrás y siseó —¡Ya te pasaré la factura del dentista!

Cerró la puerta alucinado. —¿De qué hablan?

—No quieras saberlo.

—¡Pues ya te estás explicando! ¡Porque todo esto ya empieza a ser surrealista!

—No, que igual tentamos al destino... —susurró cómplice.

Él frunció el ceño. —Nena, ¿cuántas pastillas te has tomado para el dolor?

—Una. ¿Puedo tomar otra?

—No.

Gimió llevándose la mano a la nariz. —Joder, cómo duele esto.

Alex suspiró acercándose y sentándose a su lado. —Natalya, ¿tú quieres salir conmigo?

Le miró a los ojos sorprendida sintiendo que se le aceleraba el corazón. —¿Y tú?

—He preguntado yo primero.

—¡Es para no meter la pata! ¡Puedo terminar con todos los huesos rotos!

—¿De qué hablas? ¡No entiendo nada!

Gimió apoyando la cabeza en el respaldo del sofá. —Esto no me está pasando. Es un sueño y en cuanto me despierte...

—¡Seguirás con la pierna y la nariz rotas! ¿Quieres hablar de una vez?

Le fulminó con la mirada. —Muy sensible, doctor.

Alex le cogió una mano. —Nena, tú me gustas.

Le dio un vuelco el corazón. —¿De verdad?

—Me gustas mucho, pero... ¿Quieres responder a la pregunta de una vez? ¿Quieres salir conmigo o no?

—¿Me estás pidiendo una cita?

—¡Me la pediste tú!

—¿Entonces para qué preguntas?

—Eres exasperante.

—¿Y dices que te gusto? ¡Di sí o no! ¡Es muy simple!

—No, no es simple porque quiero saber por qué me la pides.

—Ah... —Se mordió el labio inferior e hizo un gesto de dolor. —¡Alex tengo una herida dentro del labio! —gritó con los ojos como platos asustándose de veras. Después de todo lo que había pasado decidió ser sincera—. ¡Sí que me gustas, me gustas mucho!

—Nena, ¿estás bien? Te veo muy rara.

—¿Te digo que me gustas y tú me dices que estoy rara?

Alex sonrió apretando su mano. —¿Así que quieres intentarlo?

—¿Y tú? —preguntó con los ojos como platos.

—¡Natalya ya está bien! ¿Dime qué ocurre?

—Es que no te lo vas a creer. —Bajó la voz. —Y no sé si puedo decírtelo. El Karma, ¿entiendes?

—Muy bien, preciosa. Nos vamos a ir al hospital a hacerte unas pruebas de nada —dijo preocupado.

—¿Por qué? ¿Me ves mal? Sí, últimamente no sé qué me pasa. Sylvia dice que es el karma y creo que tiene razón.

Él la cogió por los hombros pegándola a su cuerpo. —Nena, ¿por qué no me lo cuentas y yo te digo lo que me parece?

Levantó la vista hasta sus ojos. —Sí, porque tengo un lío...

La besó en la sien. —Pues para eso estoy yo, para ayudarte.

Relató todo lo que había ocurrido desde aquella comida con sus amigas y él sonrió sin interrumpirla, pero cuando llegó a su cita se tensó un poco. Natalya decidió continuar, pero cuando relató la conclusión de sus amigas le miró de reojo porque parecía que se había tragado un palo. Forzó una sonrisa.

—Y eso es todo. ¿Qué opinas?

—Nena, ¿me estás diciendo que me has pedido una cita porque temes que te caiga un rayo o algo así? —le gritó a la cara.

Se echó a reír sorprendiéndole. —No, no lo has entendido.

Él suspiró del alivio. —La cita te la pido porque se la debemos a Sylvia y porque llegó la policía. Eso me puso algo nerviosa la verdad, porque llegó justo en el momento en que había decidido no verte más. Ahora tengo que ser buena contigo para que no me caiga el rayo.

Alex frunció el ceño. —¡Así que habías decidido no verme más!

—¡Tienes que entenderlo! En cuanto me lo explicaron, me di cuenta de que algo hay en el universo que me tiene manía y está relacionado contigo, Alex. ¡Mírame! ¡Me porte mal en el despacho después de hacer el amor y ahora estoy hecha un guiñapo! ¡En la próxima cita la casco!

—A no ser que te portes bien conmigo.

Ella sonrió radiante. —¡Lo has entendido! —Suspiró del alivio. —¿Qué opinas?

—¡Qué estáis muy mal de la cabeza!

—Vaya, gracias. —Sus ojos brillaron. —¿Sabes? En la cita podemos ir al cine o al teatro para hablar lo menos posible. Después a casita y ya está. Simple y silencioso para no discutir.

—Natalya eres una profesional respetada y no puedes creer en serio en esas cosas. —Le acarició el cabello. —¿Qué tal si te acuestas un rato? Estás dolorida y necesitas un respiro.

—¿Tú crees?

La cogió en brazos. —Claro que sí. Has dormido muy poco y tienes que estar agotada.

—Tú tampoco has dormido mucho.

—Por eso me he cogido la tarde libre.

—¿Estás cansado?

—Un poco.

—Esta hermana tuya te complica mucho la vida. —Él sonrió dejándola en la cama. —¡Y a mí! ¿Qué culpa tengo yo? Con lo tranquilita que vivía antes de ocurrírseles esas ideas tan raras.

Se sentó a su lado. —¿Es raro que quieran que salgamos juntos?

Natalya bostezó. —Pues sí. ¿Ahora? ¿Después de todo lo que ha pasado y cómo nos tratamos? Esto ya no tiene arreglo.

—Anoche no nos fue mal. —Él cogió un mechón de su cabello rubio entre sus dedos y lo acarició pensativo. —Siento lo que te dije. Tienes todo el derecho a acostarte con quien quieras.

Abrió los ojos como platos. —¿Te estás disculpando? ¿Por qué? ¿Temes que se te caiga un rayo encima?

—Nena, estoy intentando arreglar las cosas —dijo exasperado—. Ahora discúlpate tú.

—¿Por qué? —preguntó asombrada—. ¡Si acabas de darme la razón!

—¿Quizás porque puede que me fastidiara que te diera igual acostarte conmigo que con ese!

—Ah... ¿Te fastidió? —Se apoyó en sus codos para mirarle bien. —¿Cuánto?

—¿Ahora tengo que medirlo?

—Mucho, poco...

—¡Bastante!

—¿Por qué si no te importo?

Sus ojos grises se oscurecieron y le acarició la mejilla. —Sí que me importas, nena.

—¿De verdad? —preguntó derritiéndose por dentro inclinando la cabeza sin darse cuenta para no perder su contacto.

—¿Quieres intentarlo? Pero intentarlo de veras, olvidando el pasado.

—Sí —susurró sintiéndose muy feliz.

Él frunció el ceño. —Esto no tendrá nada que ver con lo del karma, ¿verdad? Lo haces porque quieres. ¿No te estás dejando influir por las chicas o tu reciente mala suerte?

—No.

Alex sonrió y se agachó para besarla en los labios, pero ella se apartó. —¿Estás loco? ¿Quieres besarme con esto puesto? —Se escuchó un trueno fuera y le miró con los ojos como platos. —Vale, pero suavcito.

A punto de reírse él se acercó. —Nena, es una casualidad. —Acarició sus labios suavemente.

—Cuando llegué del hospital hacía sol —susurró besándole apenas rozando sus labios.

—Sí que lo hacía, sí.

Entró en su boca y Natalya se sujetó en sus hombros saboreándole, pero cuando se dejó llevar él tropezó con su nariz. —¡Ay! —Se apartó llevando una mano al apósito mirándole con los ojos como platos. —No me quedará torcida, ¿verdad?

Él acarició su mejilla. —No, nena. Te quedará perfecta.

—¿Y cómo lo sabes si a esa doctora no la conoces? Solo llevas unas semanas trabajando allí.

—Ya he trabajado con ella y es muy profesional.

Desvió la mirada levantándose y Natalya entrecerró los ojos. —¿Seguro?

—Sí, seguro. Mónica sabe lo que hace. —Se quitó la chaqueta del traje.

—¿Y qué haces tú?

—Voy a dormir.

—Ah.... ¿Aquí? —preguntó algo sorprendida.

Alex sonrió. —Así te controlo. No vaya a ser que te escurras de la cama

y te rompas otra cosa.

—Muy gracioso. —Negó con la cabeza. —Alex no puedes dormir conmigo.

—¿Por qué?

—¡Porque siempre te duermes encima de mí y estoy hecha un guiñapo!

Perdió la sonrisa de golpe. —¿De verdad vas a sacar eso de nuevo?

Natalya se sonrojó. —No, si yo lo decía por lo del sofá. Como no había sitio...

—¡Pues aquí hay sitio de sobra!

—Vale. —Se movió unos centímetros para dejarle espacio y se le cortó el aliento cuando sin quitarle ojo tiró la chaqueta del traje a un lado. Ay, madre. Ahora sí que no pegaba ojo. En cuanto se llevó las manos a los botones de la camisa, tragó saliva viendo como desabrochaba uno por uno dejando al descubierto su musculoso pecho. El vello rubio oscuro que recorría sus pectorales provocó que se mordiera el labio inferior recorriéndolo lentamente hacia abajo hasta llegar al ombligo. Y qué ombligo. Porque no tenía ni un gramo de grasa de más a su alrededor. Cuando vio que sus manos se abrían el cinturón, levantó la vista de golpe hacia sus ojos grises que la miraban como si quisieran comérsela. —Ah, no.

—Nena, se me van a arrugar —dijo con voz ronca—. ¿Te ayudo a quitarte el vestido?

—¡No!

Él reprimió la risa dejando caer los pantalones para mostrar unos bóxer blancos que le marcaban su duro trasero. —¿Seguro?

—¿Estás intentando seducirme?

—Estás más que seducida, preciosa. —Se tumbó a su lado sobre la colcha y la miró de arriba abajo. —¿Te duele mucho?

—Demasiado para lo que piensas.

—Pues yo pienso en dormir. —Suspiró dejándose caer sobre la almohada y se pasó la mano por la frente apartándose su cabello hacia atrás. — Duérmete, nena. Lo necesitas.

Aliviada porque no había sexo, aunque los calzoncillos mostraban que estaba algo contento, se tumbó a su lado y ambos miraron el techo. Alex cogió su mano y se la acarició con el pulgar. —No has dicho nada.

Volvió la cabeza hacia él. —¿Cuándo?

—Cuando te he dicho que me importas —susurró antes de mirarla a los ojos—. Normalmente cuando se dice algo así se corresponde.

—Te he dicho que me gustas.

—No es lo mismo.

—Si no me importaras, no me hubieran fastidiado tanto esos comentarios tan estúpidos que me hacías continuamente.

Alex frunció el ceño. —¿No habíamos quedado en dejar atrás el pasado?

—¿Entonces para qué preguntas?

—¿Te importo o no? —dijo mosqueado.

Sonrió sin poder evitarlo. —Me importas demasiado para mi paz mental. ¿Contento?

—Joder, nena. Lo que te ha costado decírmelo. Cuando me digas que me quieres, habrán pasado cincuenta años.

A Natalya se le cortó el aliento. —¡No tan deprisa, guapo! ¡Qué ni siquiera hemos tenido una cita decente!

—Sí que la hemos tenido. Solo que fue algo accidentada porque quisiste irte. Y después fue muy bien, hasta que tuve que quedarme en el trabajo, claro. Pero fuiste tú quien no quiso una segunda cita hasta mucho más tarde, así que no te quejes. Culpa tuya. Yo cumplí.

Jadeó indignada. —¿Ya empiezas?

Alex se echó a reír. —Es que es tan fácil provocarte.

—¿Quieres que te provoque yo?

—Ah, ah. El rayo, ¿recuerdas?

—Muy gracioso.

Cerró los ojos decidida a ignorarle y sintió el roce de su caricia en la mejilla. Levantó los párpados y se miraron a los ojos diciéndose con la mirada lo que no se habían dicho en años hasta que el sonido del timbre de la puerta les sobresaltó.

—Voy yo, nena. Duerme —dijo él levantándose.

—Si es la policía otra vez, diles que me he ido del país.

—No tiene gracia. —Sonriendo salió de la habitación en ropa interior. —
Me meterías en un lío bien gordo.

—¿No pensarás abrir así? —gritó desde la cama.

—¿Qué coño haces tú aquí?

Asustada se sentó de golpe sobre la cama al oír la voz de Mathew. —
¿Nena? Al parecer tienes que salir.

Gimió llevándose las manos a la frente y con cuidado sacó las piernas de la cama. Fue a la pata coja hasta la puerta de la habitación y desde allí miró la puerta de entrada del piso, donde Mathew estaba rojo de furia con un ramo de rosas en la mano mirando a Alex de arriba abajo, que no se cortaba como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí.

—Mathew, te envié un mensaje.

La miró y dejó caer la mandíbula. —¿Qué coño te ha pasado? ¿Ha sido éste?

—Nena, al parecer tenemos que cambiar nuestra relación de manera radical, porque todo el mundo piensa que te dejo baldada a palos.

—¿Qué relación? —gritó Mathew exaltado.

Dios, los vecinos. De esta fijo que no le renovaban el contrato. —No, no ha sido Alex. Y por favor deja de gritar.

—Me encuentro a mi novia con un tipo en pelotas, ¿y me lo tengo que tomar bien?

—Bueno, novia, novia... Ni siquiera nos hemos acostado.

Alex sonrió como si se hubiera marcado un tanto antes de cruzarse de brazos. —En eso te gano.

Gimió apoyándose en el marco de la puerta. —Alex, no seas infantil.

—Solo estoy informándole, nena.

Mathew tiró el ramo de rosas al suelo. —Mira tío, estás empezando a tocarme los huevos. ¿Me estás diciendo a la cara que te has acostado con mi novia?

—No lo sé. ¿Ayer salíais juntos? —preguntó con recochineo.

—¡Alex!

Antes de darse cuenta Mathew se había tirado sobre él como si quisiera estrangularle y asustada vio como trastabillaban hasta el sofá cayendo los dos sobre él. Parpadeó al ver como el sofá se partía en dos de la fuerza de la caída convirtiéndose casi en una cama mientras ellos seguían a los suyos. —Mathew... —Éste le pegó un puñetazo a Alex en la cara y chilló de miedo. Y chilló aún más cuando Alex se lo devolvió. —¡Cariño, tus manos! ¡No puedes pegarte! —Asustada por si se rompía un dedo arruinando su carrera de cirujano, fue a la pata coja hasta ellos y cogió un jarrón de la mesilla que estaba a su lado. Lo levantó sobre su cabeza gritando —¡Mathew, quieto que te arreo! —Alex le metió un puñetazo en el estómago y Mathew gimió, pero estaban tan juntos que temía hacer daño a Alex.

—¿Qué está pasando aquí?

Sobresaltada levantó la vista para ver a los dos policías en la puerta con cara de pocos amigos. Pusieron los brazos en jarras mirándoles fijamente y Natalya se puso como un tomate. —¡Ya están aquí de nuevo! ¿Quieren tomar algo?

—¡Ustedes dos, arriba! —dijo el moreno con autoridad.

Alex soltó la camiseta de Mathew para levantarse gruñendo y cogió a Natalya por la cintura porque se estaba desestabilizando antes de coger su jarrón y ponerlo en su sitio. Mathew les miró con rencor antes de levantarse y el policía le cogió del brazo apartándole unos metros. —¿Y usted es?

—Mi ex. —Natalya miró de reojo a Alex que parecía de lo más satisfecho con su respuesta.

—¡Así que ahora soy tu ex! ¡Pues bien que ayer querías acostarte conmigo!

Se puso como un tomate y Alex se tensó. —Eso fue antes de que volviéramos.

—Entiendo, un trío amoroso —dijo el agente antes de apuntar algo en su libretita—. ¿Nombre? —Como nadie contestaba miró a Mathew. —Le he preguntado el nombre.

—¿Para qué lo quiere?

—Será para escribir mis memorias. ¡Para el informe del altercado!

—Oh, pero es que yo no voy a denunciar

—Ya, pero es que a lo mejor quieren denunciarle a usted por agresión. —Miró la casa. —Y por destrucción de propiedad privada o allanamiento de morada o... sabe Dios. ¡Dígame el nombre!

—Mathew Fuller.

—Bien Mathew Fuller, ¿usted le ha hecho eso a esa mujer? ¿Por eso se pegaban?

Ya estaban otra vez. Al ver la cara de horror de Mathew dijo rápidamente —Ya le he dicho que me caí por las escaleras...

El policía la miró de una manera que le cerró la boca al instante y Mathew se puso más nervioso aún. —Oiga, yo la última vez que la vi fue antes de ayer en la puerta de su casa. ¡O sea ahí! Le di un par de besos y me fui, lo

juro. —Alex gruñó a su lado y ella le miró de reojo poniéndose como un tomate. —¡Estaba bien! Me dijo que al día siguiente cenaríamos en su casa y ayer me envió un mensaje diciéndome que una amiga estaba en el hospital. Pero en realidad estaba acostándose con ese. Por eso me he cabreado.

—Interesante. —Se volvió hacia ellos. —¿Es cierto?

—Tenía una amiga en el hospital. No mentí.

—Y se encontró con el cirujano

—Es que la amiga era su hermana.

—Joder que culebrón —dijo el otro policía por lo bajo—. ¿La protestona de pelo castaño?

Asintió y Alex mosqueado dijo —Oiga...

El policía le hizo un gesto a Mathew. —Puede irse, porque supongo que ustedes no van a denunciar al de los cuernos.

—No.

Mathew entrecerró los ojos y la señaló con el dedo. —No vuelvas a llamarme. Has elegido a ese que ha pasado de ti toda tu vida y ahora pagarás las consecuencias.

Natalya levantó sus cejas rubias viéndole salir furioso de su casa y miró a los policías forzando una sonrisa. —Hoy les doy mucho trabajo. Gracias por venir.

—No hay de qué. Al parecer servimos para algo —dijo con ironía sonrojándola con fuerza. Miró a Alex—. ¿Está bien? ¿Necesita un médico?

—No, agente.

—Bueno, pues nosotros nos vamos. —Suspiró viendo el sofá que tenía pinta de ser carísimo antes del desastre. —¿De diseño?

—Lo era.

—¿Dónde lo compró?

Asombrada respondió —En Cortons.

—Tiene buen gusto... para los muebles —dijo saliendo de la casa y cerrando la puerta.

—¿Ha querido decir que no tienes gusto para los hombres? —Alex mosqueado la cogió en brazos.

Soltó una risita. —¿Crees que tiene razón?

—Bueno, no sé cómo serían tus otros novios, pero ese que se acaba de ir no me gusta.

—Pero ahora estoy contigo.

—Tu gusto va mejorando.

—Yo me hubiera quedado contigo hace muchos años, pero pasabas de mí.

A Alex se le cortó el aliento mirándola a los ojos. —¿De verdad te hubieras quedado conmigo?

Se sonrojó por lo que había dicho sin pensar, pero decidió ser sincera. — Sí.

Apretó los labios tumbándola en la cama y tendiéndose a su lado. —No te arrepentirás, nena. Te lo juro.

Natalya sonrió abrazando su cuello sintiéndose inmensamente feliz porque se notaba que él quería darlo todo en su nueva relación y estaba encantada. No podía estar más encantada. —Estoy deseando tener otra cita contigo.

La besó suavemente en los labios y susurró —Te voy a dejar con la boca abierta, preciosa. Ya lo verás.

Capítulo 7

Pues sí que la estaba dejando con la boca abierta porque llevaba una hora esperando sentada en el sofá a que apareciera y ni siquiera la había llamado. Se tocó el nuevo apósito que le había puesto esa mañana. Era mucho más discreto y cómodo, aunque el morado que rodeaba su nariz se notaba más. No estaba en su mejor momento, pero se había esforzado por estar lo más mona posible poniéndose un vestido rojo que había ido a comprar especialmente para esa cita. Incluso se había pasado una hora alisando su larga melena para que estuviera impecable. Mirando las uñas rojas de su pierna escayolada hizo una mueca. Estaba claro que al final no saldrían. Y casi era mejor así porque le dolía todo después de tanto esfuerzo. Saltar a la pata coja por toda la casa, era la mejor manera para que te doliera la pierna sana. Miró la muleta que odiaba y se cruzó de brazos. Estaba claro que no debían haber quedado para esa noche con su accidente tan reciente, pero le había hecho tanta ilusión al fin tener una cita con todas las letras con Alex, que ella misma había insistido en que fuera esa noche. Cuando la dejó en el taxi después de cambiarle el apósito en el hospital, le había dicho que la recogería a las siete y la había besado tiernamente antes de cerrar la puerta. Pero ya eran las ocho y cuarto. Se le estaba haciendo eterno porque hasta le estaba entrando el sueño. Bufó antes de respirar hondo. —Vamos, Natalya. Respira y no te cabrees. No consigues nada con cabrearte. Habrá tenido una operación complicada y no ha podido llegar antes.

Cogió el mando de la tele y la encendió. Frunció el ceño al ver la fachada del hospital y un montón de coches de policía con las luces encendidas

mientras una reportera miraba hacia atrás. —¡El tirador ha sido abatido! —
Miró a la cámara. —Eso dicen los cuerpos de seguridad. El tirador acaba de
ser abatido en la sala de urgencias.

Palideció subiendo el volumen. —No, no, no.

—Como decía, a la seis y cinco de la tarde un hombre del que aún no
tenemos su identidad, ha entrado en la sala de urgencias disparando a varias
personas entre las que se encuentran varios pacientes y personal sanitario. El
tirador acaba de ser abatido por los cuerpos de asalto de la policía.

—¿El tirador ha fallecido? —preguntaron desde el plató mientras los
ojos de Natalya se llenaban de lágrimas muerta de miedo.

—Todavía no tenemos ese dato, Jim. Seguiremos informando a medida
que lleguen las noticias. —De repente miró a un lado de la cámara antes de
volverse. Varios hombres vestidos de negro salían con fusiles de asalto y la
chica corrió hacia ellos. —Teniente Suarez, ¿puede decirnos si el tirador ha
fallecido? ¿Cuántos fallecidos hay?

—No hay comentarios. —Pasó ante ella muy serio apartando el micro y
Natalya paralizada ni sabía cómo reaccionar hasta que el sonido del móvil la
sobresaltó. Temblando le costó hasta abrir su bolsito y descolgó al ver que era
Sylvia. —¿Qué ocurre? —preguntó asustada.

—¿Alex está contigo?

Una lágrima cayó por su mejilla. —Tenía que haber llegado hace una
hora.

—Dios. —Sylvia se echó a llorar. —Le he llamado al móvil, pero no me
lo coge.

—Acabo de encender la televisión —susurró sin saber qué decir.

—A mí me ha llamado Helena. —Sorbió por la nariz. —¿Estás bien?

—¿Crees que está dentro? —preguntó asustada.

—Sí.

Se pasó la mano libre por los ojos. —Voy a llamarle al móvil.

—Ya lo he intentado veinte veces y...

—Ahora te llamo. —Colgó el teléfono a toda prisa y buscó el número de Alex sollozando a al ver que lo tenía grabado con el nombre de imbécil. Pulsó el botón verde y cuando dio tono suplicó —Por favor, por favor contesta... — Cuando saltó el buzón de voz lo volvió a intentar y a la quinta llamada gimió de dolor. No podía haberle pasado nada. Iba a llamar a Sylvia cuando vio en la televisión que alguien salía del hospital pegando gritos con una bata blanca cubierta de sangre y se echó a llorar del alivio al ver que era Alex y parecía estar bien. Llamó inmediatamente a Sylvia. —¡Lo he visto en la tele! —gritó exaltada a su amiga.

—Sí, yo también lo acabo de ver —dijo feliz—. Está bien. Menudo susto.

—¿Tú estás bien? El bebé...

—Estoy bien. Logan está conmigo y... —Se echó a llorar. —Se lo estaba diciendo cuando llamé Helena.

—¿Se lo ha tomado bien?

—No le ha dado tiempo a reaccionar con lo de Alex —dijo más seria.

—Si hablas con tu hermano, llámame por favor.

—No te preocupes. Te llamaré de inmediato.

—Se lo tomará bien en cuanto lo digiera. Ya verás como sí.

—Eso espero porque tiene una cara... —susurró—. Hablamos luego.

Más tranquila se quedó allí sentada devorando todas las noticias que salían sobre el suceso. Cuando pasó una hora sus nervios se fueron aplacando, pero cuando pasaron tres horas esos nervios pasaron a un ligero cabreo, porque en una situación así ni la había llamado cuando sabía que le estaba esperando. Cuando dieron las tres de la mañana dieron la noticia de que el tirador había sido el familiar de un paciente que había fallecido el día anterior

y también dijeron que había tres fallecidos y seis heridos de diversa consideración. Alex había tenido mucha suerte y dio gracias a Dios por ello, pero por otro lado...

El sonido del teléfono la sobresaltó y al ver que era Sylvia lo cogió de inmediato. —¿Sabes algo?

—Ha salido de quirófano para llamarme —dijo su hermana feliz—. El hospital es un caos y ha conseguido salvar a varios compañeros. Ya han operado a los más graves y ahora está con uno que necesitaba estabilizarse antes de meterle mano. Al parecer se salvarán. Al menos eso me ha dicho.

—Eso espero —susurró en voz baja.

—Me ha dicho que no te ha llamado porque no ha tenido tiempo —dijo divertida—. Me dijo que te llamara.

—Está bien —dijo intentando no disgustarse—. Entonces me voy a la cama.

—Natalya, ¿estás bien? Ha sido un trago, pero no le ha pasado nada. No debes preocuparte.

—No, no estoy preocupada. Ahora sé que ha hablado contigo y estoy bien. ¿Cómo se lo ha tomado Logan? —preguntó por cambiar de conversación.

—Ha dicho que estará a mi lado y se ha portado muy bien con lo de Alex.

—Me alegro mucho.

—Sé que lo haces.

—Sylvia, voy a acostarme. Estoy agotada.

—Claro, acuéstate que todo va bien.

No, aquello no iba nada bien pero aun así contestó —Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Colgó el teléfono y lo dejó sobre la mesa de centro antes de levantarse. Se acercó a su habitación a la pata coja y al ver la cama que habían compartido la noche anterior se mordió el labio inferior antes de susurrar —

Tranquila, Natalya. Ahora estás cansada y molesta. Necesitas dormir.

Entonces recordó que con el susto no se había tomado las pastillas que pensaba tomar en la cena y regresó hasta su bolso. Fue hasta la cocina con ellas en la mano y abrió el grifo para llenar el vaso de agua. Pensativa se quedó mirando como el agua llenaba el vaso hasta que este rebosó y recordó cuando le había gritado al teléfono que durante esos diez años había sido una decepción tras otra. Pues al parecer las decepciones no habían terminado.

Afortunadamente las pastillas la hicieron dormir y cuando despertó vio por las ventanas que debía ser muy tarde, porque la luz que se filtraba por ellas le indicó que debía ser al menos mediodía. Abrazó su almohada diciéndose que debería levantarse cuando sintió un movimiento tras ella y asustada miró hacia atrás para ver a Alex durmiendo a su lado. Se sentó en la cama de golpe mirándole y él susurró —Nena, si quieres discutir espera a dentro de unas horas, ¿quieres? Me acabo de acostar y voy a necesitar energías para convencerte de que me importas.

Apretó los labios preguntándose de dónde había sacado las llaves y recordó las que tenía de repuesto en el cuenco de la mesa de al lado de la puerta. Pensando en sus palabras sonrió porque acababa de demostrar que la conocía muy bien y sin poder evitarlo se tumbó a su lado acariciando su pecho. Alex suspiró cogiendo su mano antes de abrir los ojos para mirarla. —Lo siento, nena.

—¿Por qué no me llamaste?

—No podía dar muchas explicaciones. Solo tenía unos segundos y tuve que decidir. Sabía que mis padres esperaban noticias y...

—Llamaste a Sylvia porque ella se comunicaría con todos.

—Sí. —Le acarició la mejilla. —Lo siento.

—Y yo siento haberme enfadado.

Él sonrió. —Y me lo he perdido. La próxima vez no me lo perderé, te lo prometo. Me encanta ver cómo te brillan los ojos de furia.

—Provocador. —Le besó suavemente en los labios. —Duerme. Tienes que estar agotado.

Alex cerró los ojos y Natalya se apartó para no molestarle. Salió de la habitación cerrando la puerta y comió algo tomando la medicación. Estuvo trabajando un rato en la mesa del salón y llamó a la oficina dando instrucciones sobre los proyectos que tenía en marcha. Estaba hablando con su jefe sobre cuando volvería, cuando la puerta se abrió y Alex salió medio dormido.

—Sí, Frank. La semana que viene me tienes allí. —Sonrió al ver que Alex se acercaba y la besaba en la sien antes de entrar en la cocina. —Pero no te preocupes, que de todas maneras lo tengo controlado desde casa. —Miró sobre su hombro para verle abrir la nevera. —No, ese viaje a Shanghái tendré que dejarlo para el mes que viene. ¿Vacaciones? No lo he pensado todavía. Tú te vas todo el mes de agosto y no podemos irnos los dos. —Se echó a reír. —Me las cogeré en julio, jefe. No te preocupes. —Alex regresó con el envase de zumo y bebió del brik haciéndola levantar una ceja. Él sonrió antes de beber sabiendo que la pondría de los nervios. —¿Frank? Tengo que dejarte. Acabo de recibir un mail que tengo que contestar de inmediato. —Alex reprimió la risa y colgó el teléfono. —Cariño, ¿sabes que se han inventado unos recipientes de cristal que se llaman vasos? Antes eran de otros materiales, pero sirven para lo mismo. Para beber.

—Nena, tienes un rotulador descolocado.

Miró hacia la mesa haciéndole reír. —Muy gracioso. Y por gracioso vas a recoger lo que queda del sofá y lo vas a tirar al contenedor.

Alex parpadeó. —Cielo, tengo unas manos demasiado delicadas para

esos trabajos.

—Pues bien que te pegas de porrazos cuando te da por ahí. Además, necesito el hueco porque ya he encargado otro que me llega mañana.

Se agachó a su lado. —Siempre tan eficiente. —La besó suavemente.

Le acarició la mejilla. —¿Estás bien?

—Sí, preciosa. Estoy bien. En mis viajes he visto cosas realmente grotescas y esta ha sido otra más.

—¿Entonces no te pido hora con Helena?

Alex se echó a reír negando con la cabeza. —Estoy bien, de verdad.

—Vale. Estarás hambriento. ¿Pido algo de cenar?

La miró de una manera que le dijo con los ojos que quería comérsela a ella de pies a cabeza. —¿Te has pintado las uñas de rojo? —Cogió su pie sano y se lo acarició desde el puente hasta el dedo gordo del pie. Dios, era lo más erótico que le habían hecho en la vida y gimió sin poder evitarlo. Su mano subió por su tobillo hasta su pantorrilla y cerró los ojos de placer para escuchar que disimulaba reírse. Abrió los ojos de golpe y gruñó al ver que Alex le guiñaba un ojo. —Me alegra que para ponerte a tono no tenga que hacer casi nada. Es una pena que no podamos terminar esto de momento. —La besó en los labios de nuevo y se apartó. —¿Así que pedimos algo de cena? ¿Chino?

—Ya que la otra vez no lo comimos... Ni ayer...

—Ayer no te iba a llevar a un chino, nena.

—¿Y a dónde me ibas a llevar?

—Era sorpresa. Me la reservaré para la próxima.

—Me dejaste con la boca abierta, te lo aseguro.

Alex rió por lo bajo. —Está claro que las citas no son lo nuestro. Pero a la tercera va la vencida. ¿Pides la cena mientras me doy una ducha?

—Vale. —Sonrió viéndole entrar de nuevo en su habitación y cuando

apagó el ordenador, encendió la tele para ver las noticias. Pidió la comida al chino del barrio del que ya se sabía el menú de memoria y cuando terminó fue hasta la habitación a la pata coja para ver que Alex estaba con una toalla rodeando sus caderas ante su tocador con algo en la mano. Frunció el ceño apoyándose en el marco de la puerta. —¿Qué haces?

Se sobresaltó girándose y vio que en su mano estaba la foto que tenía del día de su graduación con Sylvia y Helena. Se sonrojó intensamente porque la foto la había sacado la madre de Helena y Alex estaba a su lado hablando con su padre mientras las observaba. Era una de esas imágenes que te toman por sorpresa y ella la había escogido porque las tres reían emocionadas. Alex sonrió. —Salgo yo.

—¿No me digas? —preguntó haciéndose la tonta sin poder evitar ponerse como un tomate.

Se echó a reír dejando la foto sobre el tocador. —Preciosa, estás loquita por mí.

—Para lo que me ha servido —replicó molesta—. ¡Y no empieces, Alex! Él se acercó y la cogió por la cintura elevándola. —No debes hacer eso —dijo con voz ronca.

—¿El qué? —susurró sin aliento mirando sus ojos grises.

—Caminar sin la muleta. Y enfadarte tampoco.

—¿Ah, no? —Sus manos llegaron a su trasero elevándola aún más y mirándola a los ojos sacó la lengua pasándola por encima del camión de seda sobre su endurecido pezón. Fue como si la traspasara un rayo.

—No —respondió él con la voz ronca—. ¿Sabes, nena? Me acabo de dar cuenta de que mientras no te bese en los labios... Tengo el resto de tu cuerpo para saborear.

—¡Dios! —exclamó ella cuando metió su pezón en la boca antes de clavar las uñas en su cuello necesitando asirse a algo.

Él gruñó tumbándola en la cama y Natalya gritó cuando amasó sus pechos de manera apasionada. —Eso es, preciosa. Entrégate. —Cogió la tela de su camisón de entre sus pechos y lo rasgó de arriba abajo dejándolos al descubierto antes de besarlos hasta que estuvieron tan excitados que cada caricia de su lengua era una auténtica tortura. Sus labios la estaban volviendo loca e intentó agarrarse a su cuello. Alex la cogió por las muñecas colocándoselas por encima de la cabeza y susurró haciéndose hueco entre sus piernas. —Preciosa, eres una gatita muy mala. —Entró en ella de un solo empujón y Natalya gritó arqueando su cuello hacia atrás. Alex sin dejar de mirarla a los ojos movió su cadera con contundencia como si quisiera marcarla y Natalya se tensó rodeándole con la pierna sana cuando sintió que salía de ella poco a poco. —¿Me quieres, nena? Dime que me quieres.

—Sí —susurró desesperada haciendo que perdiera el control y entrara en ella una y otra vez tensando cada célula de su ser, hasta que un último empujón le robó su alma para siempre entregándosela a él.

Ambos con la respiración agitada y sudorosos miraron al techo minutos después. Alex le cogió la mano y se la besó. —Joder, me vuelves loco.

Sonriendo giró la cabeza para mirarle. —Soy buena, ¿eh?

Se echó a reír. —¡Si lo hago yo todo!

—Pues ya verás cuando esté en forma. Estoy cogiendo práctica y... —Se sonrojó por lo que le acababa de decir y Alex se apoyó en su codo para mirarla. —Y bueno... pues vas a flipar —dijo antes de intentar sentarse.

—Nena, ¿qué has querido decir con cogiendo práctica? Lo has dicho como si casi no hubieras tenido amantes y...

—Claro que he tenido amantes. —Se miró el camisón. —Alex, es carísimo.

—Era carísimo. —Se sentó a su lado. —¿Cuántos?

Se hizo la loca. —¿Cuántos qué?

—¿Cuántos amantes has tenido? Aparte de mí. —preguntó sonriendo de esa manera que la volvía loca.

—No pienso responder a esa pregunta. —Levantó la barbilla ofendida.
—¿Acaso te lo he preguntado yo?

—He perdido la cuenta.

—¡No quería saberlo! —le gritó a la cara.

—¿Estás celosa?

—Vístete que estará a punto de llegar la cena —susurró con ganas de matarle.

—En cuanto me contestes o abro así.

—¡Alex!

Él se echó a reír. —A mí no me molesta abrir así.

—¡Pero a mí sí! ¡Me sirven continuamente!

—¿Cuántos? ¿Diez? —Se sonrojó con fuerza. —¿Muchos? ¿Cinco?

—Ponte el albornoz. Hablo en serio, Alex.

Alex se quedó de piedra. —¿Menos de cinco?

—¿Por qué invades así mi intimidad?

—Porque las parejas no tienen secretos. Y más si te digo que no me molesta.

—Pues a mí sí que me molesta esta conversación

Intentó levantarse, pero él la cogió por la cintura tumbándola de nuevo y colocándose sobre ella. —Vamos nena, no te enfades. —Besó suavemente sus labios. —¿Tres?

—Eres imposible.

—Por eso me quieres.

Jadeó asombrada. —¿Cuándo te he dicho yo que te quiero?

Él miró su carísimo reloj. —¿Hace diez minutos? Por ahí.

—¡Menuda mentira! —Se sonrojó con fuerza. —¿Te lo he dicho?

—Sí, nena —respondió con una sonrisa que le robó el aliento porque parecía encantado—. Ahora dime... ¿tres, cuatro?

—¿Aparte de ti?

—Aparte de mí.

—Uno.

Alex la miró como si no se lo creyera. —¿Cómo que uno?

—Lo hice en el instituto. Como todo el mundo supongo.

—Pues la universidad es para experimentar y...

Se sonrojó y no sabía que decir, pero al final susurró —Es que te conocí a ti y ya no me valía cualquiera.

En sus ojos vio que su respuesta le había dejado en shock. —Nena...

—Bueno, ¿ya está? ¿Puedo levantarme? —preguntó molesta porque él no le había dicho que la quería. Consiguió apartarle para levantarse y fue hasta el baño lo más rápido que podía—. Tienes el dinero sobre la mesa al lado de la puerta —dijo avergonzada—. Voy a bañarme.

—Preciosa... —Se volvió en la puerta avergonzada y Alex sonrió. — Pues es cierto que lo haces muy bien. En unos meses no me quiero ni imaginar lo que me harás sentir.

El corazón de Natalya saltó porque parecía que él quería una relación a largo plazo. Pero disimuló levantando la barbilla. —Prepárate porque te voy a dejar seco.

Alex se echó a reír mientras cerraba la puerta y Natalya sonrió ilusionada antes de recordar que le había dicho que le quería. Gimió diciéndose que era idiota y que se estaba entregando demasiado. Sobre todo después de la noche anterior y toda su historia. Pero lo que le hacía sentir... Dios, el miedo empezó a atenazarla porque si ahora que se había entregado le perdía, iba a ser devastador.

Capítulo 8

Pero increíblemente durante los dos meses siguientes todo fue de maravilla. Ni siquiera discutían, lo cual ya era increíble. Ella pasaba por alto que era un desastre en su casa y él pasaba por alto que era una maniática. Estaba claro que estaba enamorada porque cuando vio sus calzoncillos en el suelo del baño una mañana que se levantó, en lugar de pegar cuatro gritos llamándole de todo, había sonreído recordando lo que vino después de quitárselos.

El único tema de conflicto que surgió durante ese tiempo, era que Alex no tenía horario fijo y podía llegar a las dos de la mañana como no trabajar en todo el día porque no tenía guardia. Así que igual la despertaba para hacer el amor a las tres de la mañana lo que a ella no le parecía nada mal, pero su ritmo del sueño empezó a cambiar y una vez hasta se durmió en el trabajo. Menos mal que no la había visto nadie porque si no se moriría de la vergüenza. Su trabajo también se resintió, pero se dijo que la vida era para disfrutarla y no pensaba agobiarse con el trabajo todo el día. Veía a sus amigas casi todos los días a la hora de la comida y su relación volvió a ser como antes.

El único tema que le preocupaba y de veras es que había hablado con Alex sobre los anticonceptivos y ella le dijo avergonzada que no tomaba nada. Él lo entendió con su historial sexual y no le recriminó nada diciéndole que también había tenido la culpa al dejarle toda la responsabilidad a ella. Empezaron a usar preservativos y tuvieron suerte porque esquivaron la bala. Pero al tomar la píldora había seguido las instrucciones como él se las había

explicado y ahora que no tenía que tomarlas por el periodo, éste no le había bajado. Así que preocupada por si lo estaba haciendo mal, decidió ir a verle al hospital después del trabajo porque sabía que estaría trabajando en ciertos informes.

Estaba caminando por el pasillo que llevaba a su despacho, ya sabiendo el camino de sobra y sonrió a un médico que pasó a su lado antes de detenerse ante la puerta y levantar el puño para llamar, cuando escuchó voces en su interior.

—¡Estarás de broma! ¡Te he dado este puesto y has firmado un contrato, Alex!

—¡Me han llamado y es una operación experimental que salvará muchas vidas en el futuro! ¡Cuando me contrataste, sabías que esto podía suceder! ¡No iba a dejar que este puesto me quitara lo que más disfruto, que es probar nuevos métodos de salvar vidas!

—¡Lo que tú quieres es la puñetera fama que te va a proporcionar esa operación!

—Fama que le vendrá muy bien al hospital. ¡No sé de qué te quejas tanto!

—Me quejo de los tres meses que te pasarás fuera en ese dichoso estudio.

A Natalya se le cortó el aliento dando un paso atrás. —Pues ya tengo el billete y el hospital de Nuremberg me paga el alojamiento y los gastos. Pienso hacerlo.

—¿Y a quién pongo en tu puesto mientras tanto, Alex?

—Mónica lo hace muy bien. He hablado con ella y estará encantada de sustituirme.

—¡Es una novata! —gritó el que debía ser su jefe que estaba realmente furioso—. ¡Necesito un jefe de cirugía con experiencia!

—Lo hará bien mientras estoy fuera.

Natalya apretó los labios mirando la puerta porque estaba claro que la decisión estaba tomada. Decisión en la que ella no había tenido nada que ver. Se alejó lentamente pensando que había sido una idiota. Ella dejando todo a un lado por él y Alex no tenía ni la más mínima consideración para comentarle algo tan importante como que se iba tres meses a Europa. Estaba claro que ella no entraba en sus prioridades.

Sentada en el taxi en dirección a su casa sonrió con tristeza porque nunca había sido una prioridad para él. Que ahora se acostaran juntos no indicaba que lo fuera a ser ahora ni en el futuro. El futuro. ¿Qué vida le esperaba a su lado? Nunca sería lo más importante para él. Antepondría su carrera a su relación como lo había hecho toda su vida. No era estúpida. Si no había tenido algo con ella en la universidad, era porque la consideraba demasiado joven y además estaba su carrera. Un médico con una estudiante no estaría bien visto. Por eso nunca habían tenido nada. Sus viajes, años fuera de Nueva York de un sitio a otro... Esos diez últimos años le mostraban la vida que llevaría a su lado, pero había sido tan estúpida que hasta ese momento no había querido verlo. Tenía razón desde el principio. Puede que se hubiera sentido atraído hacia ella todos esos años, pero jamás había hecho nada porque realmente nunca le había interesado. Y ahora que había que irse de nuevo ni siquiera simulaba que le importaba su opinión. Por Dios si ni siquiera le había dicho que la quería cuando ella se lo decía a todas horas. Había que ser estúpida. Sintiendo un nudo en la garganta, tragó saliva intentando no llorar porque le había abierto su corazón para nada. Pensó en su madre y se dio cuenta de que su relación siempre sería como la que había tenido con ella. Una decepción tras otra. Así que había llegado el momento de pasar página y esta vez no le iba a temblar el pulso.

Sentada en la mesa del salón, dejó la taza de té sobre la superficie, mirando sin ver los informes que tenía ante ella cuando se abrió la puerta. Alex sonrió tirando las llaves en el cuenco. —Hola, preciosa.

Forzó una sonrisa. —Hola. ¿Qué tal el día?

—Bueno, ha habido de todo. —Se acercó y se agachó para darle un beso en los labios y ella cerró los ojos disfrutando de él porque sería el último. Abrió los ojos y sonrió serena, pero él frunció el ceño. —Nena, ¿estás bien?

—¿Cuándo te vas?

Sorprendido dio un paso atrás. —Natalya te lo iba a decir... Quería contarte...

—Ya. ¿Cuándo me lo ibas a contar? ¿El día antes de largarte? —preguntó suavemente mirándole a los ojos—. Por cierto, ¿cuándo te vas? No me has contestado.

Él apretó las mandíbulas antes de decir —La semana que viene. El martes.

Natalya asintió colocando los codos sobre la mesa. —El martes. Bien, pues que tengas buen viaje y que todo te vaya muy bien. —Agachó la cabeza apartando la taza y cogió los informes de nuevo.

—Sé que estás cabreada —dijo nervioso—. ¡Pero es una operación muy importante y me lo han ofrecido a mí! ¿Qué querías que hiciera? —Natalya no levantó la cabeza y él se agachó a su lado. —Vamos, nena. Tienes vacaciones en julio y puedes venir conmigo. En dos semanas estarás allí y...

—No voy a ir —dijo fríamente—. Pero gracias por la invitación.

—Natalya.

—Creo que es mejor que te marches. Seguro que tienes mil cosas que hacer antes de irte.

—Joder, nena... Grítame, pero no me hables como si te importara una mierda porque sé que no es así. —Intentó cogerle la mano y Natalya se apartó

mirándole incrédula. —Natalya...

—Quiero que te vayas de mi casa. No te lo repito más.

Nervioso se incorporó y pasó su mano por su cabello despeinándolo. — Vale, he metido la pata. ¡Tenía que habértelo dicho, pero no te lo dije precisamente por esto! ¡Sabía que te lo tomarías mal!

—No pienso discutir esto —dijo con desprecio levantándose y empezando a recoger los informes por orden mientras él la miraba atónito—. Cuando vuelvas, si es que vuelves, puede que quiera hablar contigo, pero ahora no te quiero delante. —Sonrió irónica. —No vaya a ser que diga algo que no debería y el karma me rompa la crisma.

—No tiene gracia, nena. Puedes decirme lo que quieras —dijo preocupado. Le observó durante unos segundos sin mover el gesto—. ¡Joder! ¡Grítame de una vez, pero no nos hagas esto!

—¿Es lo que querías? ¿Que me pusiera histérica y te gritara? —Bufó con desprecio. —¿Así te irías con la conciencia tranquila porque nos separaríamos enfadados? ¿Por eso no me habías dicho nada para tener unos polvos antes de irte? —Hizo una mueca. —Debe ser que me importas menos de lo que creía y me arrepiento de haberte dado una oportunidad.

—Natalya no digas eso. ¡Sí que te importo!

—No, ya no. Que hayas actuado a mis espaldas, demuestra que mi opinión no te importa nada. Y ahora es a mí a quien no le importa lo que hagas con tu vida. Espero que te vaya muy bien y tengas éxito, pero esto se acaba aquí —dijo sin mostrar que se le estaba rompiendo el alma—. Ahora si no te importa, tengo mil cosas que hacer para mañana y no puedo ni quiero perder más tiempo contigo.

Alex se tensó. —Así que nuestra relación ha sido una pérdida de tiempo.

Levantó una ceja. —¿Qué relación, Alex? Si este es tu concepto de relación, dista mucho de la mía.

Se alejó de él para ir hasta su maletín y Alex furioso la cogió del brazo volviéndola. —¿Esto es lo que vas a hacer? ¿Despacharme porque te he defraudado de nuevo? —le gritó a la cara—. Pues bienvenida a la vida real porque no soy perfecto y tú tampoco, ¿sabes? ¡Si no te dije nada era precisamente por esto! ¡Porque no quería que mis sueños enturbiaran nuestra relación e intenté retrasarlo todo lo posible! ¡Porque son mis sueños, Natalya, y no tienes derecho a decirme que renuncie a algo que me encanta por estar a tu lado!

Le miró con desprecio. —Eso, ahora échame la culpa a mí, poniendo palabras en mi boca que yo no he dicho. Por eso no quería discutirlo siquiera, porque consigues retorcer la realidad a tu conveniencia y lo has hecho desde que te conozco.

—¡No tienes ni idea de lo que dices!

—¿No? Claro, ahora soy estúpida. —Se soltó con fuerza. —¡Y tienes razón, lo soy! ¡Porque durante diez malditos años tuve la esperanza de que un día te dieras cuenta de que yo existía! Hace cinco años era muy consciente de lo que hacía al acostarme contigo y olvidé todas las críticas, todas las lágrimas que había derramado por ti para estar a tu lado. ¿Y de qué me sirvió? De nada. No tuviste ninguna consideración conmigo y yo decidí que me alejaría todo lo que pudiera para que no volvieras a hacerme daño. Pero regresaste y me dejé convencer de que te diera una oportunidad olvidando todo lo anterior de nuevo. Pero no cometeré el mismo error tres veces. Te aseguro que si por mi bien me alejé de mi madre, me va a costar mucho menos alejarme de ti. No me convienes y quiero que salgas de mi vida.

Alex la miró muy tenso durante varios segundos. —Nena...

Ella negó con la cabeza. —¿Recuerdas lo que dijiste el día en que me rompí la pierna? Dijiste que no me arrepentiría y te juro que en este momento no hay nada de lo que me arrepienta más. —Fue hasta la puerta y la abrió. —

Por favor, vete de mi casa.

Apretando los puños pasó ante ella y susurró —Te juro que no he tenido la intención de hacerte daño, cielo. Te lo juro por lo más sagrado. Te hice daño una vez en aquella gasolinera hace años y nunca me sentí más miserable que en ese momento. Puede que haya cometido errores y puede que no sea la pareja perfecta para ti, pero me importas y me seguirás importando el resto de mi vida, preciosa. No sabes cómo siento que no quieras compartirla conmigo. —Reprimiendo las lágrimas vio como él se alejaba y cuando desapareció por las escaleras, ahogó un gemido de dolor antes de cerrar la puerta. Apoyó las palmas de las manos en ella y al ver la cicatriz de su meñique, el dolor estalló en llanto dejando que saliera en sollozos desgarrados.

Se pasó toda la noche llorando y cuando fue al baño a la mañana siguiente vio que le había bajado la regla. Una lágrima cayó por su mejilla entrando en la ducha, diciéndose que era lo mejor para todos. Ahora tenía que aprender a vivir intentando olvidar las últimas semanas y eso iba a ser lo más difícil que haría nunca.

La luz del interfono se encendió sonando y pulsó el botón. —¿Si, Laurent?

—Tienes una llamada de una tal Sylvia... por la tres —dijo su secretario —. Al parecer es importante.

Apretó los labios. —Dile que estoy reunida.

—Dice que es cuestión de vida o muerte.

Llevaba casi cinco meses rechazando sus llamadas y estaba claro que no se daba por vencida. Igual era hora de hablar con ella. —Muy bien. Puedes irte a comer. —Pulsó la línea tres y tomó aire antes de ponerse el auricular al oído, volviendo su sillón para ver la torre Eiffel desde la ventana de su

despacho. —Hola Sylvia.

—¡Por fin! —dijo furiosa.

—¿Querías algo? Al parecer es muy importante.

—¡Pues sí! ¡Quería hablar contigo! ¿No te quedó claro con las mil llamadas que has rechazado?

—Solo me enteré de las primeras veinte, después te bloqueé en el móvil —dijo fríamente—. Pero que te hayas enterado de donde trabajo ahora, indica que tienes mucho interés en hablar conmigo. Así que dilo de una vez porque tengo trabajo.

—Dios, ¿qué te hemos hecho para que nos trates así, Natalya? Creía que éramos amigas.

—¿Éramos amigas? Me llamaste por teléfono después de romper con mi novio y me dijiste que estaba loca sin preguntarme siquiera la razón. Me llamaste de todo poniéndote de su parte. Así que tomé una decisión y creo que ha sido acertada.

—Me tomó por sorpresa y Alex estaba hecho polvo. Lo pagué contigo, lo siento. Natalya yo...

—No voy a hablar de Alex.

De repente Sylvia se echó a llorar y susurró —Necesito que vengas a Nueva York.

Se tensó apretando los labios. —Eso no va a pasar.

—¿No vas a venir para el parto?

—Lo siento, pero...

—El bebé no está bien —dijo angustiada cortándole el aliento.

—¿Cómo que no está bien?

—Tiene un problema cardiaco que ni he entendido porque estaba en shock —dijo entre sollozos—. Alex dice que le operarán en cuanto nazca y estoy muerta de miedo. Necesito que vengas.

—Lo siento mucho, Sylvia, pero... tienes a tu familia y está Helena.

—¡Tú eres la fuerte! —exclamó angustiada—. ¡Siempre eres la que sabe qué hacer y en la que nos apoyamos cuando tenemos un problema! ¡Y te necesito aquí!

—Sylvia, estoy en París y no puedo irme cuando me dé la gana... Tengo responsabilidades.

—¡Sí! ¡Conmigo! ¡Así que ya estás moviendo el culo hasta Nueva York porque te quiero aquí de inmediato! Me lo debes, Natalya. Lo sabes —dijo antes de colgar.

Crispó los labios apretando el auricular y giró el sillón para colgarlo en su sitio. Tomó aire levantándolo de nuevo y pulsando el botón del intercomunicador. —¿Laurent sigues ahí?

—Estaba a punto de irme.

—Necesito que me consigas el primer vuelo a Nueva York.

—¿Te vas a ir ahora? ¿En medio de la fusión?

Bufó porque estaba claro que los hermanos Winkler siempre tenían que estar fastidiando. —Consígueme el billete. Veré como lo arreglo.

—Muy bien jefa.

Pero no lo arregló. De hecho, su jefe puso el grito en el cielo y amenazó con despedirla, así que ahora estaba de vuelta a Nueva York y sin trabajo además. Los Winkler eran una plaga. Recogió sus maletas y tiró de su carrito pasando de largo la aduana. Sonrió a Helena que estaba esperándola y emocionadas se abrazaron con fuerza. —Estás aquí —dijo su amiga llorando.

—¿Cómo está?

—Muerta de miedo. —Se apartó para mirarla de arriba abajo. —Estás preciosa. Te han sentado bien las vacaciones en Europa. Pero es hora de regresar a tu vida. Vamos, tengo el coche fuera.

Cuando se volvió Natalya frunció el ceño. —¿No estás enfadada?

Helena negó con la cabeza. —Sabía que necesitabas espacio, pero volverías.

—¿Y cómo lo sabías?

Su amiga le guiñó un ojo. —Porque somos los amores de tu vida y ningún hombre puede romper eso. —Miró las maletas. —¿Lo has traído todo? —Se sonrojó haciéndola reír. —Ya sabía yo que vendrías en cuanto Sylvia te llamara.

Se detuvo en seco. —Esto no será como lo de la estantería, ¿no?

Helena la miró con pena. —No, cielo.

—Pues hubiera sido un alivio. ¿Se pondrá bien?

Helena la ayudó a mover el carrito. —Un amigo de Alex ha venido de Washington para la operación. Es especialista en operar a recién nacidos. Está en las mejores manos.

—Es una buena noticia.

—Le harán la cesárea en cuanto puedan.

—¿Cómo que cuando puedan? —Llegaron al coche de Helena y la miró asombrada. —Me dijo que en cuanto naciera...

—Será por cesárea para que el feto no sufra y Sylvia lo ha estado retrasando hasta que llegaras. Dice que no se deja operar hasta que no estés aquí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Es que está loca?

—Ya le echarás la bronca cuando la veas.

Gruñó metiendo la primera maleta sorbiendo por la nariz y Helena sonrió ayudándola. Cuando terminaron, Natalya cerró el capó. —Por cierto, ¿puedo quedarme contigo?

—Pues no.

Asombrada vio que iba hacia la puerta del conductor. —¿Será una broma!

—Lo siento, pero ya alojo a mi novio, a su hermana estudiante de veinte

años a la que echaron de la residencia de estudiantes hace un mes y a mi suegra que está de visita. Así que estoy a tope.

—¿Suegra? —preguntó con horror haciéndola reír—. ¿Pero qué has hecho?

—¿Ves? No tenías que haberte ido.

Gruñó abriendo la puerta. —Pues llévame a un hotel.

—No. —Se sentó a su lado mirándola sin entender. —Te quedarás con Alex.

—¿Estás loca?

—Necesitáis arreglar esto, aunque sea aparentemente por el bien de Sylvia. Lo está pasando muy mal —dijo arrancando el coche—. Logan ha desaparecido.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Será cabrón!

Asintió girando el volante para salir de la plaza. —Un cabrón con todas las letras. Se fue hace dos meses cuando le dijeron a Sylvia que algo no iba bien. Ni siquiera se esperó a las pruebas.

—¿Por qué no me llamaste hace dos meses?

Helena la miró con pena. —Porque necesitabas espacio y Sylvia debe empezar a enfrentarse a los problemas sola. Tú siempre la has protegido y no era justo con lo que habías pasado. Está muy arrepentida de lo que te dijo, ¿sabes? No sabía lo que había ocurrido porque Alex solo le dijo que le habías dejado sin dar más explicaciones antes de irse a Nuremberg, así que cuando se lo conté se arrepintió de haberte puesto verde. Solo vio a su hermano hecho polvo y se tiró sobre ti. Te intentó llamar para disculparse...

—Joder. —Se apretó el tabique de la nariz agotada porque habían sido cuarenta horas de locos.

—Por eso debes intentar llevarte bien con Alex. No queremos que se estrese más de lo que está. Sé que será difícil, pero...

—Soy una cabrona, ¿verdad? La que tiene el corazón de piedra que es capaz de dar la espalda a todo el mundo con tal de estar bien —dijo sintiendo que se le retorció el corazón porque no había estado ahí para su amiga. Para ninguna de ellas.

Helena sonrió alargando la mano para coger la suya. —No, eres una persona que ha sufrido mucho y no quiere sufrir más. No tienes que justificarte por eso. Necesitabas irte y yo lo entendí. Y creo que los demás también.

—Déjame en un hotel, Helena. No es buena idea lo del piso de Alex.

—No te preocupes. Está vacío. Lo va a vender y se pasa prácticamente el día en el hospital. Hasta duerme allí para no separarse de Sylvia. Podrías quedarte en casa de Sylvia, pero están sus padres.

Se le cortó el aliento asimilando la información y solo pudo preguntar —
¿Se va?

Helena apretó los labios. —En cuanto venda el piso se va a Angola. Pero no digas nada en el hospital que no lo saben. Le echarían a patadas después de lo de Nuremberg.

—Pero irá a dormir y a ducharse.

—Tranquila que lo ha pillado. Seguro que te evitará todo lo posible. Se puso como una furia cuando se enteró de que venías. De hecho, lleva hecho una furia desde que regresó y se encontró con que te habías ido. Esperaba que se te hubiera pasado. —La miró de reojo. —Llamó a tu antigua empresa para intentar localizarte, ¿sabes? Y me interrogó. Pero yo no dije ni pío.

—Pero se lo dijiste a Sylvia.

—Lo siento, pero es que hace tres días cuando le dieron la noticia estaba tan destrozada que no pude evitarlo. Lo siento de veras.

—No pasa nada —susurró—. Yo siento mil cosas que ahora no tienen remedio.

—Ya estás recuperada, ¿verdad? Puedes con esto.

—Eso espero. —Miró por la ventanilla viendo la ciudad de Nueva York al fondo y sintió que regresaba a casa. —¿Sabes? Me acabo de dar cuenta de que no debería haberme ido. Huir de los problemas no es la solución.

Helena sonrió. —Lo que pasa es que has comparado a Alex con tu madre y no tienen nada que ver. —La miró sorprendida. —No huiste de tu madre. Simplemente tuviste que dejarla atrás para seguir con la vida que te habías propuesto. Pero nunca la abandonaste, cielo. La ayudaste en lo que pudiste. Con Alex fue al contrario, cambiaste tu vida renunciando a una ciudad que amas y a tus amigas por dejarle atrás para no sufrir. No tiene nada que ver. —Se quedó sin aliento porque tenía toda la razón. —¿Quieres recuperar tu vida, Natalya? Es lo que tienes que descubrir porque en este momento toda tu vida depende de la decisión que tomes. Si te vas de nuevo no volverás y si te quedas... Jo tía, espero que te quedes porque desde que te has ido esto ha sido un coñazo.

Abrió los ojos como platos. —¿Y tu novio?

—Está claro que la convivencia mata el amor. Estoy a punto de enviarles a los tres de vuelta a Minneapolis —dijo exasperada haciéndola reír—. ¿Sabes que mi suegra ha entrado en la habitación cuando estábamos haciendo el amor? Casi me da un infarto del susto.

—Te he echado de menos.

Su amiga sonrió. —Lo sé.

Hablaron de lo que había ocurrido en sus vidas en esos meses separadas como si simplemente se hubiera tomado unas largas vacaciones. Cuando llegaron a la calle Greene miró hacia el portal de la casa de Alex que solo había visitado una vez en el tiempo en que estuvieron juntos y había sido para que se cambiara de ropa porque cenaban con las chicas y sus parejas. Apenas había estado allí media hora, pero miles de recuerdos acudieron a su mente, desde los besos en el ascensor hasta como le había hecho el amor a toda prisa

pero apasionadamente en la cocina. Apretó los labios bajando del coche porque lo importante ahora era Sylvia y entre las dos bajaron las maletas. Helena cerró el coche y sacó las llaves del bolso. —Bueno, ya estamos aquí.

—Helena...

—Tranquila. Todo irá bien. Te lo prometo.

Tomó aire tirando de dos de sus maletas mientras su amiga cogía la bolsa de viaje. —¿Dónde dejaste tus cosas personales? Tus muebles y todo eso.

—En un trastero. —Vio como abría la puerta. —El apartamento que me ofrecía la empresa en París estaba amueblado, así que alquilé un trastero para guardarlo todo.

—Perfecto. —Le guiñó un ojo. —Así no tienes que trasladarlos de nuevo. En cuanto pase esto, te ayudo a buscar apartamento.

Asintió entrando en el edificio y se detuvo en seco al ver a Alex saliendo del ascensor. Llevaba una bolsa de deporte en la mano, pero ella ni se fijó en eso mirando esos ojos grises que no había olvidado a pesar de la distancia y el tiempo.

—Hola Alex.

—Natalya... me alegro de verte. Gracias por venir —dijo muy tenso.

—No tienes que darlas. Gracias por ofrecer tu casa para que me quede.

—No es nada.

Incómoda porque la observaba fríamente miró a Helena. —¿Vamos? Quiero ver a Sylvia.

—Sí, claro —dijo Helena—. Te vemos luego en el hospital, Alex.

Sintiendo un nudo en la garganta pasaron ante él para entrar en el ascensor y cuando pulsó el botón, agachó la mirada sintiéndose observada por Alex. Pero no tenía nada de lo que avergonzarse, así que levantó la barbilla y sus miradas se enlazaron. Alex separó los labios como si fuera a decir algo, pero para su alivio las puertas se cerraron en ese momento.

—Bueno, no ha ido mal. Pensaba que iban a saltar fuegos artificiales.

—Ya nos lo habíamos dicho todo antes de que nos separáramos. Sería darle vueltas a lo mismo y no pienso hacerlo.

Entraron en el piso y chilló del susto al ver que parecía que había pasado un huracán. Incluso había varias cajas de pizza sobre la mesa de centro y ropa distribuida por toda la casa.

—La leche —dijo Helena con los ojos como platos.

—¡No, habría que decir menuda mala leche, porque sabe que esto me pondría de los nervios! Yo me largo.

—Sylvia ya sabe que te vas a quedar aquí. Si te vas a un hotel se preocupará. No puedes irte. —Levantó una zapatilla de deporte que había sobre el sofá de cuero azul marino que habían ido a comprar juntos. Chasqueó la lengua antes de echarse a reír. —Menuda pataleta.

Gruñó mirando a su alrededor. —¡Lo ha hecho a propósito!

Helena rió dejando caer la zapatilla. —Sí, seguramente... pero tú eres una mujer madura y vas a obviarlo por el bien de tu amiga.

—Uy, menuda manipuladora de mentes.

—Para eso me pagan. Vamos a tu habitación.

Tuvieron que apartar varias cosas que había por el suelo para arrastrar las maletas por el parqué y gimió porque el pasillo no estaba mejor. Al ver un calcetín en el pomo de la puerta de la habitación de invitados siseó —Es para matarle.

Helena soltó un gemidito y la miró sorprendida antes de que se echara a reír a carcajadas. —Que bien te conoce. Te va a salir una úlcera.

Exasperada abrió la puerta y parpadeó al ver un colchón en el suelo sin sábanas y un armario. —¡Será cabrito! Yo me largo.

Helena la cogió por el brazo. —Ah, no. Tienes cama, ¿verdad? En mi casa dormirías en el sofá cama, así que esto es mejor y con más intimidad.

Además, tienes un baño solo para ti. ¡No te quejes tanto!

—Pienso buscar piso hoy mismo.

—Ya, claro. —Dejó su maleta de viaje al lado de la cama. —¿Quieres ducharte o nos vamos?

—Me ducharé luego. Quiero ver a Sylvia.

—Desayunaremos algo de camino al hospital. Me niego a hacerlo en la cafetería.

Salieron de la habitación y con curiosidad fue hasta el final del pasillo, empujando la puerta de la habitación de Alex para ver que tenía el mismo aspecto que el resto de la casa. Pero cuando vio sobre la mesilla de noche el envoltorio de un preservativo abierto palideció cerrando la puerta de golpe. Helena frunció el ceño. —¿Estás bien?

—Sí, perfecta. ¿Nos vamos?

—Sí, estoy muerta de hambre. —Helena llegó al salón. —¿Alex no tenía asistenta?

—Pues sí, pero al parecer ha decidido darle vacaciones para tocarme las narices. Pero si cree que voy a decir algo, lo lleva claro. Viví con su hermana cuatro años y eso prepara para cualquier cosa —dijo furiosa saliendo del piso y cerrando de un portazo. Helena levantó una ceja. —Uy, se me ha escapado. Debe haber corriente.

Su amiga reprimió la risa. —¿Tu venganza será terrible?

—Va a alucinar —siseó con ganas de matar a alguien y no era precisamente por lo del piso. Ese preservativo le estaba revolviendo las tripas.

—¡Has vuelto del todo! —dijo su amiga con alegría sorprendiéndola—. ¿Qué? Echaba de menos tu mala leche.

Sonrió maliciosa. —Vamos a divertirnos.

Capítulo 9

Mientras desayunaba hizo varias llamadas y cuando llegaron a la puerta del hospital, le entregó las llaves del piso al operario que estaba esperando. —Lo tendremos listo para las cinco.

Sonrió radiante. —Perfecto.

Helena soltó una risita entrando en el hospital. —¿No te encanta esta ciudad? Con dinero puedes conseguir lo que sea.

—¿Crees que a Alex le sentará mal? —preguntó reprimiendo la risa.

—¡Qué va! Lo haces por estar más cómoda. Te ha ofrecido la casa, así que querrá que estés cómoda.

Se echaron a reír a carcajadas entrando en el ascensor. Un médico muy mono sonrió diciéndoles —¿A qué piso?

—Maternidad.

El médico pulsó el botón mirándola de reojo y ella sin cortarse le miró de arriba abajo sin quitarse de la cabeza el puñetero envoltorio del preservativo. No estaba mal. Era rubio y sus ojos verdes eran preciosos. Además, parecía que estaba en buena forma bajo esa bata blanca. —¿Tienes novia? —soltó de golpe.

—Pues...

—¡Natalya! —dijo Helena sorprendida.

—¿Sí o no? —preguntó ignorándola. Su amiga gimió.

—No. —Sonrió de medio lado de esa manera en que lo hacían los hombres cuando creían que te tenían en el bote.

—¿Quieres salir a tomar algo más tarde? ¿Hoy a las seis?

—Perfecto. ¿Dónde te recojo?

Le dio la dirección de la casa de Alex y su amiga se golpeó la frente mientras ella sonreía de oreja a oreja. Helena la cogió por el brazo tirando de ella fuera del ascensor. —¡Y ponte guapo!

—Lo haré, preciosa.

Le guiñó un ojo y Helena rió por lo bajo. —Eres maquiavélica.

Caminaron hacia la habitación y ambas perdieron la sonrisa al ver a los padres de Sylvia hablando con un hombre de bata blanca en medio del pasillo. La madre de Sylvia estaba llorando y se acercaron a toda prisa. —¿Ha pasado algo? —preguntó Helena preocupada.

—¡Natalya! —La señora Winkler la abrazó. —Cómo me alegro de verte. Se va a alegrar muchísimo.

—¿Cómo está, Julia? —Miró a su marido por encima de su hombro y éste sonrió. —Hola, Robert.

—Natalya, me alegro de verte.

Asintió apartándose de la madre de Sylvia y le apartó la melena rubia de la mejilla para colocársela tras la oreja. —¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras?

—Se ha puesto muy nerviosa y...

—Natalya, él es el doctor Williamson.

Se volvió hacia el doctor que sonrió alargando la mano. —Mucho gusto. ¿Cómo está Sylvia y el bebé?

—Hemos tenido que ponerle un sedante suave porque esta situación la está estresando mucho.

—¿No es mejor operarla cuanto antes?

—Sí, pero la paciente se niega y no podemos hacer nada porque el bebé de momento está estable.

Miró al doctor a los ojos. —¿Puedo verla?

—Sí, cielo. Puedes pasar. Alex está dentro con ella —dijo su madre

limpiándose las lágrimas.

Ella fue hasta la puerta y llamó dos veces suavemente antes de abrir poniendo una sonrisa en su cara y escuchando a Helena decir —Ella lo arreglará, doctor. Vaya preparando el quirófano.

Su amiga estaba tumbada en la cama y en cuanto la vio sus ojos se llenaron de lágrimas mientras Alex se enderezaba levantándose de su lado. — Estás aquí.

—Claro que estoy aquí —dijo cerrando la puerta y acercándose—. ¡Mírate! ¡Estás preciosa! —Sin perder la sonrisa cogió su mano antes de agacharse para abrazarla mientras su amiga lloraba. —Pero bueno, ¿por qué lloras? Todo va a ir bien.

—Nada va bien —susurró contra su hombro.

—Shusss. —Se apartó y sonrió apartando su cabello castaño de su cara. —Claro que sí. Para eso Alex ha estudiado tanto y ese amigo suyo también. ¿Crees que dejarían que algo te sucediera? El niño no puede estar en mejores manos. No podríais estar en mejores manos.

—Tengo miedo.

—Lo sé. Pero estás sufriendo en lugar de enfrentarte al problema. Lo estás alargando para llegar al mismo resultado, cielo. Cuanto antes os operen mucho mejor para los dos.

—Eso me dicen, pero... —Sollozó apretándose las manos. —Logan...

—Ese tío es un cabrón que no te merece. Nos tienes a nosotras y a tu familia. No le necesitas. —La cogió por la barbilla para que la mirara a los ojos. —¿No te he dicho mil veces que no necesitas a un tío para ser feliz? Tendrás a tu bebé al que amarás con locura y eres muy capaz de criarle sin ese. —Sonrió limpiándole las lágrimas. —¿Recuerdas cuando te asustaba tanto aquel examen en la universidad? No querías presentarte porque creías que el profesor te tenía manía. Nos pasamos estudiando dos semanas, ¿y qué

sacaste?

—Sobresaliente.

—Te preocupas demasiado. Hay cosas que están en manos de Dios, pero otras debemos hacerlas nosotros y ahora debes anteponer el bebé a todo lo demás. Ese Logan ya no importa por mucho que te duela. Hay que seguir adelante. Sé que asusta ser madre tú sola, pero por mucho que lo retengas va a terminar saliendo, ¿sabes? —Alex vio alucinado como su hermana soltaba una risita. —Además nos tienes a todos nosotros que estaremos encantados de hacer de niñeras.

—¿Te quedarás? —preguntó esperanzada.

—Como Nueva York no hay nada. —Le guiñó un ojo. —Además aquí está lo que más quiero. ¿Para qué voy a estar en otro sitio?

Sylvia la abrazó con fuerza. —Lo siento.

—Eh... no tienes nada que sentir. No debería haberme ido. —La besó en la sien. —Yo sí que siento no haber contestado al teléfono. Pero ahora eso ha pasado.

—Lo importante es el bebé.

—Exacto. —La recostó sobre las almohadas y apretó su mano.

—¿Entrarás conmigo?

Sonrió emocionada. —Si puedo, estaré encantada.

Miraron a Alex que asintió viendo el vínculo que las unía y que hasta ese momento no había sido capaz de ver. —Podrás entrar para la cesárea.

—Perfecto. —Sonrió emocionada. —Ha llegado la hora de verle la carita a... —Levantó las cejas haciéndola reír.

—Rosauero. —Dejó caer la mandíbula y su amiga frunció el ceño. —¿No te gusta?

Carraspeó mirando de reojo a Alex que puso los ojos en blanco. —Ya hablaremos del nombre más tarde. Cuando le hayamos visto la cara. Igual tiene

cara de Jack o de Morgan. No nos cerremos puertas. ¿Y Robert? Tus padres se pondrían muy contentos.

—Sí, Robert les encantaría —dijo Alex rápidamente.

—Pero es un nombre tan serio...

—Bob, también puede ser alternativo. Mira Bob Marley.

Sylvia entrecerró los ojos. —Sí... me gusta. —Natalya disimuló un suspiro de alivio. —Le llamaré Marley.

Alex y Natalya se miraron impotentes. Bueno era mejor que Rosauero. —Marley Winkler —dijo Sylvia ilusionada—. ¡Suenan bien!

—Pues voy a prepararlo todo para ponernos en marcha.

—¿Ves? Tu hermano se encarga. Ha trasplantado una cara. Esto es pan comido para ellos.

Sylvia sonrió. —Menos mal que has venido. Creía...

—Shuss, eso ha quedado atrás, ¿de acuerdo? ¿De qué color has pintado la habitación de Marley? Conociéndote tiene que ser algo espectacular que le haga un futuro artista.

Se pasaron hablando una hora y cuando llegaron a buscarlas, los padres de Sylvia, sus amigas y ella, charlaban animadamente riendo de vez en cuando sobre las anécdotas de Natalya en París con su pésimo francés.

Alex vestido con ropa de quirófano preguntó —¿Listas?

Se miraron a los ojos antes de asentir. Una enfermera vestida como él se acercó con una silla de ruedas. —Pues vamos allá. —Le hizo un gesto a Natalya para que se acercara y disimuladamente salieron de la habitación. —En cuanto termine la cesárea, el bebé será trasladado al quirófano de al lado donde Williamson le operará. Yo pasaré con él, nena. No puedo quedarme con Sylvia.

—De acuerdo.

—Tendrás que calmarla cuando le saquemos porque no podrá verle.

—No te preocupes. Déjame a mí.

Alex asintió. —Joder, nena. Ni te imaginas lo que me alegro de que estés aquí y...

En ese momento sacaron a Sylvia en silla de ruedas mientras todos se despedían diciendo que no sería nada. Natalya sonrió disimulando los nervios que la recorrían. Sylvia alargó su mano y se la cogió caminando a su lado. Su amiga aunque sonreía, estaba muerta de miedo. —¿Sabes? Ya sé lo que voy a regalarte por el nacimiento de Marley.

—Ya tengo de todo. No tienes que molestarte...

—Tonterías. Me voy a inseminar.

Alex y Sylvia la miraron como si estuviera loca. —¿Qué has dicho? —preguntó su exnovio casi sin voz.

—Bueno, se me está pasando el arroz y como no tengo pareja, es la solución más lógica. —Miró a Sylvia que reprimió la risa. —Un amiguito para que jueguen juntos en la guardería. ¿Qué te parece?

—Un regalo muy apropiado —siseó Alex.

—Me encanta —dijo Sylvia emocionada antes de abrir los ojos como platos—. ¡Podemos elegir a los candidatos juntas! Será divertido.

—Pues conozco un sitio... —dijo la enfermera antes de que Alex la fulminara con la mirada—. Ah, que no.

—¡No!

—Alex, ¿no te parece bien? —preguntó maliciosa—. Y yo que esperaba que me recomendaras el mejor de la ciudad. Tú tienes que conocer a mucha gente.

—¿No deberías buscar primero trabajo?

—No, si trabajo ya tengo. En mi antigua empresa están deseando que vuelva. Mi jefe me envía mails todas las semanas.

—¡Eso es estupendo! —dijo Sylvia encantada.

—Pero igual me tomo un año sabático. Así tengo el bebé a gusto y lo deajo todo bien organizado.

—Que previsora eres —le soltó Alex con ironía.

—Ya me conoces. Me gusta tenerlo todo en su sitio —dijo con segundas.

Él gruñó por lo bajo y Sylvia le guiñó un ojo a Natalya que sonrió divertida. Entraron en la zona de quirófanos y Alex dijo —Mientras os preparan, iré a lavarme.

—Genial —dijo mirando a su alrededor—. ¿Qué me pongo?

La enfermera soltó una risita acercándose con una bata de papel. —¿Solo esto?

—Y el gorro y los patucos.

—Genial. ¿Me sacará una foto? Este es un día histórico en nuestras vidas. Sylvia nos va a hacer mamás.

Su amiga sonrió mientras la tumbaban en una camilla y le quitaban la bata. —Estás loca. Cuando busque quien se quede con el niño para ir a una cita, ninguna me contestará al teléfono.

El personal médico se echó a reír mientras ella jadeaba. —Menuda mentira. Estaremos encantadas de cuidarlo.

Ya vestida y su amiga tumbada en la camilla con una sábana verde encima y un gorro como el de ella, se miraron y cogió su mano. —Menudas pintas.

Vio en sus ojos que estaba asustada y pasó la mano por su frente. —Ha llegado el momento. No debes tener miedo. Lo que tenga que ser será. Vamos allá.

—Eres la mejor amiga del mundo —dijo emocionada—. Gracias por perdonarme.

—No tenía nada que perdonar. Es tu hermano y lo entendí. Soy yo la que siento que estuvieras en medio y que te sintieras en la tesitura de elegir entre uno de los dos.

Empujaron la camilla pasando dos puertas de acero y hasta ella se asustó al ver la enorme lámpara que estaba en el techo esperando a la camilla, pero siguió sonriendo a su amiga mientras la pinchaban en la espalda sin soltar su mano. Tuvieron que esperar un poco a que la epidural le hiciera efecto, así que hablaron un rato.

—Que limpio está todo —dijo impresionada.

Sylvia se echó a reír. —Debes estar encantada. Es una maniática de la limpieza.

—¿Alguien puede darme el número de la asistenta que pasa por aquí? — Los sanitarios se echaron a reír cuando apareció Alex con una mujer detrás con los guantes y la mascarilla puestos.

—Atentos que llega el jefe —dijo divertida.

La fulminó con la mirada. —Natalya esto es un quirófano.

—Pues eso. Aquí eres el jefe —dijo insinuando que fuera de allí no lo era.

—Mónica ponte a mi derecha.

—Ah, ¿eres Mónica? La nariz me quedó genial.

Sylvia reprimió la risa.

—¿La nariz? —preguntó confundida mirándola con sus ojitos castaños.

—Déjalo. —Vio como le ponían sobre el vientre una tela verde para que no vieran lo que ocurría al otro lado. Y la verdad es que lo agradecía porque una vez había visto un parto en la tele y casi había soltado las tripas por la boca. Se pasó vomitando una hora.

—¿Sientes esto? —preguntó Alex de manera muy profesional.

—Lo siento, pero no me duele.

En ese momento escucharon el llanto del bebé y a las dos se les cortó el aliento viendo como Alex se alejaba pasando a otra sala.

—¿Qué pasa? ¿A dónde va? —preguntó Sylvia asustada apretando su

mano.

—Se lo lleva a...

—Mónica, ya se lo explico yo si no te importa —dijo muy seria antes de sonreír a su amiga—. Le has escuchado, ¿verdad? —Sylvia asintió con lágrimas en los ojos. —Ahora tienen que operarle, pero sabes que está vivo, ¿no es cierto? Le dejarán como nuevo y podrás verle después. Pero ahora él es lo primero.

—Sí, a partir de ahora él es lo primero.

Capítulo 10

Fueron unas horas angustiosas en las que no se separó de Sylvia en ningún momento. Sus padres se mantenían en silencio y Helena disimulando los nervios como los demás, salía cada poco de la habitación seguramente para ver si llegaba Alex. Y cuando al fin lo hizo sonrió a su hermana que se echó a llorar del alivio antes de estirar los brazos para abrazarle.

De la alegría se abrazaron los unos a los otros y sin darse cuenta estaba abrazada a Alex. Cuando fue consciente de que estaba entre sus brazos se intentó apartar, pero de repente sus labios estaban sobre los suyos y la besaba apasionadamente dejándolos a todos con la boca abierta. Le estaba haciendo maravillas y cuando la pegó a él profundizando aún más el beso, Natalya gimió en su boca.

Se apartó de golpe sonriendo con satisfacción al dejarla medio mareada. —Uy perdón, ha sido la emoción.

—Hijo, pues como te emociones mucho, debes tener a las enfermeras loquitas —dijo su padre divertido mientras ella se sonrojaba con fuerza.

—Capullo —dijo por lo bajo antes de forzar una sonrisa—. ¿Y cómo está Marley que para eso estamos aquí?

Alex se cruzó de brazos. —Muy bien. Es un campeón. Se le ha operado por laparoscopia y ha respondido muy bien. Williamson es un artista y ha hecho una técnica...

—Sí, ya, ya. ¿Pero se pondrá bien del todo? —preguntaron a la vez cortándole antes de que les contara todo el procedimiento.

Alex gruñó. —Sí, se pondrá bien. Ahora está en la Uci pediátrica y solo

puede pasar su madre, pero no hasta mañana. De momento... —Sacó su móvil del bolsillo y les mostró la cara.

Natalya se emocionó porque hasta se había preocupado de ponerle un osito delante de la boca para que no vieran el tubito que salía de ella. —Es muy guapo, ¿verdad? —preguntó Sylvia con lágrimas en los ojos.

—Sí, hija. Es igualito a tu hermano cuando era pequeño.

Natalya le miró de reojo sin poder evitarlo y vio que también estaba emocionado. Era increíble que fuera tan fuerte como para ayudar en la operación de su sobrino. Ella estaría de los nervios muerta de miedo por si se le moría, pero él no lo había dudado. Nunca le había visto tan contento.

—Natalya, ¿no tenías una cita? —Helena reprimió la risa.

Se puso como un tomate cuando todos la miraron interrogantes. —¿Una cita? —preguntó Alex con voz heladora.

Carraspeó cogiendo su bolso. —Uy, que tarde se ha hecho. Me voy que no hay que perder el tiempo. Tengo mil cosas que hacer...

—Te llevo a casa —dijo Alex con ganas de matar.

—No, tendrás que quedarte aquí y...

—Se queda Williamson. No se separa del bebé. Además, no me dejaría hacer nada.

—Sí, hijo. Así descansas un poco que llevas días sin dormir bien —dijo su madre antes de susurrar —Además así después me cuentas.

—¿Has llamado a alguno de tus amigos, pillina? —preguntó Sylvia divertida—. ¿Quién es? ¿El macizo del gimnasio? Ese te tenía ganas.

—¡Hija! —exclamó su padre escandalizado—. Sé que sois muy modernas, pero...

—Bah, papá. —La interrogó con la mirada. —¿Es ese?

Iba a decir algo cuando Helena la interrumpió. —Le conoció en el ascensor del hospital. Fue a saca a por él. Es un caramelito.

—Un caramelito, ¿eh? —dijo Alex señalándola con el dedo—. Espera que vuelvo enseguida.

—No, si puedo ir en taxi.

—Tonterías —dijo él sonriendo de una manera que le puso los pelos de punta—. Si vamos en la misma dirección. Tú no te muevas de aquí.

Hizo una mueca girándose hacia los demás que la miraban con distintas expresiones. Helena divertida, Sylvia desconfiada y los padres de Alex la miraban como si no entendieran nada.

—Niña, ¿tienes algo con mi hijo? —preguntó su madre suavemente.

—No.

Suspiraron del alivio. —Menos mal porque os llevabais como el perro y el gato —dijo su padre antes de sonreír de oreja a oreja—. Es que me ha parecido...

—¿Celoso? —pinchó Helena haciendo que se sonrojara.

—No les metas trolas a mis padres. Se liaron, papá. —Los Winkler jadearon asombrados. —Y le dejó ella. —La fulminaron con la mirada.

Gimió muerta de la vergüenza. —No fue exactamente así, Sylvia.

Robert se cruzó de brazos como hacía su hijo. —¿Cómo fue exactamente?

Forzó una sonrisa queriendo que se la tragara la tierra. —Es muy largo de contar.

—Yo te lo cuento, papá. Te vas a morir de la impresión.

—¡Sylvia!

—¿Qué? ¡Hasta que no pueda ver al niño tengo mucho tiempo libre!

—Sí hija, suéltalo todo —dijo su madre mosqueada—. Porque mi niño es perfecto y no podía encontrar nada mejor.

Puso los ojos en blanco antes de mirar a Helena como si quisiera estrangularla. —¿Tenías que decirlo ahora precisamente?

—Claro. ¿No querrás perderte su cara cuando llegue a casa?

—¿Qué va a ocurrir cuando llegue a casa? —preguntó Sylvia dejando a su madre con la palabra en la boca.

—Pues verás, cuando llegamos al piso estaba que ni te imaginas. Tiene mala leche tu hermano. Todo revuelto y...

Cinco minutos después todos la miraron con la boca abierta. —Estás muerta —susurró su amiga desde la cama—. Corre.

—Bah. Se le pasará. —Hizo un gesto con la mano sin darle importancia.

En ese momento se abrió la puerta y allí estaba Alex con la respiración agitada vestido con el traje que llevaba esa mañana. Y estaba guapísimo de azul. —Ya estoy aquí.

Su madre iba a decir algo, pero su padre la cogió por el brazo deteniéndola.

—Perfecto. Pues vamos que llego tarde.

—¿No me digas?

—Pues sí. —Pasó ante él sin darse cuenta de que ni se despedían siquiera.

—No soy tu chófer, ¿sabes?

—Pues no haberte ofrecido. A ver si te aclaras.

La puerta se cerró tras ellos y los cuatro sonrieron de oreja a oreja. —¿Creéis que nos iremos de boda? —preguntó su madre ilusionada.

Helena pensó en ello. —Si no la mata esta noche... sí.

Sentada a su lado en el coche le miró de reojo. —¿Quieres ir más despacio?

—¿No tenías prisa?

—¡No tanta como para matarme!

—Se nota que esta cita te hace ilusión y no quiero que te la pierdas.

—Tranquilo, me esperará.

—¿Si le acabas de conocer! ¿Cuántas palabras os habéis cruzado? Seguro que te deja plantada.

—No, seguro que no —respondió maliciosa.

Él apretó el volante con fuerza. —Nena...

—¿Y tú sales con alguien?

La miró sorprendido. —¿Yo?

—Claro, tú. Te lo estoy preguntando a ti —dijo como si fuera un poco lento.

Entrecerró los ojos. —¿Por qué? ¿Te molestaría?

—¿A mí? —Se echó a reír. —Hace tiempo que dejé de importarme lo que hicieras. No, si te lo digo porque si estás mucho tiempo fuera del mercado te marchitas.

—¿Y lo dice la que solo se ha acostado con dos hombres en su vida!

—Ya, pero he salido con cientos. —Le fulminó con la mirada.

—¿Así que el de esta noche no tiene ni idea de que vas a dejarle con un palmo de narices! Tú no quieres salir con ese tío.

—Claro que sí. Es muy mono. Igual me animo. Tranquilo que no iremos a tu casa.

—¿Solo faltaba! —gritó a los cuatro vientos.

Le miró aparentando asombro. —¿Y a ti qué te importa?

—¿A mí? Nada. ¡No me importa nada!

Sonrió encantada. —Me alegro de que tengamos esta relación tan madura ahora. Nos ha venido bien la separación.

—¿Eso crees?

—Claro que sí. Así podemos liberarnos y ser como somos, no como el otro quiere que seamos.

—¿De qué hablas? —La miró de reojo mosqueado. —¿Fingías cuando

estabas conmigo?

—No, yo no. Pero parece que tú te has liberado. —Soltó una risita. — Solo hay que ver tu apartamento.

Él gruñó sin poder evitarlo. —¿No te molesta?

—Claro que no. Viví cuatro años con tu hermana, ¿recuerdas? Estoy acostumbrada al caos. Yo mientras tenga mi espacio... —Le miró sorprendida. —Por cierto, ¿en la habitación de invitados no había muebles? Creo recordar...

—¡No, no había muebles!

—Ah, debo haberme equivocado.

—¡Sí, últimamente te equivocas mucho!

—¡Si no me has visto en meses! Y sobre los muebles, tranquilo que ya lo he solucionado. —Sonrió radiante.

—¿Qué quieres decir?

—He hecho algunos cambios. Ya que quieres que esté cómoda... Uy, ya hemos llegado. Menos mal porque sino no me dará tiempo.

Alex metió el coche en el garaje y apagó el motor quedándose en esa posición. Al ver que no se movía le miró. —¿Ocurre algo?

—Nena... —La miró a los ojos y la temperatura subió varios grados. ¡Tenía que salir de allí ya! —Me gustaría...

—¿Quieres darte prisa? Mi cita no puede esperar toda la noche. —A toda prisa salió del coche sin esperarle y fue hasta el ascensor. Se cruzó de brazos al ver que se lo tomaba con calma. —De verdad Alex, ¿quieres sacar las llaves de una vez?

—¿Dónde están tus llaves?

—Se las ha quedado Helena —mintió sin ningún remordimiento—. Por cierto, ¿tienes otra copia? No me gustaría despertarte cuando vuelva. —Soltó una risita. —Sería raro.

—No, no tengo otra copia.

—Vaya, pues me llevo las tuyas. —Él metió la llave en el ascensor diciendo algo por lo bajo. —¿Qué?

—¡Nada! ¡No he dicho nada!

—¿Estás bien? Pareces algo estresado. Aunque es normal con todo lo que ha pasado. Necesitas un descanso. ¿Hace cuanto que no te tomas vacaciones? Y no digo vacaciones para operar sino unas auténticas vacaciones. Este verano recorrí Croacia. Es precioso y tiene unas playas... Dubrovnik es una maravilla. ¿Lo conoces?

—No —gruñó entrando en el ascensor.

—Pues deberías conocerlo.

Entró tras él y Alex pasó el brazo ante ella para pulsar el botón mirándola a los ojos como si quisiera devorarla. —Nena...

—¿Sabes lo que me gustaría conocer? Grecia. Debe ser una maravilla.

—Solo conozco Atenas —susurró dando un paso hacia ella. Natalya dio un paso atrás viendo esos labios que le habían dado tanto placer y se derritió por dentro.

—Alex, ¿tienes problemas de vista?

—¿Qué? —preguntó confundido.

—Como te acercas tanto —dijo sin darle importancia—. Bueno, da igual. En cuanto pueda me hago un viaje a Grecia. —Alex suspiró dando un paso atrás y sonrió radiante antes de abrir los ojos como platos. —O a Egipto... Oh, dicen que entrar en las pirámides es impresionante. Un crucero por el Nilo.

—Te veo muy viajera —dijo entre dientes.

—Oh, tengo que hacerlo antes de quedarme embarazada. Igual me animo en cuanto Sylvia salga del hospital. Después con el bebé sería un lío.

Alex que estaba saliendo del ascensor se detuvo en seco volviéndose de

golpe. —¿Qué has dicho? ¡Será una broma! —bramó sobresaltándola.

—No, iba en serio. —Pasó a su lado reprimiendo una sonrisa y llegó hasta la puerta. —¡De verdad Alex, voy a llegar tarde!

La puerta del ascensor le pegó al intentar cerrarse y él gruñó caminando hacia ella como si fuera a la batalla. —No sé por qué te ha entrado la prisa ahora por ser madre. —Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta para dejarla pasar. —Cuando estábamos juntos... —Parpadeó del asombro al ver su piso totalmente decorado de otra manera. ¡Incluso las paredes estaban pintadas de blanco! —Miró hacia arriba para ver la letra de la puerta antes de mirar a su interior mientras ella pasaba como si nada.

—Ha quedado bonito, ¿verdad? —Dejó el bolso sobre la mesa.

—¡Dónde están mis muebles!

—Oh, como te vas... —Se encogió de hombros. —Yo te compro el piso. Así abreviamos los dos.

—¿Me estás echando de mi casa? —preguntó asombrado.

—Tiene cuatro habitaciones y me vendrá muy bien con el bebé. Tengo algo de dinero ahorrado. Yo te pago lo que diste por él no te preocupes. —Sonrió de oreja a oreja. —Eso sí, hasta que te vayas, ¿puedes tener cuidado con las cajas de pizza? El sofá es de piel blanca y las manchas de tomate... Como que no.

—¡No puedes hacer esto!

—¿No? —Le miró sin comprender. —¿Pero no te ibas de Nueva York? Helena me ha dicho que sí. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Has cambiado de opinión?

—¡Sí! —gritó furioso.

El corazón saltó en su pecho, pero se negó a hacerse ilusiones. —Vaya. Pues que te haya cambiado de habitación no te va a sentar muy bien. Bueno, mañana lo arreglo. —Cogió el bajo del vestido y se lo quitó yendo hacia la

habitación, dejándole de piedra cuando pasó ante él en ropa interior. —Voy a ducharme que no llego.

Alex se la comió con los ojos siguiéndola por el pasillo hasta la habitación que él ocupaba antes que era la mayor de la casa. —Nena, sobre esa cita...

Ella le cerró la puerta en la cara y Natalya sonrió maliciosa al escucharle gruñir al otro lado. Pegó la oreja a la puerta.

—La madre que... ¡Natalya!

Corrió hasta el baño y cerró con llave abriendo el grifo a toda prisa. Como suponía dos minutos después la puerta intentó abrirse. —¡Natalya abre!

—¿Qué? ¡Ahora no puedo atenderte, Alex! —gritó quitándose la ropa interior con satisfacción. —Hablamos luego, ¿vale? ¡Me estoy duchando!

—¡Nena! ¡Cómo quieres que duerma en esa habitación! ¡Has apilado todos los muebles dentro!

—¡Ah, pero si especificué que te dejaran sitio para el colchón! ¿No puedes dormir? —preguntó con cachondeo.

Alex aporreó la puerta. —¡No tiene gracia!

—Como a ti no te importa el desorden, te da igual. No seas quisquilloso. —Se metió bajo el agua y levantó la cara para que el agua cayera sobre ella. Era la ducha más maravillosa que se había dado nunca. Pero la puerta se abrió de golpe y asombrada vio que había roto el marco. —¡Estás loco! —Puso los brazos en jarras. —Eso ya puedes arreglarlo porque sino no te compro el piso, ¿sabes? ¡No me gustan los desperfectos!

—¡No pienso venderte la casa! ¿Estás sorda? Y estoy a esto de echarte a patadas. —La miró de arriba abajo y abrió la boca mirando su ombligo. —¿Qué coño es eso?

Ella acarició su ombligo del que salía un piercing en forma de sol. —¿Te gusta? —preguntó sonriendo radiante.

—¡No! ¿Sabes los problemas médicos que dan esas cosas si se te infectan?

—No —respondió como si fuera idiota.

—¡Natalya estás perdiendo el norte! ¡Primero te largas cuando no tenías que largarte! No lo habíamos arreglado y me dejaste tirado. —Ella abrió los ojos como platos. —¡Ahora invades mi casa! Y eso. —Señaló su ombligo. — Eso... ¿Qué coño te pasa?

Levantó la barbilla y le dio la espalda para coger algo de champú. — ¡Joder un tatuaje! —gritó a los cuatro vientos como si llevara grabado los tres seises del diablo mirándole la nalga derecha donde tenía otro sol.

—Tranquilo, es de henna. Me lo regalaron con el piercing.

Vio como suspiraba del alivio y reprimió una risita. —¡No tiene gracia!

—¿Por qué no te vas a dormir? Tú haces con tu vida lo que te da la gana y yo hago lo mismo. No es problema tuyo. Y puedes cerrar la puerta, ¿por favor? No sé si te has dado cuenta de que me estoy duchando. Estás invadiendo mi intimidad.

—¿Y mi intimidad?

—Yo no me meto en tu vida. —Se encogió de hombros inclinando la cabeza hacia atrás haciendo que el final de su melena rozara su trasero y Alex no perdió detalle recorriendo su figura hasta sus pechos donde en ese momento estaba cayendo el agua.

Se pasó la mano nervioso por su cabello. —Nena... ¿Qué tal si pasas de la cita y hablamos?

Cerró el grifo y cogió una toalla. —¿Hablar de qué?

—¡De nosotros!

—Ese tema ya estaba zanjado. —Se envolvió la melena en una toalla agachándose y se levantó de golpe ajustándose la detrás. Se miró al espejo y cogió el bote de crema que le habían colocado allí. Le debía un favor a su

antigua decoradora. Era maravillosa. Lo había dejado todo como le había especificado. Se empezó a echar crema y le miró a través del espejo. —¿Vas a quedarte mirando?

—Soy médico. ¡No tienes nada que no haya visto antes!

Suspiró y siguió untándose la crema en el pecho. Se quitó la toalla y empezó a masajear los pechos para esparcirla y él dio un paso hacia ella mirándola como si estuviera reteniéndose. —Nena...

—¿Qué? —preguntó como si fuera un pesado antes de agacharse para pasar la crema por las piernas—. Mierda, se me ha olvidado depilarme. Espero que no le importe —dijo por lo bajo antes de sentir una palmada en el trasero.

Jadeó mirándole con asombro mientras se incorporaba pasándose la mano por la cacha. —¡Me has pegado!

—No. Tenías una mosca. La he matado —dijo con inocencia—. Y no es que no te la merecieras. Te la merecerías si te la hubiera dado a propósito que no ha sido así.

Entrecerró los ojos cabreándose de veras. Aquello era la guerra. —¿No me digas?

—¿Te crees que soy estúpido? —le gritó a la cara—. ¡Has hecho todo esto solo para fastidiarme! ¡Lo del piso, la cita, todo es para joderme!

—¡Cómo tú dejando el piso en ese estado! ¡Sabías que me fastidiaría y lo has hecho a propósito! ¡Y salgo con quien me da la gana! ¿O es que tu no has tenido citas desde que lo dejamos?

Sonrió malicioso. —No.

—¡Eres un mentiroso! ¡Vi el envoltorio del condón sobre la mesilla de noche!

—¡Lo puse ahí a propósito porque sabía que lo verías! —dijo con burla provocando que se sonrojara—. ¿Así que tienes esa cita para tomarte la

revancha?

Odiando que pensara que estaba celosa le espetó —¡Más quisieras, guapo! ¡Ya no tienes nada que ver en lo que hago o dejo de hacer en mi cama!

Él se tensó. —Nena, estoy a esto de...

—¿De qué? ¿Eh? ¿Vas a darme otro cachete? Atrévete y te la corto. —
Pasó ante él y abrió el armario donde tenía toda su ropa colocada.

Él abrió los ojos como platos al ver el enorme armario lleno de ropa de Natalya. —¿Dónde está mi ropa?

—En la lavandería.

Cogió un vestido negro que le llegaba a mitad del muslo y Alex entrecerró los ojos. —¿No pensarás ponerte eso?

—Claro que sí. Y sin ropa interior. —Levantó la barbilla retándole.

—¡Natalya! ¡Deja de provocarme!

—¡Ja! —Se metió en el vestido que se ajustaba como una segunda piel y sonrió con satisfacción subiéndose la cremallera. —Uy, no llego al final. Bueno, ya me la subirá él porque a ti no pienso pedirte nada.

Él sonrió irónico viéndola regresar al baño. —No vas a salir.

—Claro que sí.

—No, lo haces para ponerme celoso, pero al final no vas a rematar. —Al ver que no contestaba se mosqueó. —Nena, como remates, esto se acabó.

—Esto se acabó hace meses, cielo —dijo echándose el rímel.

Alex palideció. —Natalya no digas eso. Yo te quiero.

Se detuvo en seco mirándole a través del espejo como si le hubiera dado la sorpresa de su vida. Él se pasó la mano frustrado por la nuca mirándola a los ojos. —Nena, no me digas que no tiene arreglo porque no puedo vivir sin ti.

Los ojos de Natalya se llenaron de lágrimas. —No funciona y nunca funcionará.

—Lo siento, ¿vale? —dijo desesperado acercándose—. Metí la pata y sé que te hice daño, pero lo arreglaremos. No volveré a irme de viaje sin avisarte y... y tendremos ese hijo si tú quieres.

—Somos muy distintos —dijo angustiada—. Estoy harta de intentarlo. Yo solo quiero ser feliz. ¡Nunca seré lo más importante para ti, Alex! ¡Y tú sí lo has sido para mí! Intentarlo de nuevo no servirá de nada. Es como darse cabezazos contra la pared. Eres así y no debes cambiar por nadie.

—Yo cambiaría por ti.

—No pienso pedirte eso. Como tampoco sería justo que me lo pidieras a mí.

—¡Yo te quiero como eres!

Sonrió con pena. —No, Alex. No soportas que sea organizada, metódica, que me guste que todo esté en su sitio e intentas provocarme y burlarte cada vez que tienes ocasión como ha demostrado el recibimiento de esta mañana. Sin embargo, no te has dado cuenta de que tú en el quirófano eres exactamente como yo. Tú lo haces en el trabajo y yo lo hago en toda mi vida. Me hace sentir segura porque de pequeña el caos me rodeaba. —Alex dio un paso atrás mientras una lágrima caía por su mejilla mostrando el dolor en su alma. —Por eso sé que no me quieres. Cualquiera a quien le importara, se hubiera dado cuenta de eso y tú en diez años no te has percatado de algo así. ¿Y sabes por qué? Porque nunca te he importado de veras.

En ese momento llamaron a la puerta y Natalya le dio la espalda cogiendo un clínex para limpiarse el maquillaje que se le había corrido. — ¿Puedes abrir por favor? Salgo enseguida.

Alex vio cómo se secaba las lágrimas mirándose en el espejo y apretó los labios alejándose.

Cuando desapareció, apoyó las manos en el lavabo tomando aire y unos segundos después escuchó —¡Martin desaparece de mi vista!

Suspiró escuchando un portazo y los pasos acercándose. —¿Martin Taylor? ¿De verdad, cielo? —Se cruzó de brazos entrecerrando los ojos. —Ni de broma. ¡Es un salido de primera!

Tiró el clínex a la papelera y se dio la vuelta. —Me voy a un hotel.

—De eso nada. —La cogió por los brazos. —¿Crees que no lo sabía? ¡Me lo imaginé hace años cuando Sylvia me contó tu modo de vida! ¡Pero solo tenía eso para provocarte y que reaccionaras, porque tú no te pareces en nada a tu madre y jamás serás como ella! —Los ojos de Natalya se llenaron de lágrimas. —¿Has buscado una vida perfecta y cuadrículada en la que yo no encajo? ¡Pues te fastidias! ¡Porque no pienso alejarme de ti por mucho que te empeñes y siento decirte que seguiré cometiendo errores! Pero te juro nena que nunca he querido hacerte daño y que me importas más que nada en la vida.

—¿De verdad? —Él la abrazó con fuerza sintiendo su inseguridad.

—Deberíamos haber hablado de esto desde el principio y tenía que haberte dicho que te quería hace mucho tiempo, preciosa. Entiendo que no te sientas segura a mi lado, pero te quiero. No volveré a ocultarte nada, te lo juro.

Natalya se resistía a abrazarle y él cerró los ojos sin soltarla susurrando en su oído —Sé que me has dado otras oportunidades y sé que no soy lo que quieres para compartir tu vida, pero te juro que no encontrarás a otro hombre que te ame más que yo. Si no tuve antes una relación contigo es porque sabía que no estabas preparada para mí. Y mucho menos en ese momento cuando luchaba por hacerme un hueco en esta profesión. No me hubieras soportado ni una semana, nena. —Sorprendida levantó la cabeza. Él sonrió con pena. —Sabía que no soportarías los horarios, los retrasos y nada de lo que podía ofrecerte en ese momento. Y hace cinco años no pude evitar estar contigo porque lo había deseado muchísimo. Pero elegí el peor momento porque sabía que tenía que irme y no te llamé, aunque me moría de ganas. Me di cuenta de

inmediato que había sido un error porque provocó que te alejaras más de mí. Y cuando volví eras inaccesible. Quise darte celos intentando descubrir si te importaba y lo empeoré. Pero cuando ocurrió lo del dedo nena, me di cuenta de que ya no podíamos seguir así. —La besó suavemente en el lóbulo de la oreja. —Lo había decidido, ¿sabes? Compré esta casa para que te dieras cuenta de que me iba a quedar. Un trabajo y una vida estable para darte seguridad. Y cuando me encontré contigo en la cita no me podía creer la suerte que tenía. Tenía una oportunidad para arreglar el fiasco del día de la fiesta de Sylvia. Pero estabas recelosa y lo entiendo. Cuando conseguí que te abrieras a mí, fueron los mejores meses de mi vida, cielo. Pero llegó esa operación y estábamos tan bien... No sabía cómo decírtelo. Decidí que lo mejor era que me alejara un tiempo al darme cuenta del daño que te había hecho. Si recapacitabas, si me echabas de menos todo volvería a ser como antes. Dijiste que hablaríamos a mi vuelta si regresaba...

—Pero me había ido.

—Fue una sorpresa, te lo aseguro. Ni Sylvia me había comentado nada cuando hablábamos y eso que le preguntaba por ti. Simplemente me contestaba que estabas bien. Trabajando mucho.

—No querría disgustarte.

—Cada maldito día pensaba en ti y era una tortura no saber ni dónde estabas. Te necesito y cuando Helena me dijo que volvías a Nueva York me sentí el hombre más feliz de la tierra, te lo aseguro. Ni me podía creer que accedieras a compartir el piso conmigo después de irte por mi culpa.

Sonrió con tristeza. —No sabía que me quedaría contigo. Creía que me quedaría con Helena.

—Si dejé el piso hecho un desastre era porque quería que te enfadaras. Que me gritaras. Necesitaba una reacción tuya... No lo sé. Estaba desesperado.

—¿Te vas a ir a Angola? —susurró insegura.

Él sonrió cogiendo su mano y tiró de ella hasta su habitación atestada de muebles. Abrió como pudo el primer cajón de la mesilla y le mostró un papel. Se le cortó el aliento al ver que era un billete de avión abierto con destino a París. —Lo saqué en cuanto Sylvia me dijo dónde estabas. Todavía no te había llamado. En cuanto la operara, me subiría al primer avión.

Le miró emocionada. —¿Ibas a buscarme?

—Sí, nena. ¿Crees que si puedo recorrer miles de kilómetros por una operación no los recorrería por ti? Lo haría mil veces, cielo.

Emocionada sonrió mirando el billete de nuevo. —¿Cambiaste de planes por mí?

La cogió por la cintura pegándola a él. —Te quiero, mi vida. Y tú serás lo primero. Te lo juro.

—No quiero que renuncies a lo que te gusta por mí. Solo quiero que me tengas en cuenta —susurró mirándole enamorada sintiendo que su corazón estallaba de felicidad.

—Te quiero.

—Y yo a ti mi amor, a pesar de que no seas perfecto.

Alex sonrió antes de besar sus labios suavemente y Natalya suspiró de placer. —Colocaré los rotuladores por colores a partir de ahora.

—Tranquilo, ya lo haré yo por ti.

Epílogo

Natalya entró en su casa y saltó el maletín de Alex que estaba en medio del salón para correr hasta la habitación donde la cama estaba sin hacer porque seguramente se acababa de levantar después del turno de noche. Gimió entrando en el baño donde Alex se estaba duchando. —¡Ya está! —gritó sobresaltando a Alex que se resbaló en la ducha sujetándose en la mampara de milagro.

—¡Nena!

—Perdona, mi amor. —Dio dos saltitos sonriendo ilusionada. —¡Ya está!

—¿Ya está? ¿El qué?

Puso los ojos en blanco. —¿Qué va a ser Alex? ¡La he encontrado!

Cogió una toalla poniéndosela en la cintura. —La has encontrado...

Déjame pensar... —Le miró impaciente. —La llave del trastero.

—Caliente, caliente.

—Pues ya puedes encontrarla porque tengo la bici dentro.

—¡Alex!

Sonrió malicioso antes de echarse a reír. —La casa en los Hamptons.

—¡Sí! —Le abrazó por el cuello antes de apartarse muy excitada. —Es preciosa, en primera línea de playa. Cuatro habitaciones y un porche enorme.

—¿Lo del porche es importante?

—Claro que sí, para hacer reuniones o ver el mar cuando te levantas tomándote una taza de café o... —Vio que iba hacia la mesilla de noche sin hacerle mucho caso. —¡Alex, tenemos que comprarla! No paso otro verano en esta ciudad. Además, el bebé llega en septiembre. Le vendrá muy bien tomar

aire fresco y a Marley también. Y Helena ahora está soltera y allí se liga mucho...—Alex se volvió. —¿Quieres hacerme caso?

Se volvió mostrándole una fotografía y ella abrió los ojos como platos. —¿Es esta?

—¡Sí!

Abrió la otra mano mostrándole una llave. —Feliz aniversario de boda, preciosa.

—¿Pero cómo? —Chilló acercándose para abrazarle por el cuello. —¡Te quiero, te quiero!

Su marido se echó a reír besándola en los labios. —Cámbiate que nos vamos de fin de semana.

Ella se apartó para mirar sus ojos grises que mostraban todo lo que la amaba. —Me alegro de haberme casado contigo. Gracias por insistir.

—Y lo haría un millón de veces porque jamás he sido más feliz que estando a tu lado. Te quiero mi vida.

—Feliz aniversario.

—El primero de muchos.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10-Demándame si puedes
- 11-Condernada por tu amor (Serie época)
- 12-El amor no se compra
- 13-Peligroso amor
- 14-Una bala al corazón
- 15-Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16-Te casarás conmigo
- 17-Huir del amor (Serie oficina)
- 18-Insufrible amor
- 19-A tu lado puedo ser feliz
- 20-No puede ser para mí. (Serie oficina)

- 21-No me amas como quiero (Serie época)
- 22-Amor por destino
- 23-Para siempre, mi amor.
- 24-No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25-Mi mariposa (Fantasía)
- 26-Esa no soy yo
- 27-Confía en el amor
- 28-Te odiaré toda la vida
- 29-Juramento de amor (Serie época)
- 30-Otra vida contigo
- 31-Dejaré de esconderme
- 32-La culpa es tuya
- 33-Mi torturador (Serie oficina)
- 34-Me faltabas tú
- 35-Negociemos (Serie oficina)
- 36-El heredero (Serie época)
- 37-Un amor que sorprende
- 38-La caza (Fantasía)
- 39-A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40-No busco marido
- 41-Diseña mi amor

- 42-Tú eres mi estrella
- 43-No te dejaría escapar
- 44-No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45-¿Nunca? Jamás
- 46-Busca la felicidad
- 47-Cuéntame más (Serie Australia)
- 48-La joya del Yukón
- 49-Confía en mí (Serie época)
- 50-Mi matrioska
- 51-Nadie nos separará jamás
- 52-Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53-Mi acosadora
- 54-La portavoz
- 55-Mi refugio
- 56-Todo por la familia
- 57-Te avergüenzas de mí
- 58-Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59-¿Qué haría sin ti?
- 60-Sólo mía
- 61-Madre de mentira
- 62-Entrega certificada

- 63-Tú me haces feliz (Serie época)
- 64-Lo nuestro es único
- 65-La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66-Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67-Por una mentira
- 68-Vuelve
- 69-La Reina de mi corazón
- 70-No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71-Estaré ahí
- 72-Dime que me perdonas
- 73-Me das la felicidad
- 74-Firma aquí
- 75-Vilox II (Fantasía)
- 76-Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77-Una noticia estupenda.
- 78-Lucharé por los dos.
- 79-Lady Johanna. (Serie Época)
- 80-Podrías hacerlo mejor.
- 81-Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82-Todo por ti.
- 83-Soy lo que necesita. (Serie oficina)

- 84-Sin mentiras
- 85-No más secretos (Serie fantasía)
- 86-El hombre perfecto
- 87-Mi sombra (Serie medieval)
- 88-Vuelves loco mi corazón
- 89-Me lo has dado todo
- 90-Por encima de todo
- 91-Lady Corianne (Serie época)
- 92-Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93-Róbame el corazón
- 94-Lo sé, mi amor
- 95-Barreras del pasado
- 96-Cada día más
- 97-Miedo a perderte
- 98-No te merezco (Serie época)
- 99-Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)

- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tu eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. No cambiaría nunca
5. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. La consentida de la Reina
7. Lady Emily
8. Condenada por tu amor
9. Juramento de amor

10. Una moneda por tu corazón

11. Lady Corianne

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.